



Antón P. Chéjov

La estepa En el barranco

CLÁSICA

Lectulandia

El viaje de un niño de nueve años a través de la estepa ucraniana, rumbo al instituto en que habrá de cursar sus primeros estudios, dibuja la línea argumental de *La estepa* (1888), la novela corta que proporcionó a Chéjov reconocimiento y que le convirtió en un escritor de éxito. En *El barranco* (1900), donde el adulterio alterna con el asesinato y los más variados delitos, una impresión de fluidez conseguida sin forzar en ningún momento el estilo caracteriza el relato de principio a fin. Estas dos narraciones son un magnífico ejemplo del arte de Chéjov, cuya influencia se dejó notar inmediatamente en sus contemporáneos y que aún hoy sigue vigente en modernas tendencias como el minimalismo y el realismo sucio.

Lectulandia

Antón P. Chéjov

La estepa / En el barranco

ePub r1.0

Daruma 24.01.14

Título original: *Step / V oraque*
Antón P. Chéjov, 1888
Traducción: Víctor Gallego Ballester
Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

NOTA AL TEXTO

La estepa fue publicada por primera vez en *El Mensajero del Norte* en 1888. En el *barranco* apareció en la revista *Vida* en 1900.

Para la traducción se ha utilizado la edición de *Obras Completas* en 18 tomos publicada en 1983 por la editorial Nauka.

LA ESTEPA
HISTORIA DE UN VIAJE

I

Una mañana de julio, a primera hora, una calesa destartada sin resortes dejó la ciudad de N., cabeza de distrito de la provincia de Z., y avanzó con gran ruido por la carretera de postas. Era una de esas calesas antediluvianas que sólo utilizan en Rusia los viajeros de comercio, los tratantes de ganado y los curas pobres. Traqueteaba y crujía al menor movimiento, y un cubo suspendido de la parte posterior le hacía tristemente eco. Bastaban esos ruidos, unidos a los lamentables jirones de cuero que pendían de su desgastada caja, para apreciar su vejez y juzgar cuán próximo estaba el momento de su desguace.

En la calesa viajaban dos vecinos de la ciudad de N.: el comerciante Iván Ivánich Kuzmichov, afeitado, con gafas y un sombrero de paja, más parecido a un funcionario que a un comerciante, y el padre Jristofor Siriski, párroco de la iglesia de San Nicolás, un viejo pequeño y con cabellos largos, vestido con un caftán de lona de color gris, un sombrero de copa de ala ancha y un cinturón bordado y pintado. El primero parecía concentrado en algún asunto y sacudía la cabeza para ahuyentar el sueño; en su rostro la sequedad habitual del hombre de negocios se entreveraba con la bondad de la persona que acaba de despedirse de su familia y de tomar un trago; el segundo contemplaba con asombro y ojos húmedos este mundo de Dios y esbozaba una sonrisa tan amplia que parecía extenderse hasta el ala de su sombrero de copa; tenía la cara roja, como aterida de frío. Tanto Kuzmichov como el padre Jristofor iban a vender lana. Al despedirse de sus allegados habían comido una buena cantidad de panecillos con nata agria y, a pesar de lo temprano de la hora, habían tomado una copa... Ambos estaban de un excelente humor.

Además de los dos personajes descritos y del cochero Deniska, que fustigaba incansablemente a sus dos impetuosos caballos bayos, en la calesa iba otro viajero, un muchacho de unos nueve años, con el atezado rostro cubierto de lágrimas. Era Yegorushka, el sobrino de Kuzmichov. Con el permiso de su tío y la bendición del padre Jristofor, se dirigía a la ciudad para estudiar en el instituto. Su madre, Olga Ivánovna, viuda de un asesor colegiado y hermana carnal de Kuzmichov, aficionada a las personas cultivadas y a la buena sociedad, había suplicado a su hermano que cuando fuera a vender la lana llevara consigo a Yegorushka y gestionara su ingreso en el instituto; el muchacho, sin comprender adónde se dirigía ni para qué, iba en el pescante junto a Deniska, se agarraba a su codo para no caer y brincaba como una tetera en un hornillo. La velocidad de la marcha hacía que su camisa roja se inflara en la espalda como un globo y su sombrero nuevo de postillón, adornado con una pluma de pavo real, se deslizara a cada instante sobre la nuca. Se sentía enormemente

desdichado y tenía ganas de llorar.

Cuando la calesa pasó cerca del presidio, Yegorushka contempló a los centinelas que caminaban lentamente junto al alto muro blanco, las pequeñas ventanas enrejadas y la cruz que brillaba sobre el tejado; recordó que hacía una semana, el día de Nuestra Señora de Kazán, había acudido con su madre a la capilla del presidio para la fiesta patronal; meses antes, durante la Pascua, había ido a la prisión con la cocinera Liudmila y con Deniska para llevar a los presos dulces de Pascua, huevos, pasteles y ternera asada; los reclusos se lo agradecieron, se santiguaron varias veces, y uno de ellos le regaló a Yegorushka unos gemelos de estaño que él mismo había fabricado.

El muchacho miraba con atención esos lugares conocidos, mientras la odiada calesa pasaba junto a ellos y al poco tiempo los dejaba atrás. Después del presidio, surgieron las herrerías negras y cubiertas de hollín, luego el cementerio verde y acogedor, rodeado de una tapia de guijarros, detrás de la cual brillaban alegremente las albas cruces y los monumentos, que se ocultaban entre el follaje de los cerezos y parecían manchas blancas desde la lejanía. Yegorushka recordó que durante la primavera esas manchas blancas se entreveraban con las flores conformando un mar de blancura; y cuando la fruta maduraba los blancos monumentos y las cruces se cubrían de puntos purpúreos como sangre. Detrás de la tapia, bajo los cerezos, el padre de Yegorushka y su abuela Zinaída Danílovna dormían noche y día. Cuando murió la abuela, la metieron en un ataúd largo y estrecho y pusieron dos monedas de cinco kopeks sobre sus ojos, que no querían cerrarse. Hasta el día de su muerte había sido una mujer vivaz y traía del mercado blandas rosquillas espolvoreadas de semillas de amapola, pero ahora no hacía más que dormir...

Detrás del cementerio humeaban las tejerías. Bajo los largos tejados de caña levantados a ras de suelo se formaban grandes vedijas de humo negro, que se elevaban perezosamente. Sobre las tejerías y el cementerio el cielo estaba oscuro, y las grandes sombras proyectadas por las nubes de humo se arrastraban por el campo y por el camino. En medio del humo, junto a los tejados, se movían hombres y caballos cubiertos de polvo rojo...

Tras las fábricas terminaba la ciudad y daba comienzo el campo. Yegorushka se volvió para ver por última vez el caserío, apoyó el rostro en el codo de Deniska y prorrumpió en amargos sollozos...

—¡Vaya, aún no ha terminado de gemir, el muy llorón! —exclamó Kuzmichov—. ¡Ya se le han saltado otra vez las lágrimas! Si no quieres venir, quédate. Nadie te fuerza.

—No es nada, no es nada, pequeño Yegor, no es nada... —farfullaba atropelladamente el padre Jristofor—. No es nada, pequeño... Sólo tienes que invocar a Dios... No vas en busca de un mal, sino de un bien. La instrucción, como se dice, es la luz, y la ignorancia las tinieblas... Y en verdad así es.

—¿Quieres regresar? —preguntó Kuzmichov.

—Sí... sí... —sollozó Yegorushka.

—Y sería lo mejor. De todas formas, no vas a sacar ningún provecho de este viaje.

—No es nada, no es nada, hijo... —continuó el padre Jristofor—. Sólo tienes que invocar a Dios... También Lomonósov^[1] tuvo que viajar con unos pescadores, pero más tarde alcanzó fama en toda Europa. La instrucción recibida con fe produce frutos gratos a Dios. Bien lo dice la oración: se estudia para gloria del Creador, consuelo de los padres y provecho de la Iglesia y de la patria... Así es.

—No a todos les aprovecha igual... —exclamó Kuzmichov, encendiendo un cigarrillo barato—. Algunos se pasan veinte años estudiando y no aprenden nada.

—Ocurre a veces.

—A algunos el saber les aprovecha, mientras que a otros sólo les confunde. Mi hermana es una mujer sin cultura, que busca la distinción en todo y pretende que Yegor se convierta en un sabio, sin comprender que yo, con mi negocio, podría hacerlo feliz para toda la vida. Lo que quiero decir es que si todos quisieran ser hombres sabios y distinguidos, nadie se dedicaría al comercio ni cultivaría trigo. Y todos nos moriríamos de hambre.

—Y si todos se dedicaran al comercio y cultivaran trigo, no habría nadie que se ocupara del saber.

Convencidos ambos de haber expresado ideas profundas y certeras, Kuzmichov y el padre Jristofor adoptaron una expresión seria y tosieron al unísono. Deniska, que había oído la conversación sin entender palabra, sacudió la cabeza, se incorporó y fustigó a los caballos. Se restableció el silencio.

Entre tanto, ante los ojos de los viajeros se desplegaba ya una llanura vasta, ilimitada, atravesada por una cadena de colinas. Apretándose y asomando la cabeza unas tras otras, esas colinas se fundían en una eminencia que se extendía a la derecha del camino hasta el mismo horizonte y desaparecía en la lejanía de color lila; por más que avanzaban, no resultaba posible determinar dónde comenzaba y dónde terminaba... El sol había surgido ya detrás de la ciudad y había iniciado, sereno y comedido, su labor. En un principio, en la lejanía, donde el cielo se fundía con la tierra, junto a unos montículos y un molino de viento que visto desde lejos se asemejaba a un hombrecillo que agitara los brazos, una ancha banda de un amarillo brillante se deslizaba por la tierra; al cabo de un minuto esa banda empezó a relucir un poco más cerca, se desplazó a la derecha y envolvió las colinas; algo cálido rozó la espalda de Yegorushka: la banda de luz, que se había aproximado furtivamente por detrás, atravesó la calesa y los caballos, se lanzó al encuentro de otras bandas y de pronto toda la vasta estepa se desembarazó de la penumbra matinal, sonrió y resplandeció, cuajada de rocío.

El centeno segado, las zarzas, los euforbios y el cáñamo salvaje, todo ello agostado por el calor, pardo, medio muerto, se reanimaba ahora, bañado por el rocío y acariciado por el sol, como queriendo florecer de nuevo. Las alondras revoloteaban por encima del camino y lanzaban alegres gritos, las ardillas de tierra se llamaban en la hierba y en algún lugar lejano gemían las avefrías. Una bandada de perdices, asustada por la calesa, levantó el vuelo y con su suave «trrr» se dirigió a las colinas. Los grillos, los saltamontes, las langostas y las chicharras iniciaron en la hierba su concierto chirriante y monótono.

Al cabo de algún tiempo el rocío se evaporó, el aire se quedó inmóvil y la decepcionada estepa adquirió su triste aspecto estival. Las hierbas se marchitaban, la vida se moría. Las tostadas colinas, de un verde pardusco, lilas en lontananza, con sus tonos apacibles como sombras, la llanura con sus brumosas lejanías y el cielo volcado sobre ellas, que en la estepa, carente de bosques y altas montañas, adquiere una profundidad y transparencia sobrecogedoras, parecían en ese momento infinitos e impregnados de tristeza...

¡Qué pesadez, qué melancolía! La calesa seguía su camino y Yegorushka veía siempre el mismo panorama: el cielo, la llanura, las colinas... En la hierba la música se aquietó. Las alondras se habían marchado; ya no se veían perdices. Faltos de ocupación, los grajos brincaban por la hierba marchita; la enorme semejanza de sus plumajes hacía que la estepa pareciera aún más uniforme.

Un milano vuela a ras de suelo, agitando suavemente las alas, y de pronto se detiene en el aire, como meditando en el tedio de la vida, luego sacude las alas y avanza como una flecha por la estepa, sin que se sepa por qué vuela ni qué quiere. A lo lejos el molino mueve sus aspas...

Como dando un toque de color, centellea entre las zarzas un cráneo blanco o un guijarro; se yergue por un instante una pétrea mujer gris o bien surge un sauce seco con una corneja azulada posada en la rama más alta o una ardilla de tierra atraviesa el camino, y de nuevo pasan delante de los ojos la maleza, las colinas, los grajos...

Gracias a Dios aparece de pronto una carreta cargada de gavillas que avanza en dirección contraria. Arriba del todo va tumbada una muchacha. Soñolienta, amodorrada por el calor, levanta la cabeza y contempla a los viajeros. Deniska la mira con la boca abierta, los caballos extienden la cabeza hacia las gavillas, la calesa, chirriando, se besa con el carro y las agudas espigas barren el sombrero de copa del padre Jristofor.

—¡Que nos atropellas, gorda! —gritó Deniska—. ¡Tienes la jeta tan hinchada como si te hubiera picado un abejorro!

La muchacha sonrío con languidez, mueve los labios y de nuevo se recuesta...

De pronto, en lo alto de una colina se recorta la silueta de un álamo solitario; sólo Dios sabe quién lo ha plantado y qué hace allí. Difícil apartar los ojos de su esbelta

figura y de su verde ropaje. ¿Será feliz ese bello ejemplar? En verano la canícula, en invierno el frío y las tempestades de nieve, en otoño las noches terribles en que no se ven más que tinieblas y sólo se escucha el viento desabrido que aúlla con furia; y por encima de toda esa soledad, esa soledad eterna... Detrás del álamo, como una brillante alfombra amarilla, se extienden desde lo alto de la colina hasta el mismo camino bandas de trigo. En la colina las espigas ya están segadas y agavilladas; abajo, aún no han terminado las faenas... Seis segadores alineados agitan al unísono sus guadañas, que brillan alegremente y emiten su sonido: «¡Vzi, vzi!». En los movimientos de las mujeres que lían las gavillas, en los rostros de los segadores y en el brillo de las guadañas se percibe que el calor quema y ahoga. Un perro negro, con la lengua fuera, se aleja de los segadores y corre al encuentro de la calesa, probablemente con la intención de ladrarle, pero a mitad de camino se detiene y contempla con indiferencia a Deniska, que le amenaza con el látigo: ¡hace demasiado calor para ladrar! Una mujer se levanta y, poniendo sus dos manos en la dolorida espalda, dirige la mirada a la camisa roja de Yegorushka. ¿Es el color rojo lo que le ha gustado o acaso se acuerda de sus propios hijos? Sea lo que fuere, permanece largo rato inmóvil, mirando cómo el carruaje se aleja...

Pronto los campos de trigo quedan también atrás. De nuevo se extienden la llanura abrasada, las colinas quemadas, el cielo tórrido; de nuevo el milano sobrevuela la tierra. En la lejanía el molino agita las aspas lo mismo que antes, muy semejante a un hombre pequeño que gesticulara con los brazos. Hastía contemplarlo y se tiene la impresión de que es imposible llegar hasta él, de que corre delante de la calesa.

El padre Jristofor y Kuzmichov guardaban silencio. Deniska fustigaba a los caballos y los increpaba; Yegorushka había dejado de llorar y miraba con indiferencia a uno y otro lado. El calor y el tedio de la estepa lo habían fatigado. Le parecía que llevaban mucho tiempo rodando y brincando, que hacía ya un buen rato que el sol quemaba su espalda. No habían recorrido ni diez kilómetros cuando ya pensaba: «¡Sería un buen momento para hacer un alto!». Poco a poco todo rastro de bondad había desaparecido del rostro de su tío, que sólo mostraba la sequedad del hombre de negocios, una sequedad que confiere un aire implacable e inquisitorial a un rostro afeitado y enjuto, especialmente cuando lleva gafas y tiene la nariz y las sienes cubiertas de polvo. El padre Jristofor, por su parte, contemplaba con asombro este mundo de Dios y sonreía. Sopesaba en silencio algún pensamiento hermoso y alegre y esbozaba una sonrisa franca y bondadosa. Parecía como si el calor hubiera petrificado en su cerebro una idea tan dulce y alegre como su sonrisa.

—Dime, Deniska, ¿alcanzaremos hoy los convoyes? —preguntó Kuzmichov.

Deniska contempló el cielo, se incorporó, fustigó a los caballos y a continuación exclamó:

—Los alcanzaremos al anochecer, con la ayuda de Dios.

Se oyó un ladrido. Unos seis mastines, todos enormes, parecieron salir de una emboscada y se lanzaron al encuentro de la calesa con sus feroces y furiosos ladridos. Sumamente irritados, rodearon la calesa con sus ojos enrojecidos por la cólera y sus peludos hocicos y, empujándose rabiosamente, emitieron roncós rugidos. Mostraban un odio profundo y parecían dispuestos a despedazar a los caballos, a los hombres y la calesa... Deniska, que gustaba de blandir el látigo y hacer rabiar a los perros, se alegró de su suerte; adoptando una expresión de alegría maligna, se inclinó y azotó a uno de los mastines. Los perros empezaron a ladrar con más fuerza, los caballos se embalaron. Yegorushka, que a duras penas se tenía en el pescante, comprendió, al ver los ojos y los dientes de los perros, que si se caía lo harían pedazos al momento, pero no experimentó ningún miedo; lucía una expresión semejante a la de Deniska y lo único que lamentaba era no tener una fusta en la mano.

La calesa alcanzó un rebaño de ovejas.

—¡Para! —gritó Kuzmichov—. ¡Detente! Sooooo...

Deniska echó todo su cuerpo hacia atrás y refrenó a los caballos. El coche se detuvo.

—¡Acércate! —gritó Kuzmichov al pastor—. ¡Y calma a esos malditos perros!

El viejo pastor, harapiento y descalzo, con un grueso gorro, un sucio morral a la altura del muslo y un largo cayado —una verdadera figura veterotestamentaria— calmó a los perros, se quitó el gorro y se acercó a la calesa. Otro hombre, también digno del Antiguo Testamento, se quedó inmóvil en el otro extremo del rebaño, contemplando con indiferencia a los viajeros.

—¿De quién es este rebaño? —preguntó Kuzmichov.

—¡De Varlámov! —respondió en voz alta el viejo.

—¡De Varlámov! —repitió el pastor que estaba en el otro extremo del rebaño.

—¿Pasó ayer Varlámov por aquí?

—No, señor... Pero en cambio vimos a su intendente...

—¡Adelante!

La calesa siguió su camino y los pastores quedaron atrás con sus malvados perros. Yegorushka miró con desgana la lejanía lila que se extendía ante él y tuvo la sensación de que el molino con sus batientes brazos comenzaba a aproximarse; su mole se agrandaba por momentos y al cabo de un rato las dos aspas se distinguieron con claridad. Una de ellas estaba vieja, remendada; la otra, fabricada recientemente con madera nueva, relucía al sol.

La calesa marchaba en línea recta, pero el molino, por alguna razón, se apartaba a la izquierda. Cuanto más avanzaba la una, más se desplazaba a la izquierda el otro, aunque sin desaparecer de la vista.

—¡Buen molino le ha construido Boltva a su hijo! —comentó Deniska.

—Pero la granja sigue sin verse.

—Está allí, detrás de la hondonada.

Pronto apareció la granja de Boltva, pero el molino no retrocedía, no se dejaba superar; miraba a Yegorushka y movía su reluciente aspa. ¡Un verdadero brujo!

II

A eso del mediodía la calesa dejó el camino y tomó a la derecha, avanzó unos cuantos metros al paso y finalmente se detuvo. Yegorushka escuchó un murmullo leve y agradable y sintió que un aire diferente rozaba su rostro como un suave terciopelo. La naturaleza, con unas rocas grandes y monstruosas, había conformado un montículo del que se escapaba, a través de un caño fabricado con un tallo de cicuta, colocado allí por un bienhechor desconocido, un fino hilo de agua que caía sobre la tierra; transparente y alegre, brillando al sol y murmurando dulcemente, como si se considerara un torrente impetuoso y poderoso, se perdía rápidamente a la izquierda. No lejos del montículo el pequeño arroyo se ensanchaba y formaba una charca; los rayos ardientes y la tierra calcinada, que la bebía con avidez, le quitaban toda su fuerza; pero algo más lejos, debía unirse a otro arroyo semejante, ya que a unos cien pasos del montículo verdeaba en la orilla un espeso y exuberante cañaveral, del que salieron volando, al aproximarse la calesa, tres pientes becadadas.

Los viajeros se detuvieron junto al arroyo para descansar y dar de comer a los caballos. Kuzmichov, el padre Jristofor y Yegorushka se sentaron sobre una alfombra de fieltro, en la suave sombra proyectada por la calesa y los caballos desenganchados, y se pusieron a comer. Una vez que bebió agua y comió un huevo cocido, el padre Jristofor sintió deseos de expresar aquel pensamiento hermoso y alegre que se había petrificado en su cerebro a causa del calor. Miró con benevolencia a Yegorushka, masticó y exclamó:

—Yo también tuve que estudiar, hijo. A una edad muy temprana Dios me dio tal capacidad de entendimiento y discernimiento que, a diferencia de otros muchachos, cuando sólo tenía tu edad alegraba a mis padres y a mis preceptores con mi inteligencia. Aún no había cumplido quince años y ya hablaba y componía versos en latín con tanta facilidad como en ruso. Recuerdo que portaba la cruz de monseñor Jristofor. Una vez, lo recuerdo como si fuera ayer, después de la misa celebrada el día del santo de nuestro piadoso soberano Aleksandr Pávlovich el Bendito, mientras monseñor se quitaba sus hábitos sacerdotales en el altar, me miró con ternura y me preguntó: «*Puer bone, quam apellaris?*». Y yo le contesté: «*Christophorus sum*». Él entonces añadió: «*Ergo connominati sumus*», es decir, somos tocayos... Después me preguntó en latín: «¿Quién eres?». Yo le respondí también en latín que era el hijo del diácono Siriski de la aldea de Lebedínskoie. Al ver mi diligencia y la claridad de mis respuestas, monseñor me bendijo y exclamó: «Escribe a tu padre que no le desampararé y que me ocuparé de ti». Los arciprestes y los sacerdotes presentes, al escuchar esa conversación en latín, se sorprendieron no poco y cada uno me expresó

su complacencia por medio de algún elogio. Aún no tenía bigotes, hijo, pero ya leía en latín, en griego y en francés, conocía la filosofía, las matemáticas, la historia política y todas las ciencias. Dios me había dotado de una memoria prodigiosa. Me bastaba leer un texto dos veces para aprendérmelo de memoria. Mis preceptores y mis benefactores se sorprendían y suponían que me convertiría en un hombre de grandes conocimientos, en una luminaria de la iglesia. Yo mismo pensaba en ir a Kiev para continuar mis estudios, pero mis padres no me dieron su bendición: «Si te pasas la vida estudiando —me dijo mi padre—, ¿cuándo vamos a verte?». Al escuchar esas palabras, dejé de estudiar y acepté un curato. No me convertí en un sabio, es verdad, pero a cambio no desobedecí a mis padres, los amparé en su vejez y los enterré con honor. La obediencia es más valiosa que el ayuno y la oración.

—¡Probablemente ha olvidado usted ya todos esos saberes! —observó Kuzmichov.

—¿Y cómo puede ser de otro modo? ¡Gracias a Dios, tengo más de setenta años! Aún recuerdo algunos conceptos de retórica y filosofía, pero he olvidado por completo las lenguas y las matemáticas.

El padre Jristofor entornó los ojos, se quedó pensativo y finalmente dijo en voz baja:

—¿Qué es el ser? El ser es algo autónomo que no necesita ninguna otra cosa para su realización —movió la cabeza y, conmovido, se echó a reír—: ¡Alimento espiritual! —exclamó—. En verdad, la carne se sustenta de materia y el alma de alimento espiritual.

—Todo eso de las ciencias está muy bien —suspiró Kuzmichov—, pero como no alcancemos a Varlámov vamos a tener problemas.

—Un hombre no es una aguja; lo encontraremos. En estas fechas deambula por estos parajes.

Sobre el cañaveral volaban las tres becasas; en su piar se adivinaba la inquietud y el despecho por haber sido expulsadas del riachuelo. Los caballos masticaban su alimento y resoplaban con dignidad. Deniska se movía en torno a ellos y, tratando de demostrar que los pepinillos, los pasteles y los huevos que comían los señores lo dejaban completamente indiferente, se dedicaba a exterminar los tábanos y las moscas que se pegaban al vientre y la grupa de los caballos. Aplastaba a sus víctimas con apatía, produciendo con su garganta un sonido particular, que expresaba la alegría malsana de la victoria; cuando fracasaba, dejaba escapar un graznido de desencanto y seguía con los ojos al afortunado ejemplar que había escapado de la muerte.

—Deniska, ¿qué haces ahí? ¡Ven a comer! —exclamó Kuzmichov con un profundo suspiro, dando a entender que había saciado su hambre.

Deniska se aproximó tímidamente a la alfombra de fieltro y eligió para sí cinco

pepinillos grandes y amarillentos, de los llamados *zheltiaki* (no se atrevió a cogerlos más pequeños y más frescos) y tomó dos huevos cocidos, los más negros y agrietados; luego, con indecisión, como temiendo que le golpearan el brazo extendido, rozó con su dedo un pastel.

—Coge, coge —lo animó Kuzmichov.

Deniska agarró con decisión el pastel, se apartó de los otros y se sentó directamente sobre el suelo, de espaldas a la calesa. Pronto se le oyó masticar de manera tan ruidosa que incluso los caballos se volvieron y lo contemplaron con recelo.

Después de comer, Kuzmichov sacó de la calesa un saco lleno y le dijo a Yegorushka:

—Voy a dormir. Vigila que nadie me quite este saco de debajo de la cabeza.

El padre Jristofor se quitó la sotana, el cinturón y el caftán; Yegorushka se quedó estupefacto al verlo. Nunca había imaginado que los curas llevasen pantalones; pero allí estaba el padre Jristofor, con unos pantalones ordinarios de lona, metidos por dentro de las altas botas, y una ajustada chaqueta a rayas. Al mirarle, Yegorushka pensó que con esas ropas tan impropias de un clérigo, sus cabellos largos y su barba, su aspecto guardaba un enorme parecido con el de Robinson Crusoe. Tras ponerse cómodos, el padre Jristofor y Kuzmichov se tumbaron a la sombra, bajo la calesa, uno frente a otro, y cerraron los ojos. Deniska, que había terminado de comer, se tendió boca arriba a pleno sol y también cerró los ojos.

—¡Vigila que no se lleven los caballos! —le dijo a Yegorushka, y al instante se quedó dormido.

Todo quedó en silencio. Sólo se oía cómo masticaban y resoplaban los caballos y cómo roncaban los durmientes; un avefría gemía a lo lejos y de vez en cuando sonaba el piar de las tres becasas que venían a ver si los intrusos se habían marchado; el arroyo murmuraba y susurraba dulcemente, pero ninguno de esos sonidos rompía el silencio, ni turbaba la quietud del aire; al contrario, hacían que todo en la naturaleza se adormeciera.

Yegorushka, sofocado por el calor, más intenso después de comer, corrió hasta el cañaveral y examinó desde allí el terreno. Descubrió el mismo panorama que había visto antes del mediodía: la llanura, las colinas, el cielo, la lejanía lila; la única diferencia radicaba en que las colinas se encontraban más próximas y el molino, que había quedado muy atrás, había desaparecido. Más allá del montículo rocoso del que fluía el arroyo, se erguía otro, más liso y más ancho, al que se pegaba una pequeña aldea de cinco o seis casas. Cerca de las isbas no se veía ni hombres, ni árboles ni sombras; parecía como si la aldea se hubiera asfixiado en el aire abrasador y se hubiera secado. Como no tenía nada que hacer, Yegorushka capturó en la hierba un grillo, lo encerró en el puño, se lo acercó a la oreja y pasó un buen rato escuchando

cómo tocaba el violín. Cuando se aburrió de esa música, persiguió a una bandada de mariposas amarillas que se habían acercado al cañaveral para beber y, sin darse cuenta, se encontró de nuevo cerca de la calesa. Su tío y el padre Jristofor dormían profundamente; su sueño se prolongaría durante dos o tres horas más, el tiempo necesario para que los caballos reposaran... ¿En qué ocupar ese largo tiempo y cómo escapar del calor? Una cuestión difícil... Maquinalmente, Yegorushka puso la boca debajo del hilo de agua que se escapaba del caño; su boca se refrescó y hasta él llegó el olor de la cicuta; al principio bebió con placer, luego a la fuerza, decidido a continuar hasta que el intenso frío de la boca se comunicara a todo el cuerpo y el agua empapara su camisa. A continuación se acercó a la calesa y contempló a los durmientes. El rostro de su tío seguía expresando la sequedad del hombre de negocios. Entregado fanáticamente a sus actividades, Kuzmichov pensaba en todo momento en sus quehaceres, incluso cuando dormía, rezaba o cantaba en la iglesia *Y los querubines*: no podía olvidarse de ellos ni por un instante; probablemente en esos momentos estaba soñando con fardos de lana, con carros, con precios y con Varlámov... El padre Jristofor, en cambio, hombre dulce, despreocupado y risueño, no había conocido en toda su vida una preocupación que hubiera podido apretar su alma como una boa. En las numerosas empresas que le habían ocupado, no era tanto el beneficio lo que le atraía como la agitación y el trato de los hombres. Así, en ese negocio, la larga travesía, las conversaciones a lo largo del viaje, las siestas bajo la calesa y las comidas a deshora le interesaban más que la lana, Varlámov y los precios... En ese momento, a juzgar por la expresión de su rostro, debía de estar soñando con monseñor Jristofor, con disputas en latín, con su mujer, con hojaldres bañados en nata agria y con muchas otras cosas que jamás se asomarían a los sueños de Kuzmichov.

Mientras Yegorushka miraba los rostros dormidos, se oyó de pronto un suave canto. Una mujer cantaba en algún lugar cercano, aunque resultaba difícil determinar dónde y de qué lado. Esa canción dulce, lenta, melancólica, semejante a un llanto apenas audible, se oía ya a la derecha ya a la izquierda, ya arriba ya dentro de la tierra; parecía como si un espíritu invisible estuviera volando por la estepa y cantara. Yegorushka miraba a su alrededor y no comprendía de dónde procedía esa extraña canción; al cabo de un rato, cuando se habituó a ella, le pareció que era la hierba la que cantaba: medio muerta, ya marchita, aseveraba, mediante ese canto sin palabras, quejumbroso y sincero, que no era culpable de nada, que el sol la había quemado injustamente; aseguraba que deseaba vivir, que era joven y aún sería hermosa si no fuera por el calor y la sequedad; ella no era culpable, pero de todos modos pedía perdón y juraba que padecía un dolor insoportable, que se sentía triste y se compadecía de sí misma.

Yegorushka escuchó durante un rato y tuvo la impresión de que esa canción

dolorosa y lenta hacía el aire aún más sofocante, caluroso e inmóvil... Tratando de ahogar ese sonido, corrió hasta el cañaveral, se puso a cantar y se esforzó por hacer ruido con los pies. Una vez allí miró a uno y otro lado hasta que descubrió a la persona que cantaba. Cerca de la última isba de la aldea había una campesina vestida con una falda corta y largas piernas de garza; estaba cribando; un polvo blanco se escapaba lentamente del cedazo y caía sobre un montículo. No cabía duda de que era ella la que cantaba. A unos dos metros de la mujer había un muchacho con una camisa como único atuendo y la cabeza descubierta. Parecía embrujado por la canción, no se movía y miraba alguna cosa situada por debajo de él, probablemente la camisa roja de Yegorushka.

La canción cesó. Yegorushka se dirigió a la calesa y, no teniendo nada mejor que hacer, volvió a ocuparse del hilo de agua.

De nuevo se oyó la lenta canción. Era la misma campesina con piernas de garza, que cantaba en la aldea, detrás del montículo. De Yegorushka volvió a apoderarse el tedio. Dejó el caño y miró hacia arriba. Y lo que vio fue tan inesperado que se asustó un poco. Sobre su cabeza, en una de las grandes y toscas rocas, había un muchacho de cara redonda, vientre grueso y abultado y delgadas piernas, vestido tan sólo con una camisa. Era el mismo que poco antes se encontraba junto a la campesina. Con mudo asombro y no sin aprensión, como si contemplara a seres llegados de otro mundo, examinaba, con la boca abierta y sin pestañear, la camisa de Yegorushka y la calesa. El color rojo de la camisa le atraía, le impresionaba, mientras la calesa y los hombres que dormían bajo ella despertaban su curiosidad; tal vez, sin darse cuenta, el llamativo color rojo y la curiosidad le habían hecho descender de la aldea y ahora, probablemente, se sorprendía de su audacia. Yegorushka y el muchacho se contemplaron mutuamente durante un buen rato. Ambos callaban y sentían cierto embarazo. Después de un largo silencio Yegorushka preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Las mejillas del desconocido se hincharon aún más; apretó la espalda contra la roca, abrió mucho los ojos, movió los labios y contestó con recia voz de bajo:

—Tit.

Los dos muchachos no intercambiaron ni una palabra más. Tras guardar silencio durante unos instantes, sin apartar la mirada de Yegorushka, el misterioso Tit levantó una pierna, encontró un punto de apoyo con la planta del pie y se encaramó sobre una roca; desde allí, retrocediendo y mirando fijamente a Yegorushka, como si temiera ser atacado por la espalda, subió sobre la roca siguiente y así continuó hasta desaparecer completamente detrás de la cumbre del montículo.

Yegorushka lo siguió con la mirada; luego se rodeó las rodillas con las manos y bajó la cabeza... Los rayos ardientes le quemaban la nuca, el cuello y la espalda. La quejumbrosa canción moría, y al cabo de un rato se elevaba de nuevo en el aire

estancado, sofocante; el arroyo murmuraba monótono; los caballos masticaban y el tiempo se estiraba de manera infinita, como si también él se hubiera detenido y bloqueado. Se diría que desde la mañana habían pasado cien años... ¿No querría Dios que Yegorushka, la calesa y los caballos quedaran suspendidos en el aire, petrificados como las colinas, inmóviles para siempre en ese lugar?

Yegorushka levantó la cabeza y con ojos turbios contempló lo que había delante de él; la lejanía lila, que hasta entonces había permanecido inmóvil, oscilaba y se alejaba en compañía del cielo... Arrastraba tras de sí la hierba pardusca y el cañaveral; el propio Yegorushka se lanzó a una velocidad extraordinaria en pos del fugitivo horizonte. Una fuerza le transportaba en silencio, mientras el calor y la quejumbrosa canción le seguían. Yegorushka bajó la cabeza y cerró los ojos...

El primero en despertarse fue Deniska. Algún insecto debía de haberle picado, pues se puso en pie de un salto, se rascó rápidamente el hombro y exclamó:

—¡Ojalá revientes, maldito!

A continuación se acercó al arroyo, bebió hasta hartarse y pasó un buen rato lavándose. Sus bufidos y el chapoteo del agua sacaron a Yegorushka de su amodorramiento. El muchacho contempló el rostro mojado del cochero, salpicado de gotas y de gruesas pecas que lo hacían semejante al mármol, y preguntó:

—¿Nos iremos pronto?

Deniska miró la altura del sol y respondió:

—Supongo que sí.

Se secó con un faldón de su camisa y, adoptando una expresión muy seria, se puso a saltar a la pata coja.

—¡A ver quién llega primero al cañaveral! —exclamó.

A pesar de que se sentía agobiado por el calor y la modorra, Yegorushka saltó tras él. Deniska tenía ya cerca de veinte años, trabajaba como cochero y se disponía a casarse, pero seguía siendo un muchacho. Le gustaba mucho lanzar cometas, espantar a las palomas, jugar a las tabas, correr detrás de los otros y siempre se mezclaba en los juegos y las disputas de los niños. En cuanto los dueños se marchaban o se quedaban dormidos, se ponía a saltar a la pata coja, a lanzar piedras al aire o se ocupaba en algún otro pasatiempo. Si un adulto hubiera visto con qué sincera alegría se divertía en compañía de los niños, no habría podido contenerse y habría exclamado: «¡Menudo patán!». En cambio los muchachos no veían nada extraño en que ese enorme cochero se mezclara en sus asuntos: podía jugar con ellos, siempre que no los pegara. De la misma manera, los perros pequeños no se sorprenden cuando un perro grande y simplón busca su compañía y juguetea con ellos.

Deniska ganó a Yegorushka; esa victoria, al parecer, le dejó muy satisfecho. Guiñó un ojo y para demostrar que podía recorrer cualquier distancia a la pata coja, propuso a Yegorushka continuar hasta el camino y regresar hasta la calesa sin

descansar; pero el muchacho, fatigado y exhausto, rehusó el desafío.

De pronto Deniska adoptó una expresión muy seria, mucho más adusta incluso que cuando Kuzmichov le reñía o le amenazaba con el bastón; aguzó el oído, puso una rodilla en tierra con mucho cuidado, con esa expresión de severidad y temor que se apodera de los fieles cuando escuchan una herejía. Fijó la mirada en un punto, levantó lentamente la mano ahuecada en forma de barca y se lanzó boca abajo sobre el suelo, descargando un manotazo sobre la hierba.

—¡Ya está! —gritó con aire triunfante y, tras levantarse, acercó a los ojos de Yegorushka un gran saltamontes.

Seguros de causar un gran placer al insecto, Yegorushka y Deniska acariciaron con sus dedos su verde lomo y tocaron sus antenas. Luego Deniska capturó una gruesa mosca, llena de la sangre que acababa de chupar, y se la ofreció al saltamontes. Este, con gran serenidad, como si conociera a Deniska desde hacía mucho tiempo, movió sus grandes mandíbulas, semejantes a la visera de un yelmo, y devoró el vientre de la mosca. Una vez liberado, hizo brillar el forro rosado de sus alas y, hundiéndose en la hierba, volvió a entonar su canción. Liberaron también a la mosca, que desplegó las alas y voló sin vientre hasta los caballos.

Se oyó un profundo suspiro bajo la calesa. Kuzmichov se había despertado. Levantó rápidamente la cabeza y miró a lo lejos con inquietud; esa mirada, que deslizó con indiferencia sobre Yegorushka y Deniska, delataba que, aunque acababa de despertarse, pensaba ya en la lana y en Varlámov.

—¡Padre Jristofor, ya es hora de levantarse! —exclamó con inquietud—. ¡Mientras estamos aquí durmiendo, nuestros asuntos se echan a perder! ¡Deniska, engancha los caballos!

El padre Jristofor se despertó con la misma sonrisa con que se había quedado dormido. Su rostro estaba fruncido y arrugado a causa del sueño y parecía haberse reducido a la mitad. Tras lavarse y vestirse, sacó con parsimonia del bolsillo un pequeño salterio mugriento, se volvió hacia el oriente, se persignó y empezó a murmurar sus oraciones.

—¡Padre Jristofor! —dijo Kuzmichov con aire de reproche—. Tenemos que irnos, los caballos ya están preparados, pero usted, usted...

—Ya voy, ya voy —farfulló el padre Jristofor—. Tengo que leer el salterio... Todavía no lo he leído hoy.

—Puede leerlo más tarde.

—Iván Ivánich, tengo el deber de leerlo todos los días... No puede ser de otra manera.

—Dios no se lo tendría en cuenta.

Durante un cuarto de hora el padre Jristofor estuvo inmóvil de cara al oriente, moviendo los labios, mientras Kuzmichov le miraba casi con odio y se encogía de

hombros con impaciencia. Lo que más le enfadaba era cuando, después de cada «Gloria a Ti», el padre Jristofor tomaba aliento, se santiguaba con gesto rápido y voz deliberadamente fuerte, para que los otros también se persignaran, y repetía tres veces:

—¡Aleluya, aleluya, aleluya, gloria a Ti, Señor!

Finalmente sonrió, levantó la vista al cielo, se guardó el salterio en el bolsillo y exclamó:

—¡*Fini!*

Al cabo de un minuto la calesa se puso en marcha. Parecía como si regresara a su punto de partida en lugar de continuar su camino, pues los viajeros contemplaban el mismo panorama que a mediodía. Las colinas seguían hundiéndose en la lejanía lila, sin que alcanzara a verse su final; la maleza y los guijarros aparecían por un instante; los campos segados quedaban atrás, mientras los mismos grajos y el mismo milano, agitando poderosamente las alas, volaban sobre la estepa. El aire se paralizaba y se volvía cada vez más caluroso; la dócil naturaleza se petrificaba en el silencio. No había rastro de viento, ni resonaba algún sonido alegre y vigoroso, ni se vislumbraba una sola nube.

Finalmente, cuando el sol empezó a descender por el oeste, la estepa, las colinas y el aire no pudieron soportar la opresión y, faltos de paciencia, extenuados, trataron de liberarse de su yugo. Detrás de las colinas surgió, de manera inesperada, una nube rizada, de color ceniza. Intercambió una mirada con la estepa, como si quisiera decirle: «Estoy preparada», y frunció el ceño. De pronto, algo se desgarró en el aire estancado, el viento sopló con todas sus fuerzas y con silbante estrépito corrió formando remolinos por la estepa. Al instante la hierba y la maleza del año anterior empezaron a murmurar; el polvo se arremolinó sobre el camino, avanzó por la estepa y, arrastrando tras de sí paja, libélulas y plumas, se elevó en forma de tromba negra hasta el cielo, oscureciendo el sol. Atravesando la estepa a lo largo y a lo ancho, tropezando y saltando, se desplazaban los cardos; uno de ellos, atrapado por el torbellino, giró como un ave, se elevó hasta el cielo y, tras convertirse allí en un punto negro, desapareció de la vista. Otro lo siguió, luego un tercero; Yegorushka vio cómo dos de ellos chocaban en las alturas azules y se acometían en una suerte de combate singular.

En el borde mismo del camino una avutarda levantó el vuelo. Con su cola y sus alas brillantes inundadas de sol parecía un devón o una mariposa de los estanques, cuyas alas, cuando vuela sobre el agua, parecen fundirse con las antenas, produciendo la impresión de que estas le crecen por delante, por detrás y a los lados... Vibrando en el aire como un insecto y luciendo su abigarrado plumaje, la avutarda se elevó en línea recta; luego, asustada probablemente por la nube de polvo, giró hacia un lado, brillando en el cielo durante un buen rato...

De pronto, inquieto por los torbellinos, sin comprender lo que pasaba, surgió de la hierba un rascón. Voló a favor del viento y no en su contra, como hacían todas las aves, de modo que sus plumas se erizaron, hinchándolo de tal manera que adquirió el tamaño de una gallina y un aspecto furibundo e imponente. Sólo los grajos, que habían envejecido en la estepa y estaban habituados a sus alarmas, aleteaban tranquilamente sobre la hierba o, indiferentes, sin prestar atención a nada, hundían sus gruesos picos en la dura tierra.

Más allá de las colinas se oyó el sordo bramido del trueno; se levantó un viento fresco. Deniska, silbando una alegre melodía, fustigó a los caballos. El padre Jristofor y Kuzmichov, sosteniendo sus sombreros, dirigieron la mirada a las colinas... ¡Qué agradable sería que estallase la lluvia!

Parecía como si bastara un pequeño esfuerzo más, un último arrebató, para que la estepa se liberara. Pero la invisible fuerza opresiva poco a poco encadenó el viento y el aire y abatió el polvo; de nuevo, como si no hubiera pasado nada, se restableció el silencio. La nube se ocultó, las ardientes colinas se ensombrecieron y el viento se detuvo dócilmente; sólo las alarmadas avefrías seguían llorando en alguna parte, lamentándose de su suerte...

El ocaso no tardó en llegar.

III

En medio de las sombras crepusculares surgió una gran casa de una sola planta, con herrumbroso tejado de hierro y oscuras ventanas. Esa casa recibía el nombre de refugio, aunque se alzaba en medio de la estepa sin ningún tipo de vallado. A poca distancia se advertía la oscura mancha de un desdichado huerto de cerezos, rodeado por un seto, y bajo las ventanas, inclinando sus pesadas cabezas, se alzaban unos dormidos girasoles. En el huerto crepitaba un pequeño molino, puesto allí para asustar a las liebres con su ruido. No se oía nada más en los alrededores de la casa ni se veía otra cosa que la estepa.

En cuanto la calesa se detuvo junto al porche con alero, se oyeron en el interior de la casa alegres voces —una de hombre, otra de mujer—, la puerta chirrió y en un instante una figura alta y enjuta, gesticulando con los brazos y sacudiendo los faldones, apareció junto a la calesa. Era el posadero, Moiséi Moiséich, hombre de edad madura, con un rostro muy pálido y una hermosa barba, tan negra como la tinta china. Vestía una gastada chaqueta negra, que colgaba de sus estrechos hombros como de una percha; cada vez que Moiséi Moiséich, divertido u horrorizado, levantaba los brazos al cielo, los faldones de la chaqueta se agitaban como alas. Además de esa prenda, el patrón llevaba unos anchos pantalones blancos por fuera de las botas y un chaleco de terciopelo con unas flores rojas que parecían gigantescos chinches.

Tras reconocer a los viajeros, Moiséi Moiséich se quedó como paralizado por la emoción; luego levantó los brazos y profirió un gemido. Los faldones de su chaqueta se agitaron, su espalda se arqueó y en su pálido rostro se dibujó una sonrisa tan amplia como si el espectáculo de esa calesa no sólo le procurara una gran alegría, sino una suerte de tortuoso placer.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío! —exclamó con una voz fina y cantarina, jadeando, ajetreándose e impidiendo con sus movimientos corporales que los pasajeros descendieran de la calesa—. ¡Este es un día muy feliz para mí! ¡Ah, en qué mal lugar voy a quedar! ¡Iván Ivánich! ¡Padre Jristofor! ¡Y qué hermoso señorito está sentado en el pescante, Dios mío! ¡Ah, Señor! Pero ¿qué hago aquí parado, sin invitar a los huéspedes a que entren? Pasen, por favor, se lo ruego humildemente... Denme todas sus cosas... ¡Ah, Dios mío!

Moiséi Moiséich, que tanteaba la calesa y ayudaba a los recién llegados a bajar, se volvió de pronto y gritó con una voz tan ruda y premiosa como si se estuviera ahogando y pidiera ayuda:

—¡Solomón! ¡Solomón!

—¡Solomón, Solomón! —repitió una voz de mujer en el interior de la casa.

La puerta chirrió y en el umbral apareció un judío joven, de baja estatura, pelirrojo, con una nariz grande, aguileña, y una calva entre los cabellos ásperos y rizados; llevaba una chaquetilla muy gastada, con los faldones redondeados y las mangas cortas, y unos estrechos pantalones de paño, que le daban un aspecto enclenque y raquíptico de ave desplumada. Era Solomón, el hermano de Moiséi Moiséich. En silencio, sin saludar, con una sonrisa extraña, se acercó a la calesa.

—¡Han llegado Iván Ivánich y el padre Jristofor! —le dijo Moiséi Moiséich con un tono extraño de voz, como si temiera que no le creyese—. ¡Ay, es una sorpresa que gentes de bien como ustedes visiten mi casa! ¡Bueno, Solomón, coge las cosas! ¡Pasen, por favor, queridos huéspedes!

Poco después Kuzmichov, el padre Jristofor y Yegorushka estaban ya instalados en una vasta, sombría y desnuda habitación, en torno a una vieja mesa de roble. Esa mesa constituía casi todo el mobiliario de la gran estancia, pues a excepción de ella no había más que un amplio sofá de hule agujereado y tres sillas apenas merecedoras de ese nombre: eran lamentables remedos de muebles, con una tela deshilachada y desgastada y unos respaldos extrañamente doblados hacia atrás, que los hacía similares a trineos infantiles. Resultaba difícil comprender qué idea de la comodidad tenía en la cabeza el desconocido ebanista cuando dobló de manera tan cruel esos respaldos, aunque uno se sentía inclinado a pensar que aquello no era culpa del ebanista, sino de un forzado viajero que, deseando alardear de su fortaleza, había doblado los respaldos de las sillas y luego, tratando de enderezarlos, los había torcido aún más. La habitación tenía un aire sombrío. Las paredes eran grises; el techo y las cornisas estaban cubiertos de hollín; el suelo mostraba grietas y agujeros de origen incierto (se diría que había sido el mismo forzado quien los había practicado con sus tacones); se tenía la impresión de que ni siquiera diez lámparas habrían reducido el triste aspecto de la estancia. Ni en los muros ni en las ventanas había nada que recordara a un ornamento. Tan sólo en una de las paredes había un marco de madera de color gris con algún reglamento y un águila bicéfala; y en otra, dentro de un marco semejante, un grabado con la siguiente leyenda: *La indiferencia de los mortales*. No acababa de entenderse a qué eran indiferentes los mortales, pues el grabado se había desteñido con el tiempo y las moscas lo habían colmado de atenciones. En la habitación reinaba un olor rancio y acre.

Mientras conducía a los huéspedes a la sala, Moiséi Moiséich no dejó de hacer reverencias, de levantar los brazos, de encogerse de hombros y de lanzar gritos de alegría: consideraba necesario entregarse a ese ceremonial para dar testimonio de una cortesía y amabilidad extremas.

—¿Cuándo pasaron por aquí nuestros carros? —le preguntó Kuzmichov.

—Una caravana pasó hoy por la mañana; la otra, Iván Ivánich, descansó aquí a

mediodía y partió antes del anochecer.

—¿Y Varlámov ha pasado por aquí?

—No, Iván Ivánich. Ayer por la mañana pasó su administrador Grigori Yegorich y dijo que debía de estar en la granja del *molokán*^[2].

—Estupendo. Entonces alcanzaremos primero a las caravanas y luego nos dirigiremos a la granja del *molokán*.

—¡No lo quiera Dios, Iván Ivánich! —exclamó Moiséi Moiséich horrorizado, levantando los brazos—. ¿Cómo va a marcharse en plena noche? Quédese a cenar, pase aquí la noche y mañana por la mañana, con la ayuda de Dios, partirá y alcanzará a quien quiera.

—No, no es posible... Perdónenos, Moiséi Moiséich. Otra vez será; ahora no tenemos tiempo. Nos quedaremos un cuarto de hora y nos iremos. Podemos pasar la noche en casa del *molokán*.

—¡Un cuarto de hora! —chilló Moiséi Moiséich—. ¡Por el amor de Dios, Iván Ivánich! ¡Me va a obligar usted a esconderle el sombrero y cerrar la puerta con llave! ¡Al menos coman algo y tomen una taza de té!

—No tenemos tiempo para tomar té —exclamó Kuzmichov.

Moiséi Moiséich ladeó la cabeza, dobló las rodillas, puso las manos por delante como para protegerse de algún golpe y, esbozando una sonrisa dulce y dolorosa, empezó a suplicar:

—¡Iván Ivánich! ¡Padre Jristofor! ¡Quédense a tomar el té, por el amor de Dios! ¿Acaso soy un hombre tan malvado que ni siquiera se puede tomar el té en mi casa? ¡Iván Ivánich!

—¿Por qué no tomar una taza de té? —suspiró el padre Jristofor con compasión—. Eso no nos retrasará.

—¡Bueno, de acuerdo! —convino Kuzmichov.

Moiséi Moiséich se estremeció, suspiró con aire alegre y, encogiéndose como si acabara de salir de un baño de agua fría en un día de calor, fue corriendo hasta la puerta y gritó con la misma voz ruda y premiosa con que antes había llamado a Solomón:

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡Prepara el samovar!

Al cabo de un minuto la puerta se abrió y en la habitación entró Solomón con una gran bandeja en las manos. Al depositarla sobre la mesa, miró con ironía a un lado y esbozó la misma sonrisa extraña de antes. En ese momento, a la luz de la pequeña lámpara, podía analizarse esa sonrisa: era muy compleja y expresaba muchos sentimientos, pero el dominante era un manifiesto desdén. Parecía pensar en algo divertido y absurdo, acordarse de alguien a quien no podía soportar y despreciaba, recordar algún suceso divertido y esperar el momento adecuado para proferir alguna burla y desternillarse de la risa. Se diría que ese deseo imperioso de reír ponía

en tensión su larga nariz, sus gruesos labios y sus ojos astutos y saltones. Al contemplar su rostro, Kuzmichov sonrió con ironía y preguntó:

—Solomón, ¿por qué no has venido este verano a la feria de N. para imitar a los judíos?

Dos años antes, como recordaba bien Yegorushka, en una de las barracas de la feria de N., Solomón había representado escenas de la vida judía y había alcanzado un gran éxito. El recuerdo de ese suceso no causó en Solomón ninguna impresión. Salió de la estancia sin decir palabra y al cabo de un rato regresó con el samovar.

Una vez dispuesta la vajilla en la mesa, se apartó a un lado, cruzó los brazos sobre el pecho, avanzó un pie y clavó sus ojos burlones sobre el padre Jristofor. Había en su postura algo de desafío, de arrogancia y de desprecio, y al mismo tiempo un matiz en alto grado doloroso y cómico, pues cuanto más imponente se volvía su postura, más relieve adquirirían sus pantalones cortos, su raquítica chaqueta, su nariz caricaturesca y toda su pequeña figura de ave desplumada.

Moiséi Moiséich trajo un taburete de otra habitación y se sentó a cierta distancia de la mesa.

—¡Buen apetito! ¡Ahí tenéis té y azúcar! —exclamó, tratando de entretener a sus invitados—. Que os aproveche. ¡Muy rara vez recibo huéspedes así! Hacía cinco años que no veía al padre Jristofor. ¿Y nadie va a decirme quién es este bello señorito? —preguntó, mirando con ternura a Yegorushka.

—Es el hijo de mi hermana Olga Ivánovna —respondió Kuzmichov.

—¿Y adónde va?

—A estudiar. Lo llevamos al instituto.

Por cortesía Moiséi Moiséich adoptó una expresión de sorpresa y torció la cabeza con un gesto elocuente.

—¡Oh, eso está bien! —exclamó, amenazando al samovar con un dedo—. ¡Eso está muy bien! Saldrás del instituto hecho todo un señor y todos nos quitaremos el sombrero al verte. Adquirirás sabiduría, riquezas y dignidades, y tu madre se alegrará mucho. ¡Oh, eso está muy bien!

Guardó silencio durante unos instantes, se acarició las rodillas y a continuación exclamó con un tono divertido y respetuoso:

—Tendrá que excusarme padre Jristofor, pero me propongo escribir una nota al obispo para decirle que hace usted una competencia desleal a los comerciantes. Cogeré papel timbrado y comunicaré que el padre Jristofor debe tener poco dinero, ya que se dedica al comercio de la lana.

—Sí, vaya una ocurrencia a mi edad... —exclamó el padre Jristofor y se echó a reír—. De pope me he convertido en negociante. Debería estar en casa rezando a Dios y aquí estoy, viajando como el faraón en su carroza... ¡Vanidad de vanidades!

—Pero ganará usted dinero.

—¡Qué va! Nada de eso. La mercancía no es mía, es de mi yerno Mijaíl.

—¿Y por qué no se ocupa él del negocio?

—Pues porque... la leche materna aún no se ha secado en sus labios. Ha comprado la lana, pero no sabe venderla; es muy joven. Ha gastado todo su dinero; quería hacerse rico y darse la gran vida, pero ha ido de un lado para otro y nadie ha querido darle ni siquiera el precio que él ha pagado. Después de darle vueltas al asunto durante un año, el muchacho vino a verme y me dijo: «¡Padre, hágame el favor de vender la lana! ¡Yo soy incapaz de comprender este negocio!». Ya ve usted. En cuanto se le presentó un pequeño contratiempo, se acordó de papá; pero antes bien se las había arreglado sin mí. Cuando hizo la compra no me preguntó nada, pero nada más verse en dificultades, vino a ver a papá. No obstante, ¿qué ayuda podía yo ofrecerle? De no haber sido por Iván Ivánich, no habría sabido qué hacer. ¡Las molestias que dan!

—¡Sí, los hijos son un quebradero de cabeza! —suspiró Moiséi Moiséich—. Yo tengo seis... Enseña a uno, cura a otro, lleva en brazos a un tercero... Y cuando crecen, las preocupaciones aumentan. Así ha sido siempre. Recuerde usted lo que dicen las Sagradas Escrituras: Jacob lloraba cuando sus hijos eran pequeños, pero cuando estos se hicieron mayores, lloraba todavía más.

—Sí —convino el padre Jristofor, mirando su vaso con aire pensativo—. Yo, a decir verdad, no quiero ser ingrato con Dios. Ojalá todo el mundo llegue al término de su vida como yo... He casado a mis hijas con hombres de bien, he convertido a mis hijos en señores, y ahora soy libre, he cumplido mi trabajo, puedo moverme a mi voluntad. Vivo en buena armonía con mi mujer, como, bebo y duermo, me alborozo viendo a mis nietos y rezo a Dios: ¿qué más necesito? Todo me va bien y no pido nada a nadie. No he sentido nunca pena y si el zar me preguntara: «¿Qué necesitas? ¿Qué quieres?», le diría que no necesito nada. Tengo de todo, gracias a Dios. No hay una sola persona más feliz que yo en toda la ciudad. El único problema es que cargo con muchos pecados, pero sólo Dios está libre de pecado. ¿No es cierto?

—Así es.

—Bueno, he perdido todos los dientes, a causa de la vejez me duele la espalda..., sufro algunos achaques y ahogos..., padezco enfermedades y me siento débil, pero a decir verdad puedo decir que he vivido. Tengo más de setenta años. No vamos a vivir eternamente. A todos les llega su hora.

De pronto el padre Jristofor recordó alguna cosa, estalló en una carcajada y poco después, a causa de la risa, empezó a toser. Por pura cortesía Moiséi Moiséich también se rio a carcajadas y tosió.

—¡Menuda historia! —exclamó el padre Jristofor, con un gesto de la mano—. Viene a verme mi hijo mayor, Gavriila, que es médico rural en el distrito de Chernigov... Bueno... Yo le digo: «Pues sí, sufro ahogos y algún otro achaque... Tú

eres médico: ¡cura a tu padre!». Él entonces me pide que me desvista, me da unos golpecitos, me ausculta, me examina diversas partes del cuerpo..., me aprieta el vientre y finalmente me dice: «Papá, tienes que tratarte con aire comprimido».

El padre Jristofor soltó una carcajada tan estruendosa que se le saltaron las lágrimas; luego se puso en pie.

—Yo le contesté: «¡Al diablo tu aire comprimido!» —gritó en medio de las risas, gesticulando con ambas manos—. ¡Al diablo tu aire comprimido!

Moiséi Moiséich también se puso en pie y, cogiéndose el vientre, dejó escapar una risa aguda que recordaba los ladridos de un perro faldero.

—¡Al diablo tu aire comprimido! —repitió el padre Jristofor, riéndose a carcajadas.

Moiséi Moiséich subió dos notas más y estalló en unas carcajadas tan convulsivas que apenas pudo mantenerse en pie.

—Ah, Dios mío —gimió en medio de sus risas—. Déjeme respirar... Me ha hecho usted reír tanto... ¡Oh, yo me muero!

Mientras reía y hablaba, miraba con prevención y temor a Solomón, que conservaba la misma postura que antes y no dejaba de sonreír. A juzgar por sus ojos y su sonrisa se diría que estaba lleno de desprecio y de odio, pero esa impresión armonizaba tan mal con su figura de ave desplumada que Yegorushka se imaginó que había adoptado deliberadamente esa postura provocativa y esa expresión cáustica y despectiva para hacer alguna bufonada y divertir a los venerados huéspedes.

Tras beber en silencio unos seis vasos, Kuzmichov se hizo sitio en la mesa, cogió su saco, el mismo que le había servido de almohada cuando durmió bajo la calesa, deshizo el nudo y lo sacudió. Por la mesa se desparramaron fajos de billetes de banco.

—Ya que tenemos tiempo, padre Jristofor, vamos a contarlos —exclamó Kuzmichov.

Al ver el dinero, Moiséi Moiséich se turbó, se puso en pie y, como una persona delicada que no desea saber los secretos ajenos, salió de puntillas de la habitación, separando los brazos para mantener el equilibrio. Solomón no se movió de su sitio.

—¿De cuánto son los fajos de un rublo? —preguntó el padre Jristofor.

—De cincuenta... Los de tres rublos son de noventa... Los de veinticinco y cien rublos están en fajos de mil. Aparte usted siete mil ochocientos para Varlámov y yo separaré el dinero de Gusevich. Pero tenga cuidado de no equivocarse...

Yegorushka no había visto nunca un montón de dinero tan grande como el que había ahora sobre la mesa. Probablemente la suma era muy elevada, ya que el fajo con siete mil ochocientos rublos, separado por el padre Jristofor para Varlámov, parecía muy pequeño en comparación a los demás. En otro momento, quizá, tal cantidad de dinero habría impresionado a Yegorushka y le habría llevado a preguntarse cuántas rosquillas, bizcochos y panecillos con semillas de amapola

permitiría comprar esa suma; pero en ese instante la miraba con desapasionamiento y sólo sentía el olor repugnante a manzanas podridas y petróleo que desprendía el montón. Las sacudidas de la calesa lo habían agotado; estaba fatigado y tenía ganas de dormir. La cabeza le pesaba, los párpados se le pegaban y sus pensamientos se enredaban como hilos. Si hubiera podido, habría apoyado gustosamente la cabeza en la mesa, habría cerrado los ojos para no ver las lámparas y los dedos que se movían sobre el montón y habría dejado que sus pensamientos desvaídos y soñolientos se embarullaran aún más. Cuando se esforzaba por no quedarse dormido, la luz de la lámpara, las tazas y los dedos se duplicaban, el samovar oscilaba y el olor a manzanas podridas se hacía aún más intenso y repugnante.

—¡Ah, el dinero, el dinero! —suspiró el padre Jristofor, sonriendo—. ¡Es una fuente de desdichas! En este momento mi Mijaíl debe de estar dormido, soñando que le llevo un fajo como este.

—Su Mijaíl Timoféich no entiende nada —exclamó Kuzmichov en voz baja— y se ocupa de lo que no sabe; en cambio usted es un hombre despierto y razonable. Como le he dicho, debería usted darme la lana y regresar. Yo, por mi parte, le daría medio rublo por encima de su precio, pero sólo por respeto a usted.

—No, Iván Ivánich —suspiró el padre Jristofor—. Le agradezco mucho su consideración... Si el asunto dependiera de mí, aceptaría sin pensarlo; pero como usted sabe, la mercancía no me pertenece...

Moiséi Moiséich entró de puntillas. Tratando por delicadeza de no mirar el montón de dinero, se acercó a Yegorushka por detrás y le tiró de la camisa.

—Ven por aquí, señorito —dijo en voz baja—. ¡Te voy a enseñar un oso terrible, feroz! ¡Uuuuh!

El soñoliento Yegorushka se levantó y siguió con pereza a Moiséi Moiséich para ver el oso. Entró en una habitación pequeña, y antes de distinguir nada, se sintió sofocado por un olor acre y rancio, aún más pronunciado que en la habitación grande; sin duda ese olor se expandía desde allí al resto de la casa. La mitad de la pieza estaba ocupada por una gran cama cubierta de una colcha grasienta; en la otra mitad había una cómoda y montañas de toda suerte de trapos, desde faldas almidonadas hasta pantalones de niño y tirantes. Sobre la cómoda ardía una vela de sebo.

En lugar del oso prometido, Yegorushka vio a una judía grande, muy gorda, con los cabellos alborotados y un vestido rojo de franela con lunares negros; se movía con dificultad en el estrecho espacio que quedaba entre la cómoda y la cama, y profería suspiros prolongados y lastimeros, como si le dolieran las muelas. Al ver a Yegorushka, adoptó una expresión llorosa, lanzó profundos suspiros y antes de que el muchacho se percatara de nada, le acercó a la boca una rebanada de pan untada de miel.

—¡Come, hijo, come! —exclamó—. No está aquí tu madre y no hay nadie que te

alimento. Come.

Yegorushka dio un mordisco, aunque acostumbrado a los caramelos y los panecillos con semillas de amapola que comía en su casa, no encontró sabrosa esa miel llena de cera y de alas de abeja. Mientras él comía, Moiséi Moiséich y la judía le miraban y suspiraban.

—¿Adónde vas, hijo? —le preguntó la judía.

—A estudiar —respondió Yegorushka.

—¿Cuántos hermanos sois?

—Soy hijo único. No tengo hermanos.

—¡Oh! —suspiró la judía, levantando los ojos hasta el techo—. ¡Pobre mamá, pobre mamá! ¡Cuánto va a echarte de menos! ¡Cómo va a llorar! Dentro de un año también nosotros llevaremos a estudiar a nuestro Naúm. ¡Oh!

—¡Ah, Naúm, Naúm! —suspiró Moiséi Moiséich, y la piel de su pálido rostro se estremeció—. ¡Está tan enfermo!

La colcha grasienta se movió y bajo ella apareció una cabeza infantil con cabellos rizados y un cuello muy delgado; dos ojos negros brillaron y se fijaron con curiosidad en Yegorushka. Moiséi Moiséich y la judía, sin dejar de suspirar, se acercaron a la cómoda e iniciaron una conversación en yiddish. Moiséi Moiséich hablaba en un susurro, con profunda voz de bajo; en general, su discurso en yiddish se parecía a un ininterrumpido «gal-gal-gal-gal», mientras que la mujer le respondía con una fina voz de pavo, que sonaba como un «tu-tu-tu-tu». Mientras se consultaban, otra cabeza con cabellos rizados y largo cuello apareció debajo de la manta, después una tercera, a continuación una cuarta... Si Yegorushka hubiera poseído una rica imaginación, habría pensado que bajo aquella manta había una hidra de cien cabezas.

—Gal-gal-gal-gal... —decía Moiséi Moiséich.

—Tu-tu-tu-tu... —le respondía la judía.

Cuando la consulta finalizó, la judía, exhalando un profundo suspiro, se arrastró hasta la cómoda, desenvolvió un trapo verde y sacó un gran bollo de centeno en forma de corazón.

—Toma, pequeño —exclamó, entregándoselo a Yegorushka—. Ahora no está tu madre y nadie te da golosinas.

Yegorushka se metió el bollo en el bolsillo y retrocedió hacia la puerta, pues ya no podía soportar el aire acre y rancio de la estancia. Tras regresar a la habitación grande, se instaló confortablemente en el sofá y se entregó a sus pensamientos.

Kuzmichov había terminado de contar el dinero y lo estaba guardando en el saco. Lo trataba sin demasiado respeto y lo amontonaba en el sucio saco sin ceremonias, con tanta indiferencia como si en lugar de dinero estuviera manipulando pedazos de papel.

El padre Jristofor conversaba con Solomón.

—Y bien, Solomón el sabio —preguntó, bostezando y haciendo la señal de la cruz sobre la boca—, ¿cómo van tus asuntos?

—¿A qué asuntos se refiere? —preguntó Solomón, mirándole con un aspecto tan suspicaz como si el padre Jristofor estuviera aludiendo a algún crimen.

—En general... ¿De qué te ocupas?

—¿De qué me ocupo? —repitió Solomón, encogiéndose de hombros—. Hago como todo el mundo... Ya lo ve usted: soy un criado. Soy el criado de mi hermano, mi hermano es el criado de los viajeros, los viajeros son los criados de Varlámov, y si yo tuviera diez millones Varlámov sería criado mío.

—¿Y por qué sería criado tuyo?

—¿Por qué? Porque no hay un solo señor o millonario que por un kopek de más no quiera lamer la mano de un judío sarnoso. Ahora soy un judío sarnoso y miserable, todos me miran como si fuera un perro, pero si tuviera dinero, Varlámov haría las mismas payasadas delante de mí que Moiséi ante ustedes.

El padre Jristofor y Kuzmichov intercambiaron una mirada. Ni uno ni otro habían comprendido a Solomón. Kuzmichov lo miró con aire seco y severo y le preguntó:

—¿Cómo te atreves a compararte con Varlámov, imbécil?

—No soy tan imbécil como para compararme con Varlámov —respondió Solomón, contemplando a sus interlocutores con ironía—. Varlámov, aunque ruso, en el fondo de su alma es un judío sarnoso; toda su vida se reduce al dinero y el beneficio, mientras que yo he quemado mi dinero en la estufa. No necesito dinero, ni tierras, ni ovejas; no necesito que la gente me tema y se quite el sombrero cuando paso. ¡Eso significa que soy más inteligente que su Varlámov y que me parezco más a un ser humano!

Al cabo de un rato, en medio de su duermevela, Yegorushka escuchó cómo Solomón hablaba de los judíos, atropellándose y tartajeando, con una voz sorda y ronca a causa del odio que le sofocaba; al principio habló en un ruso correcto, luego adoptó el tono de los cuentistas hebreos y se puso a hablar, como había hecho antaño en la feria, con un marcado acento judío.

—¡Basta!... —le interrumpió el padre Jristofor—. Si tu fe te desagrada, no tienes más que cambiarla; pero burlarte de ella es pecado. Son los últimos de los últimos los que se ríen de su propia fe.

—¡No comprende usted nada! —lo cortó groseramente Solomón—. Le estoy hablando de una cosa y usted me sale con otra...

—Ahora veo que eres un estúpido —suspiró el padre Jristofor—. Trato de instruirte de la mejor manera que sé y tú te enfadas. Te hablo con la amabilidad de un viejo y tú me contestas como un pavo: ¡bla-bla-bla! ¡En verdad que eres tonto!...

Entró Moiséi Moiséich y miró con inquietud a Solomón y a sus huéspedes; de nuevo un temblor nervioso recorrió la piel de su rostro. Yegorushka sacudió la cabeza

y miró a su alrededor; vio el rostro de Solomón precisamente en el momento en que este se volvía hacia él de tres cuartos y la sombra de su larga nariz le atravesaba toda la mejilla izquierda; la sonrisa despectiva, acompañada de esa sombra, los ojos brillantes e irónicos, la expresión altiva y toda su pequeña figura de ave desplumada, que se desdoblaba y brillaba ante los ojos de Yegorushka, ya no le hacían semejante a un bufón, sino a una de esas figuras con las que se sueña a veces, a una suerte de diablo.

—¡Vaya demonio que tiene usted en casa, Moiséi Moiséich! ¡Que Dios le perdone! —dijo sonriendo el padre Jristofor—. Debería usted colocarlo en alguna parte o casarle tal vez... Poco tiene de hombre...

Kuzmichov frunció el ceño con enfado. Moiséi Moiséich miró de nuevo a su hermano y a sus huéspedes con aire inquieto e inquisitivo:

—¡Solomón, sal de aquí! —exclamo con severidad—. ¡Vete!

Añadió alguna cosa más en yiddish. Solomón dejó escapar una risa entrecortada y salió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con temor Moiséi Moiséich al padre Jristofor.

—Se pasa de la raya —respondió Kuzmichov—. Es grosero y pretencioso.

—¡Me lo imaginaba! —dijo consternado Moiséi Moiséich, agitando los brazos—. ¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! —farfulló en voz baja—. Se lo pido por favor, perdónenlo y no se enfaden. Es un hombre tan, tan... ¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! Es hermano mío, pero no me ha dado más que problemas. Y es que, saben ustedes... —Moiséi se llevó un dedo a la frente, lo hizo girar y continuó—: No está en sus cabales..., es una calamidad. ¡Y no sé qué hacer con él! No quiere a nadie, no respeta a nadie, no teme a nadie... Se burla de todo el mundo, dice bobadas, se ríe en la cara de cualquiera. No se lo van a creer, pero una vez vino aquí Varlámov y Solomón le habló de tal modo que nos golpeó a los dos con el látigo... ¿Por qué me pegó a mí? ¿Qué culpa tenía yo? Si Dios le ha privado de inteligencia, esa habrá sido Su voluntad. Pero ¿qué culpa tengo yo?

Pasaron unos diez minutos, pero Moiséi Moiséich seguía murmurando y suspirando:

—Por las noches no duerme y se pasa todo el tiempo pensando. Dios sabe lo que piensa. Si te acercas a él en esos momentos se enfada y se ríe. A mí tampoco me quiere... ¡Y no ambiciona nada! Cuando mi padre murió, nos dejó a cada uno seis mil rublos. Yo compré esta posada, me casé y ahora tengo seis hijos; él, en cambio, quemó su dinero en la estufa. ¡Qué pena, qué pena! ¿Por qué quemarlo? Si no lo necesitaba, habría podido dármelo a mí. ¿Por qué quemarlo?

De pronto la puerta chirrió en sus goznes y en el suelo resonaron algunos pasos. Yegorushka sintió un ligero soplo de aire y tuvo la impresión de que una gran ave negra había pasado a su lado y había batido las alas junto a su rostro. Abrió los

ojos... Su tío, con el saco entre las manos, presto para la partida, estaba de pie junto al sofá. El padre Jristofor, sosteniendo su sombrero de copa de ala ancha, se inclinaba ante alguien y sonreía, pero no con su habitual bondad y dulzura, sino con afectación y envaramiento, lo que en absoluto armonizaba con su rostro. En cuanto a Moiséi Moiséich, cuyo cuerpo parecía haberse dividido en tres partes, se esforzaba por mantener el equilibrio y no caerse. Sólo Solomón conservaba la calma y seguía de pie en su rincón, con los brazos cruzados, sonriendo con desprecio.

—Perdone, excelencia, nuestra casa no está limpia —gimió Moiséi Moiséich con una sonrisa triste y dulce, olvidado ya de Kuzmichov y del padre Jristofor, tratando de que su cuerpo no se desplomara—. ¡Somos gente sencilla, excelencia!

Yegorushka se frotó los ojos. En medio de la habitación había una mujer joven, fuerte y muy bella, ataviada con un vestido negro y un sombrero de paja. Antes de que Yegorushka tuviera tiempo de distinguir sus rasgos, le vino a la memoria el álamo solitario y esbelto que había contemplado durante el día sobre una colina.

—¿Ha pasado hoy por aquí Varlámov? —preguntó una voz de mujer.

—¡No, excelencia! —respondió Moiséi Moiséich.

—Si le ve mañana, dígame que pase un momento por mi casa.

De pronto, de una manera completamente imprevista, a un par de centímetros de sus ojos, Yegorushka vio unas cejas negras y aterciopeladas, dos grandes ojos pardos y unas mejillas satinadas, con hoyuelos como soles, que difundían por toda la cara los rayos de una sonrisa. Toda la estancia se llenó de un perfume extraordinario.

—¡Qué niño más hermoso! —exclamó la dama—. ¿De quién es? ¡Kazimir Mijaílovich, mire qué encanto de niño! ¡Dios mío, está dormido! ¡Mi lindo niño!...

La dama besó con fuerza las dos mejillas de Yegorushka, que sonrió y, creyéndose dormido, cerró los ojos. La puerta chirrió de nuevo y se oyó el rumor de unos pasos apresurados: alguien entraba y salía.

—¡Yegorushka! ¡Yegorushka! —le llegó el intenso susurro de dos voces—. ¡Levántate, es hora de irnos!

Alguien, al parecer Deniska, puso a Yegorushka en pie y lo llevó de la mano; por el camino el muchacho entreabrió los ojos y vio de nuevo a la hermosa mujer de negro que le había besado. Al verle partir, la dama le sonrió desde el centro de la habitación y lo despidió con amistosos gestos de la cabeza. Al acercarse a la puerta, Yegorushka vio a un hombre moreno, fuerte y apuesto, con un sombrero hongo y polainas. Sin duda era el compañero de la mujer.

—¡So! —se oyó en el patio.

Delante de la casa Yegorushka vio una calesa nueva y lujosa y una pareja de caballos negros. En el pescante había un lacayo de librea con un largo látigo en las manos. Sólo Solomón acompañó a los viajeros hasta el patio. La risa contenida tensaba su rostro; parecía esperar con impaciencia que los huéspedes partieran para

reírse de ellos a sus anchas.

—La condesa Dranítskaia —susurró el padre Jristofor mientras subía a la calesa.

—Sí, la condesa Dranítskaia —repitió Kuzmichov, también en un susurro.

La impresión causada por la llegada de la condesa debió de ser muy intensa, ya que incluso Deniska hablaba en susurros y no se decidió a fustigar a los caballos y a lanzar un grito hasta que la calesa hubo cubierto doscientos metros y a lo lejos, por detrás, no quedaba otro rastro de la posada que una tenue lucecita.

IV

¿Quién era ese inalcanzable y misterioso Varlámov del que tanto se hablaba, al que despreciaba Solomón y solicitaba incluso la bella condesa? Sentado en el pescante al lado de Deniska, Yegorushka, medio dormido, pensaba precisamente en ese hombre. No lo había visto nunca, pero había oído hablar de él con cierta frecuencia y no pocas veces se lo había representado en la imaginación. Sabía que Varlámov poseía varias decenas de miles de hectáreas de tierra, cerca de cien mil ovejas y muchísimo dinero; de su modo de vida y sus ocupaciones Yegorushka sólo sabía que siempre «estaba deambulando por esos lugares» y que la gente no paraba de buscarlo.

En su casa Yegorushka también había oído hablar de la condesa Dranítskaia. Poseía igualmente varias decenas de miles de hectáreas de tierra, muchas ovejas, una yeguada y mucho dinero, pero ella no «deambulaba», sino que vivía en una rica mansión, a propósito de la cual sus conocidos y el propio Iván Ivánich, que había ido a verla más de una vez por razones de negocios, contaban maravillas. Decían, por ejemplo, que en el salón de la condesa, en el que colgaban retratos de todos los reyes de Polonia, había un gran reloj de pared en forma de roca; sobre la roca se alzaba un caballo de oro encabritado, con ojos de diamante, montado por un jinete de oro que cada vez que el reloj daba la hora blandía su espada a derecha e izquierda. También referían que la condesa organizaba dos bailes anuales a los que invitaba a la nobleza y a los altos funcionarios de la región y al que acudía también Varlámov; a todos los invitados se les servía té preparado en samovares de plata y sólo se comían manjares extraordinarios (por ejemplo, en invierno, en Navidad, se distribuían fresas y frambuesas) y se bailaba a los sonos de una orquesta que tocaba noche y día...

«¡Y qué bella es!», pensaba Yegorushka, recordando su rostro y su sonrisa.

Kuzmichov también debía de estar pensando en la condesa, pues una vez que la calesa hubo recorrido dos kilómetros exclamó:

—¡Bien la esquila ese Kazimir Mijaílovich! Hace dos años, no sé si se acuerda usted, fui a verla para comprarle lana. Sólo en esa transacción él debió de sacar unos tres mil rublos.

—¿Qué otra cosa se puede esperar de un polaco? —exclamó el padre Jristofor.

—Y a ella le da lo mismo. Es joven y estúpida, ya se sabe. ¡Tiene la cabeza llena de pájaros!

Yegorushka sólo tenía ganas de pensar en Varlámov y en la condesa, sobre todo en esta última. Su soñoliento cerebro rechazaba terminantemente los pensamientos ordinarios, se cubría de niebla y sólo conservaba esas imágenes fabulosas, fantásticas, que tienen la ventaja de nacer por sí solas, sin ningún esfuerzo por parte del sujeto, y

desaparecen sin dejar huella en cuanto uno sacude un poco la cabeza; por lo demás, nada de cuanto veía a su alrededor despertaba en él pensamientos habituales. A la derecha destacaban las negras colinas, que parecían ocultar alguna cosa desconocida y terrible; a la izquierda, sobre el horizonte, todo el cielo estaba inundado de un resplandor purpúreo, de modo que no se sabía si había un incendio en alguna parte o se aprestaba a salir la luna. La lejanía tenía el mismo aspecto que en pleno día, pero su tenue pintura de color lila, sombreada por las tinieblas vespertinas, había desaparecido, y toda la estepa se ocultaba en la penumbra como los hijos de Moiséich bajo la manta.

En las tardes y las noches de julio ya no pían las codornices ni los rascones, los ruiseñores no cantan en las quebradas del bosque, no se aspira el aroma de las flores, pero la estepa sigue mostrándose bella y llena de vida. En cuanto se pone el sol y la tierra se cubre de tinieblas, la melancolía del día se olvida, todo se perdona y la estepa respira aliviada a pleno pulmón. La hierba, como si en la oscuridad no viera su vejez, levanta una joven y alegre crepitación, inédita durante el día; los crujidos, los silbidos, los roces, los cantos de los bajos, los tenores y los sopranos de la estepa, todo se mezcla en un estruendo monótono, incesante, que incita a las evocaciones y a la melancolía. Esa crepitación uniforme adormece como una canción de cuna; uno avanza y siente que se queda dormido, pero de pronto resuena el grito entrecortado y angustiado de un ave insomne o se oye un sonido indeterminado, semejante a un «¡ah!» de asombro, y el sueño libera los párpados. A veces se pasa junto a una quebrada llena de matorrales y se oye cómo un ave a la que los habitantes de la estepa llaman *spliuik* le grita a alguien: «¡Spliu! ¡Spliu! ¡Spliu!»^[3], mientras la lechuza ríe o estalla en un histérico llanto. Dios sabrá a quién le gritan y quién los escucha en esta llanura, pero sus gritos están llenos de tristeza y de dolor... Huele a heno, a hierba seca, a flores tardías; es un olor espeso, empalagoso y tierno.

A través de las tinieblas se ve todo, pero es difícil distinguir el color y el contorno de los objetos. Cada cosa tiene un aspecto distinto al habitual. Avanzas y de pronto ves delante de ti, al lado mismo del camino, una silueta semejante a un monje; no se mueve, espera y sostiene alguna cosa entre las manos... ¿No será un bandido? La figura se aproxima, crece, se sitúa a la altura de la calesa, y ves que no se trata de un hombre, sino de un arbusto solitario o una gran roca. Esas figuras inmóviles, que parecen acechar a alguien, se alzan en las colinas, se ocultan detrás de los túmulos, asoman por detrás de la maleza: todas tienen aspecto humano e inspiran desconfianza.

Y cuando sale la luna, la noche se vuelve pálida y serena. Las tinieblas desaparecen por completo. Sopla un aire transparente, fresco, tibio; la visibilidad es completa; incluso pueden distinguirse, cerca del camino, los tallos de los matorrales; los cráneos y las piedras relucen en la lejanía. Las figuras sospechosas, semejantes a

monjes, parecen más negras sobre el fondo claro de la noche y adquieren un aspecto más severo. Cada vez con mayor frecuencia, entre la crepitación monótona resuena ese «¡ah!» de sorpresa, que turba el aire inmóvil, o se escucha el grito de un ave que no duerme o que sueña. Anchas sombras vagan por la llanura como nubes por el cielo, y si se contempla durante largo rato el remoto horizonte, se perciben imágenes brumosas y fantásticas que se alzan y se amontonan... Da un poco de miedo. Si se mira el cielo verde pálido, sembrado de estrellas, completamente limpio de nubes y de manchas, se comprende por qué el aire tibio está inmóvil, por qué la naturaleza está en guardia y teme moverse: siente temor y pena de perder un solo momento de vida. Sólo en el mar y en la estepa, en una noche con luna, es posible apreciar la inabarcable profundidad y la inmensidad del cielo. Es terrible, sublime, afectuoso, tiene un aire lánguido y seductor, pero su ternura da vértigo.

Pasa una hora, luego otra... Surge en el camino un antiguo y silencioso túmulo o un ídolo de piedra, levantado no se sabe cuándo ni por qué; un ave nocturna vuela sin ruido a ras de tierra, y poco a poco acuden a la memoria las leyendas, los relatos de los viajeros, los cuentos de la nodriza de la estepa y todo aquello que uno ha sabido ver por sí mismo y le ha llegado al alma. Y entonces, en la crepitación de los insectos, en las figuras y los túmulos inquietantes, en el cielo azul, en la luz de la luna, en el vuelo de las aves nocturnas, en todo lo que se ve y se escucha, se advierte el triunfo de la belleza, de la juventud, el florecimiento de inefables fuerzas y una sed apasionada de vida; el alma hace eco a la patria sublime y severa y siente deseos de volar sobre la estepa con el ave nocturna. Y en ese triunfo de la belleza, en ese exceso de felicidad se perciben una tensión y una angustia, como si la estepa fuera consciente de que está sola, de que su riqueza y su atractivo se pierden en vano, sin que nadie las cante, sin que a nadie resulten útiles, y en medio de su alegre fragor se oye una llamada triste y desesperada: ¡un poeta! ¡Un poeta!

—¡So! ¡Hola, Panteléi! ¿Va todo bien?

—¡Gracias a Dios, Iván Ivánich!

—¿No habéis visto a Varlámov, muchachos?

—No, no lo hemos visto.

Yegorushka se despertó y abrió los ojos. La calesa se había detenido. A la derecha, en la lejanía, avanzaba por el camino una caravana junto a la cual se afanaban algunas personas. Todos los carros parecían muy altos y voluminosos, ya que iban cargados de grandes fardos de lana; en cambio, los caballos daban la impresión de ser pequeños y patiocortos.

—¡Entonces nos vamos a casa del *molokán*! —dijo en voz alta Kuzmichov—. El judío nos ha dicho que Varlámov pasará allí la noche. Así pues, ¡adiós, amigos! ¡Que Dios os guarde!

—¡Adiós, Iván Ivánich! —respondieron varias voces.

—Una cosa más, muchachos —dijo Kuzmichov con recia voz—. ¡Llevaos a este mozalbete! No hay razón para que nos acompañe. Panteléi, instálalo en uno de tus fardos y que vaya tranquilamente con vosotros. Ya os alcanzaremos. ¡Vamos, Yegor! ¡Vete con ellos, no te preocupes!

Yegorushka bajó del pescante. Varias manos lo cogieron y lo subieron arriba del todo; de pronto, el muchacho se encontró sobre algún objeto grande, blando y ligeramente humedecido por el rocío. Ahora tenía la impresión de que el cielo estaba próximo y la tierra lejana.

—¡Eh, coge tu abrigo! —gritó Deniska desde abajo, desde muy lejos.

El abrigo y un hatillo, arrojados desde abajo, cayeron cerca de Yegorushka. Rápidamente, deseando no pensar en nada, el muchacho colocó el hatillo bajo la cabeza, se cubrió con el abrigo, extendió las piernas en toda su longitud y, acurrucándose a causa del fresco rocío, se rio, embargado por el placer.

«Dormir, dormir, dormir...», pensaba.

—¡Y vosotros, demonios, no le hagáis nada malo! —se oyó abajo la voz de Deniska.

—¡Adiós, amigos! ¡Quedad con Dios! —gritó Kuzmichov—. ¡Confío en vosotros!

—¡No se preocupe, Iván Ivánich!

Deniska azuzó a los caballos, la calesa chirrió y se puso en marcha; había dejado el camino y se alejaba por un lado. Al cabo de unos dos minutos se hizo el silencio; se diría que la caravana se había dormido; sólo se oía el tintineo cada vez más lejano del cubo colgado de la parte trasera de la calesa. De pronto, en la cabeza de la caravana alguien gritó:

—¡Kiriuja, nos vamos!

La primera carreta crujió, luego la segunda, a continuación la tercera... Yegorushka sintió cómo la carreta sobre la que iba tumbado oscilaba y también crujía. La caravana se puso en movimiento. Yegorushka agarró con más fuerza la cuerda que amarraba el fardo, sonrió satisfecho, colocó adecuadamente el panecillo en su bolsillo y se durmió como solía hacerlo en su casa, en su cama...

Cuando se despertó, ya asomaba el sol; un túmulo lo tapaba, pero él, esforzándose por rociar el mundo con su luz, desparramaba sus rayos por todas partes e inundaba de oro el horizonte. Yegorushka tuvo la impresión de que el astro no estaba en su lugar, pues la víspera había salido por detrás de él, a su espalda, mientras que ahora se encontraba mucho más a la izquierda... Tampoco el terreno se parecía al del día anterior. Ya no había colinas. Por todas partes se vislumbraba una parda y triste llanura que se extendía sin fin, sobre la cual, de vez en cuando, se elevaban pequeños túmulos y volaban grajos como los de la víspera. En la lejanía blanqueaban los campanarios y las isbas de una aldea; al ser domingo, los ucranianos se quedaban en

casa, cociendo pan o guisando, como se apreciaba por el humo que salía de todas las chimeneas y quedaba suspendido sobre la aldea como una ceniza azulada y transparente. En los espacios que quedaban entre las isbas y detrás de la iglesia azuleaba un río y, más allá, el horizonte se difuminaba. Pero nada había cambiado tanto como el camino. A modo de carretera se extendía por la estepa un espacio extraordinariamente ancho, ambicioso y heroico: una banda gris, bien allanada y cubierta de polvo, como todos los caminos, pero de una anchura de varias decenas de metros. Su amplitud impresionó a Yegorushka y le sugirió fantasiosos pensamientos: ¿quién viajaba por ella? ¿Quién tenía necesidad de tanto espacio? Resultaba incomprensible y extraño. En verdad, podía pensarse que gigantes como Iliá Muromets y Soloviov Razbóinik^[4] seguían recorriendo Rusia con sus amplios pasos y que no habían desaparecido los caballos de los paladines. Mirando el camino, Yegorushka se imaginó seis altas carrozas lanzadas al galope, como las que había visto en las ilustraciones de la Historia Sagrada; esas carrozas estaban uncidas a seis caballos salvajes e indomables, levantaban con sus altas ruedas nubes de polvo que llegaban hasta el cielo y eran conducidas por hombres como los que pueblan los sueños y los cuentos. ¡Cómo armonizarían esas figuras, si existieran, con la estepa y con ese camino!

A la derecha de la carretera, en toda su extensión, se alzaban los postes del telégrafo con dos alambres. Poco a poco iban disminuyendo de tamaño, y cuando llegaban a la aldea desaparecían detrás de las isbas y la verdura; luego reaparecían en la lejanía lila en forma de palos muy pequeños y finos, semejantes a lapiceros clavados en la tierra. En los hilos había posados azores, esmerejones y cuervos, que miraban con indiferencia el paso de la caravana.

Yegorushka iba tumbado en la última carreta y podía ver todo el convoy, que se componía de casi una veintena de carros, tres por carretero. Cerca del último, en el que viajaba Yegorushka, marchaba un viejo de barba gris, tan enjuto y achaparrado como el padre Jristofor, pero con un rostro severo y pensativo, quemado por el sol. Era más que probable que ese viejo no fuera ni severo ni pensativo, pero sus párpados rojos y su larga y aguda nariz conferían a su cara esa expresión seca y adusta de los hombres acostumbrados a pensar en algún asunto serio en absoluta soledad. Como el padre Jristofor, llevaba un sombrero de copa de ala ancha, pero en su caso no era un modelo de señor, sino un sombrero de fieltro de color pardo, muy parecido a un cono truncado. Iba descalzo. Debido a una costumbre contraída en los fríos inviernos, en los que más de una vez debió de helarse junto a una caravana, se palmeaba las caderas y golpeaba el suelo con los pies. Al advertir que Yegorushka se había despertado, le miró y exclamó, encogiéndose como si sintiera frío:

—¡Ah, el muchachito ya se ha despertado! ¿No serás el hijo de Iván Ivánich?

—No, soy su sobrino...

—¿De Iván Ivánich? Mira, me he quitado las botas y voy descalzo. Tengo los pies enfermos, entumecidos, por eso me encuentro más a gusto sin botas... Más a gusto, muchachito... Quiero decir sin botas... ¿Así que eres su sobrino? Es un hombre de bien, no es malo... Que Dios le dé salud... No es malo... Me refiero a Iván Ivánich... Ha ido a casa del *molokán*... ¡El señor sea con nosotros!

El viejo hablaba como si hiciera mucho frío, con grandes intervalos entre un comentario y otro, sin abrir apenas la boca; pronunciaba mal las consonantes labiales y tartamudeaba como si tuviera los labios ateridos. Al dirigirse a Yegorushka no había sonreído ni una vez, mostrando siempre una expresión severa.

Dos carros más adelante iba un hombre con un látigo en la mano, vestido con un largo abrigo de color rojo, gorra con visera y botas con la caña doblada. No era un hombre viejo, debía de tener cuarenta años. Cuando volvió la cabeza, Yegorushka vio un largo rostro rojizo con una rala barbita de chivo y un bulto esponjoso bajo el ojo derecho. Además de ese feo bulto, poseía otro rasgo distintivo que enseguida llamaba la atención: con la mano izquierda sostenía el látigo, y con la derecha gesticulaba como si estuviera dirigiendo un coro invisible; de vez en cuando, se acomodaba el látigo bajo la axila y se ponía a dirigir con ambas manos, mientras dejaba escapar algún sonido por debajo de la nariz.

El carretero siguiente poseía una figura larga y rectilínea, con hombros muy hundidos y una espalda tan plana como una tabla. Se mantenía derecho, como si estuviera desfilando o se hubiera tragado el palo de una escoba, sin balancear los brazos, que pendían como varas tiesas, y caminaba de manera mecánica, como un soldado de juguete, sin flexionar casi las rodillas y tratando de alargar las zancadas todo lo posible; mientras el viejo o el propietario del bulto esponjoso daban dos pasos, él sólo tenía tiempo de dar uno, por lo que parecía que iba más despacio que los otros y se quedaba atrás. Llevaba la cara vendada por un trapo y sobre su cabeza sobresalía una especie de capucha de monje; iba vestido con una corta zamarra ucraniana, llena de remiendos, y azulados pantalones bombachos; cubría sus pies con alpargatas de corteza de tilo.

Yegorushka no prestó atención a los carreteros que iban más adelante. Se tumbó boca abajo, hizo un agujero en el fardo y, aburrido, se puso a trenzar hilos de lana. El viejo, que caminaba junto al carro, ya no se mostraba tan serio y tan severo, a juzgar por su rostro. Una vez que inició la conversación, ya no la interrumpió:

—¿Adónde vas? —preguntó, golpeando el suelo con los pies.

—A estudiar —respondió Yegorushka.

—¿A estudiar? Bueno... ¡Que la Reina de los Cielos te ayude! Sí. Dos talentos son mejor que uno. A unos hombres Dios les da un talento, a otros dos y a algunos incluso tres... A algunos tres, está demostrado... El primer talento te viene de tu madre, el otro te lo da la instrucción y el tercero una vida virtuosa. Así es, muchacho:

para un hombre es una suerte tener tres talentos. No por la vida, sino por la muerte. A ese le será más fácil morir. Y todos tenemos que morir —el viejo se rascó la frente, levantó los ojos rojos hasta Yegorushka y continuó—: El año pasado, Maksim Nikoláievich, un señor de Slavianoserbsk, también llevó a su hijo a estudiar. No sé si valdrá para el estudio de las ciencias, pero no era mal muchacho, era bueno... Que Dios les dé salud a esas buenas gentes. Sí, también a él lo llevaron a estudiar... En Slavianoserbsk no hay ninguna institución que se dedique a la enseñanza de las ciencias... No la hay... No es una mala ciudad, está bien... Hay una escuela ordinaria, para las gentes sencillas, pero ningún lugar donde recibir una instrucción superior... No lo hay, es la verdad. ¿Cómo te llamas?

—Yegorushka.

—Dicho de otro modo, Yegor... El santo del gran mártir Yegor el Victorioso se celebra el veintitrés de abril. Yo me llamo Panteléi... Panteléi Sájarov Jolodov... Sí, nos llamamos Jolodov... Soy natural de la ciudad de Tim, de la quizá hayas oído hablar, en el distrito de Kursk. Mis hermanos se registraron en la ciudad y se hicieron artesanos; yo sigo siendo campesino... Sí, soy campesino. Hará cosa de siete años regresé allí..., quiero decir a mi pueblo. He estado en la aldea y en la ciudad... Incluso he estado en Tim. En esa época, gracias a Dios, todos estaban vivos y gozaban de buena salud; ahora no sé... Tal vez haya muerto alguno... En verdad, no sería nada extraño, pues todos son viejos; algunos tienen más edad que yo. La muerte no es ningún mal, lo único importante es no morir sin arrepentimiento. No hay nada peor que una muerte insolente. Una muerte así es un motivo de alegría para el demonio. Si quieres morir con contrición, para que las moradas de Dios no te sean negadas, hay que implorar a la gran mártir Varvara. Ella intercederá por ti, te lo aseguro... Porque el buen Dios que está en los cielos le ha confiado esa misión, para que todos puedan rogarle por su arrepentimiento.

Panteléi hablaba en susurros, sin importarle lo más mínimo, al parecer, si Yegorushka le escuchaba o no. Hablaba de manera desvaída, para su barba, sin levantar ni bajar la voz, pero en poco tiempo consiguió referir muchas cosas. Toda su charla se componía de fragmentos inconexos que no presentaban ningún interés para Yegorushka. Quizá, después de una noche de silencio, el viejo sólo hablaba para pasar revista a sus pensamientos y comprobar que estaban todos en su sitio. Una vez despachado el tema del arrepentimiento, empezó a hablar de nuevo de Maksim Nikoláievich, natural de Slavianoserbsk:

—Sí, llevó a estudiar a su hijo... Sí, así es...

Uno de los carreteros que marchaba delante, a bastante distancia, abandonó de pronto su lugar, corrió hacia un lado y se puso a golpear el suelo con un látigo. Era un hombre de unos treinta años, bien plantado y de anchas espaldas, con el pelo rubio y rizado, al parecer muy robusto y vigoroso. A juzgar por el movimiento de sus

hombros y de su látigo, así como por el ardor de su actitud, golpeaba a alguna criatura viva. Hasta él se acercó otro carretero, bajo y rechoncho, con una apretada barba negra, vestido con un chaleco y una camisa por fuera del pantalón, que tras dejar escapar una risa de bajo, entremezclada con alguna tos, gritó:

—¡Muchachos, Dímov ha matado una serpiente! ¡Os lo juro!

A algunas personas se las puede juzgar por su voz y su risa. Ese hombre de barba oscura pertenecía precisamente a esa clase: tanto una como otra denotaban una estupidez impenetrable. Cuando terminó de golpear el suelo, el rubio Dímov levantó con su látigo un objeto semejante a una cuerda y lo lanzó con una sonrisa hacia los carros.

—No es una serpiente, sino una culebra —gritó alguien.

El hombre que se movía maquinalmente, con el rostro vendado, avanzó con rápidos pasos hacia la serpiente muerta, la miró y agitó sus brazos semejantes a varas.

—¡Criminal! —gritó con voz sorda y llorosa—. ¿Por qué has matado a esa pobre culebra? ¿Qué te había hecho, maldito? ¡Mira que matar una culebra! ¿Y si hicieran lo mismo contigo?

—No se debe matar a las culebras, es así... —murmuró con voz serena Panteléi—. No se debe... No es una víbora. Tiene el aspecto de una serpiente, pero es una criatura dulce e inocente... Ama a los hombres... La culebra...

Dímov y el de la barba negra debían de estar avergonzados, pues estallaron en fuertes carcajadas y, sin responder a los murmullos, regresaron con pasos lentos a sus carros. Cuando el último carruaje llegó al lugar donde yacía la culebra muerta, el hombre con el rostro vendado, que se había detenido junto a ella, se volvió hacia Panteléi y le preguntó con voz llorosa:

—Abuelo, ¿por qué ha matado a la culebra?

En ese momento Yegorushka advirtió que tenía unos ojos pequeños y turbios, un rostro grisáceo, enfermizo y en cierto modo también turbio, y un mentón rojo y muy hinchado.

—Abuelo, ¿por qué la ha matado? —repitió su pregunta, caminando al paso de Panteléi.

—Es un hombre estúpido, las manos le arden; por eso la ha matado —respondió el viejo—. No se debe matar a las culebras... Así es... Dímov, ya se sabe, es un bribón; es capaz de matar todo lo que se le ponga por delante. Y Kiriuja no ha hecho nada por evitarlo. Habría que habérselo impedido, pero él se ha limitado a reírse... Pero no te enfades, Vasia... ¿Qué ibas a ganar con ello? La han matado, pues peor para ellos... Dímov es un bribón y Kiriuja tiene la cabeza hueca... Qué se le va a hacer... Son hombres estúpidos y no comprenden nada; peor para ellos. Yemelián, en cambio, no tocará nunca lo que no debe. Nunca, así es... Porque es un hombre educado, mientras que los otros son estúpidos... Yemelián... no tocará nada.

El carretero del abrigo rojo y la mancha esponjosa, el que dirigía un coro invisible, se detuvo al oír su nombre y, tras esperar a que Panteléi y Vasia llegaran a su altura, caminó junto a ellos.

—¿De qué habláis? —preguntó con una voz ronca y sofocada.

—Vasia se ha enfadado —exclamó Panteléi—, y yo he tratado de calmarlo con toda suerte de razones, así es... ¡Ah, mis pies enfermos y ateridos! ¡Se han hinchado para celebrar el domingo, fiesta del Señor!

—Debe de ser del mucho andar —apuntó Vasia.

—No, muchacho, no... No es de caminar. Caminar me alivia. Es al sentarme y calentarme cuando me siento morir. Al andar el dolor no es tan intenso.

Yemelián, el del abrigo rojo, se situó entre Panteléi y Vasia y agitó la mano como si los tres se dispusieran a cantar. Tras gesticular durante un rato, bajó la mano y dejó escapar un grito desesperado.

—¡No tengo voz! —exclamó—. ¡Qué desgracia! Durante toda la noche y toda la mañana me ha parecido oír el *Piedad, Señor* que cantamos a tres voces en la boda de Marinovski; me viene a la cabeza y a la garganta... Creo que voy a cantarlo, pero no puedo. ¡No tengo voz!

Se mantuvo silencioso y meditabundo durante unos instantes, y al cabo de un rato continuó.

—Durante quince años he sido chantre. En toda la fábrica de Lugansk no había otra voz como la mía, pero hará cosa de tres años se me ocurrió bañarme en las aguas del Donets y me acatarré; desde entonces no soy capaz de dar una nota limpia. Y privado de voz soy como un obrero sin manos.

—Así es —convino Panteléi.

—Me considero un hombre acabado.

En ese momento Vasia advirtió casualmente la presencia de Yegorushka. Sus ojos se humedecieron y se hicieron aún más pequeños.

—¡Pero si viaja con nosotros un señorito! —exclamó, ocultando la nariz con la manga, como si sintiera vergüenza—. ¡Vaya un cochero tan importante! Quédate con nosotros. Viajarás con la caravana, transportarás la lana.

La idea de que un señorito y un cochero pudieran encarnarse en una misma persona le pareció probablemente muy curiosa y aguda, pues estalló en fuertes carcajadas y siguió desarrollándola. Yemelián también levantó los ojos hasta Yegorushka, pero su mirada era fría e indiferente. Estaba ocupado con sus propios pensamientos, y de no haber sido por Vasia no habría reparado en la presencia del muchacho. No habían pasado ni cinco minutos, cuando se puso de nuevo a gesticular con la mano; luego, describiendo ante sus compañeros la belleza del *Piedad, Señor* nupcial que había recordado durante la noche, cogió el látigo que tenía bajo el brazo y se puso a dirigir con las dos manos.

Un kilómetro antes de llegar al pueblo, la caravana se detuvo junto a un pozo con cigoñal. Al bajar el cubo, Kiriuja, el de la barba negra, inclinó el vientre sobre el brocal y hundió en el oscuro hueco su hirsuta cabeza, los hombros y una parte del pecho, de modo que Yegorushka sólo podía ver las cortas piernas, que apenas rozaban el suelo. Tras contemplar en el fondo del pozo el reflejo de su propia cabeza, Kiriuja se alegró y dejó escapar una risa profunda y estúpida que el eco del pozo devolvió. Cuando se incorporó, su cuello y su rostro estaban rojos como la grana. El primero en aproximarse a beber fue Dímov. Bebió en medio de risas, apartándose a veces del cubo para contar a Kiriuja alguna anécdota; luego se atragantó y gritó con todas sus fuerzas cinco o seis palabrotas que se expandieron por toda la estepa. Yegorushka no comprendía el sentido de esas palabras, pero sabía perfectamente que eran inadecuadas. Conocía el desprecio tácito que mostraban por ellas sus familiares y conocidos; sin saber por qué, él compartía ese sentimiento y se había acostumbrado a pensar que sólo los borrachos y los bribones se permitían el privilegio de pronunciarlas en voz alta. Recordó la muerte de la culebra, escuchó las risas de Dímov y experimentó por esa persona un sentimiento semejante al odio. En ese preciso instante, Dímov vio a Yegorushka, que había descendido de la carreta y se había aproximado al pozo. El carretero estalló en fuertes carcajadas y gritó:

—¡Muchachos, el viejo ha parido un niño por la noche!

Kiriuja se rio tanto que acabó atragantándose. Algún otro también rio; Yegorushka, por su parte, se ruborizó y llegó a la conclusión de que Dímov era un hombre muy malo.

Dímov era un joven atractivo, de un vigor extraordinario; tenía cabellos rubios y rizados, llevaba la cabeza desnuda y la camisa desabotonada sobre el pecho; cada uno de sus movimientos lo definían como un hombre pendenciero y forzado, consciente de su pujanza. Adelantaba los hombros, ponía los brazos en jarras, hablaba y se reía con más fuerza que los otros y tenía el aire de prepararse a levantar con una sola mano algo muy pesado para sorprender al mundo entero. Su mirada irónica y extraviada resbalaba por el camino, por el convoy y por el cielo, sin detenerse en nada, buscando, al parecer, una víctima a la que liquidar o alguien de quien reírse para matar el aburrimiento. Por lo visto, no temía a nadie, no sentía vergüenza de nada y no le importaba lo más mínimo la opinión de Yegorushka... Pero el muchacho odiaba ya con todas sus fuerzas su cabellera rubia, su pálido rostro y su fuerza, escuchaba su risa con repugnancia y temor y pensaba en alguna injuria con la que vengarse.

Pantelói también se aproximó al cubo. Sacó del bolsillo un vasito de color verde, de los usados en las lamparillas de las iglesias, lo secó con un trapo, lo llenó de agua y bebió dos veces; a continuación, envolvió el vaso en el trapo y lo metió de nuevo en el bolsillo.

—Abuelo, ¿por qué bebes de una lamparilla? —le preguntó sorprendido Yegorushka.

—Unos beben de un cubo y otros de una lamparilla —respondió con reticencia el viejo—. Cada uno lo hace a su manera... Tú bebes del cubo, pues que te aproveche...

—Mi palomita, mi hermosa madrecita —exclamó de pronto Vasia con una voz tierna y llorosa—. ¡Mi palomita!

Sus ojos estaban fijos en la lejanía, húmedos y sonrientes, y su rostro mostraba la misma expresión de antes, cuando había mirado a Yegorushka.

—¿A quién le hablas? —le preguntó Kiriuja.

—A la madrecita zorra..., se ha tumbado de espaldas y retoza como un perro...

Todos miraron en la dirección que les indicaba, pero no distinguieron nada. Sólo Vasia divisó algo con sus turbios ojos grises y se quedó maravillado. Su visión, como Yegorushka tuvo ocasión de comprobar más adelante, era de una agudeza extraordinaria. Veía tan bien, que la pardusca y desierta estepa se mostraba siempre ante él llena de vida y de interés. Le bastaba mirar a la lejanía para ver un zorro, una liebre, una avutarda o algún otro animal de los que rehúyen la compañía humana. No es difícil ver una liebre a la carrera o una avutarda en pleno vuelo —cualquier viajero de la estepa las ha visto—, pero no todos son capaces de contemplar animales salvajes en su vida ordinaria, cuando no huyen ni se ocultan ni miran con inquietud a su alrededor. Vasia veía zorros jugando, liebres lavándose con sus patas, avutardas desplegando sus alas, sisonos preparando su «lecho nupcial». Gracias a esa aguda visión, además del mundo que veían los demás, Vasia poseía otro que le pertenecía en exclusiva, inaccesible para los demás y probablemente muy hermoso. Cuando lo contemplaba extasiado, era difícil no sentir envidia de él.

En el momento en que la caravana se puso en marcha, las campanas de la iglesia tocaron a misa.

V

La caravana acampó a un lado del pueblo, a la orilla del río. El sol quemaba como la víspera, el triste aire se mantenía inmóvil. Junto a la orilla se alzaban algunos sauces, pero su sombra no caía sobre la tierra, sino sobre el agua, donde se perdía inútilmente; bajo los carros también había sombra, pero esta era sofocante y causaba malestar. El agua, azulada a causa del reflejo del cielo, ejercía un poderoso atractivo.

El carretero Stiopka, en el que hasta entonces Yegorushka no había reparado, un ucraniano de dieciocho años, con una camisa larga y pantalones bombachos sin cinturón, que ondeaban como banderas cuando caminaba, se desvistió rápidamente, bajó corriendo por la abrupta orilla y se zambulló en el agua. Se sumergió unas tres veces y luego nadó de espaldas, con los ojos cerrados por el placer. Su rostro sonreía y se arrugaba, como si le estuvieran haciendo cosquillas y él sintiera algún dolor y al mismo tiempo ganas de reír.

En una jornada tórrida, en la que no se sabe cómo escapar del calor y el sofoco, el chapoteo del agua y el jadeo de un bañista acarician el oído como una grata música. Dímov y Kiriuja, siguiendo el ejemplo de Stiopka, se desvistieron rápidamente y uno tras otro, con fuertes risas y un placer anticipado, se lanzaron al agua. El río, hasta entonces apacible y tranquilo, se llenó de resoplidos, chapoteos y gritos. Kiriuja tosía, se reía y gritaba como si hubieran querido ahogarle, mientras Dímov le perseguía y trataba de agarrarlo por una pierna.

—¡Eh, eh, eh! —gritaba—. ¡Cogedle! ¡Atrapadle!

Kiriuja se reía a carcajadas y se mostraba alegre, pero la expresión de su rostro era la misma que en tierra firme: estúpida, aturdida, como si alguien se hubiera acercado subrepticamente a él por la espalda y le hubiera dado un martillazo en la cabeza. Yegorushka también se desvistió, pero en lugar de descender por la orilla, tomó impulso y se lanzó desde una altura de tres metros. Tras describir un arco en el aire, cayó en el agua y se hundió a una gran profundidad, aunque no llegó hasta el fondo; una fuerza fría y agradable al tacto se apoderó de él y le llevó hacia lo alto. Salió a la superficie y, resoplando y haciendo burbujas, abrió los ojos; en el río, muy cerca de su rostro, se reflejaba el sol. Primero destellos cegadores y luego el arco iris y manchas oscuras impresionaron sus ojos; Yegorushka se sumergió de nuevo, abrió los ojos bajo el agua y vio una masa verde y turbia, semejante al cielo en una noche de luna. La misma fuerza de antes, sin dejarle alcanzar el fondo y disfrutar del frescor, lo impulsó de nuevo hacia arriba. Salió a la superficie y respiró tan profundamente que le pareció que no sólo el pecho se le ensanchaba y se le refrescaba, sino también el vientre. Después, para disfrutar de todos los placeres del

baño, se permitió toda suerte de excesos: flotar voluptuosamente de espaldas, salpicar, dar volteretas, nadar boca abajo, de lado, de espaldas, de pie y de todas las maneras posibles, hasta que le ganó la fatiga. La otra orilla, con una densa vegetación de juncos, brillaba al sol, y sus flores inclinaban sus bellos racimos sobre las aguas. En un determinado punto los juncos se estremecieron, se inclinaron con sus flores y crujieron: eran Stiopka y Kiriuja que pescaban cangrejos.

—¡Un cangrejo! ¡Mirad, muchachos, un cangrejo! —gritó con voz triunfante Kiriuja, mostrando, efectivamente, un cangrejo.

Yegorushka nadó hasta los juncos, se sumergió y se puso a buscar entre las raíces. Removiendo el limo viscoso y resbaladizo, percibió un objeto agudo y repugnante, tal vez en realidad un cangrejo, pero en ese instante alguien le cogió por una pierna y lo lanzó hacia arriba. Atragantándose y tosiendo, Yegorushka abrió los ojos y vio ante sí el rostro sonriente, mojado y jadeante del alborotador Dímov que, a juzgar por la expresión de sus ojos, quería continuar con sus travesuras. Tenía cogido a Yegorushka por la pierna y había levantado ya la otra mano para asirle por el cuello, cuando Yegorushka, con repugnancia, angustia y miedo, temeroso de que aquel forzado le ahogara, se apartó de él y exclamó:

—¡Idiota! ¡Te voy a partir la cara!

Pensando que esas palabras no bastaban para expresar todo su odio, se quedó meditabundo y añadió:

—¡Canalla! ¡Hijo de perra!

Pero Dímov, como si nada hubiera pasado, ya no le prestaba atención y nadaba en dirección a Kiriuja, gritando:

—¡Eh, eh, eh! ¡Vamos a pescar! ¡Muchachos, vamos a pescar!

—Por qué no —convino Kiriuja—. Aquí debe de haber muchos peces...

—¡Stiopka, vete corriendo a la aldea y pídeles a los campesinos una red!

—¡No nos la darán!

—¡Ya lo creo que sí! ¡Tú pídesela! Diles que Cristo se lo tendrá en cuenta, pues nosotros somos como peregrinos.

—¡Así es!

Stiopka salió del agua, se vistió con rapidez y, sin gorro, con las anchas perneras de sus pantalones flotando al viento, fue corriendo hasta la aldea. Después de su incidente con Dímov, el baño había perdido todo su encanto para Yegorushka. Ganó la orilla y empezó a vestirse. Pantelí y Vasia estaban sentados en la abrupta ribera, con las piernas colgando, y miraban a los bañistas. Yemelián, desnudo, con el agua hasta las rodillas, se mantenía cerca de la orilla; con una mano se agarraba a la hierba para no caer, mientras con la otra se acariciaba el cuerpo. Con sus huesudos omoplatos y su mancha bajo el ojo, encorvado y visiblemente aterrorizado por el agua, formaba una figura ridícula. Miraba el agua con semblante grave, severo y

malhumorado, como si se dispusiera a recriminarle el resfriado del Donets y la pérdida de su voz.

—Y tú ¿por qué no te bañas? —le preguntó Yegorushka a Vasia.

—Pues... porque no me gusta —respondió Vasia.

—¿Y por qué tienes el mentón hinchado?

—Por una enfermedad... Durante algún tiempo trabajé en una fábrica de cerillas, señorito. A eso atribuye el médico la hinchazón de mi mandíbula. Allí el aire no es sano. Otros tres muchachos también la tienen hinchada, y a uno se le ha podrido por completo.

Pronto regresó Stiopka con la red. Aunque Dímov y Kiriuja estaban enamorados y roncós, por haber estado mucho tiempo en el agua, se pusieron a pescar con entusiasmo. Al principio se dirigieron a una zona profunda, cerca de los juncos; allí, el agua le llegaba a Dímov por el cuello y a Kiriuja, de baja estatura, por encima de la cabeza; este último se atragantaba y hacía burbujas, mientras Dímov, tropezando en las raíces espinosas, se caía y se enredaba en la red; ambos alborotaban y armaban ruido, de modo que más que una expedición de pesca aquello parecía una farsa.

—Esto está muy hondo —carraspeó Kiriuja—. ¡Aquí no vamos a pescar nada!

—¡No tires, maldito! —gritaba Dímov, tratando de poner la red en la posición adecuada—. ¡Sujétala con las manos!

—¡Ahí no atraparéis nada! —les gritó Panteléi desde la orilla—. ¡Lo único que hacéis es asustar a los peces, idiotas! ¡Id a la izquierda! ¡Allí hay menos agua!

En ese momento un pez bastante grande brilló por encima de la red; todos lanzaron exclamaciones; Dímov descargó un puñetazo en el lugar en el que acababa de desaparecer y su rostro adoptó una expresión de desánimo.

—¡Ay, ay! —gritó Panteléi, dando una patada en el suelo—. ¡Habéis dejado escapar la perca! ¡Se ha marchado!

Dímov y Kiriuja giraron a la izquierda y con pasos lentos llegaron a un lugar menos profundo, donde la pesca empezó de verdad. Se habían alejado unos trescientos pasos de los carros; silenciosos y moviendo apenas los pies, trataban de pasar la red lo más hondo posible, cerca de los juncos; para asustar a los peces y llevarlos hasta la red, daban puñetazos en el agua y agitaban los juncos. Tras abandonar ese lugar, se acercaron a la otra orilla arrastrando la red; luego, con aire decepcionado, levantando mucho las rodillas, volvieron hasta los juncos. Algo se decían, pero sus palabras no llegaban hasta los que estaban en la orilla. El sol les quemaba la espalda, las moscas les picaban y sus morados cuerpos se habían vuelto de color carmesí. Stiopka los seguía con un cubo en la mano, con la camisa remangada a la altura de las axilas, sostenidos los faldones con los dientes. Después de cada captura, levantaba en alto algún pez, lo hacía brillar al sol y gritaba:

—¡Mirad qué perca! ¡Ya tenemos cinco como esta!

Cada vez que sacaban la red, se veía cómo Dímov, Kiriuja y Stiopka registraban minuciosamente el limo, depositaban alguna cosa en el cubo y arrojaban otras; de vez en cuando, se pasaban una presa de mano en mano, la examinaban con curiosidad y después la lanzaban al agua...

—¿Qué es eso? —les gritaban desde la orilla.

Stiopka ofrecía alguna contestación, pero no resultaba fácil distinguir sus palabras. Finalmente salió del agua y, llevando el cubo con ambas manos y olvidando bajarse la camisa, corrió hasta los carros.

—¡Ya está lleno! —gritó, jadeando—. ¡Dadme otro!

Yegorushka echó una ojeada al cubo: estaba repleto. Un joven lucio sacaba del agua su feo hocico; a su lado hormigueaban cangrejos y pequeños peces. Yegorushka hundió su mano hasta el fondo y agitó el agua; el lucio desapareció bajo los cangrejos y en su lugar salieron a la superficie una perca y una tenca. Vasia también contempló el interior del cubo. Sus ojos se humedecieron y su cara adquirió la misma expresión de ternura que antes, cuando vio la zorra. Sacó un animal del cubo, se lo llevó a la boca y se puso a masticarlo. Se oyó un crujido.

—¡Muchachos —dijo sorprendido Stiopka—, Vasia se está comiendo un gobio vivo! ¡Puf!

—No es un gobio, es un ciprino —respondió con calma Vasia, sin dejar de masticar.

Extrajo de la boca la pequeña cola del pez, la miró con ternura y se la metió de nuevo. Mientras masticaba, haciendo rechinar los dientes, Yegorushka tuvo la impresión de que no era un hombre lo que veía ante sí. El mentón hinchado de Vasia, sus turbios ojos, su visión extraordinariamente aguda, la cola del pez en su boca y la ternura con la que masticaba el gobio lo hacían semejante a un animal.

A Yegorushka le aburría su compañía. Además, la pesca había terminado; paseó durante un rato junto a los carros y finalmente, para matar el tedio, se dirigió a la aldea.

Poco después estaba ya en la iglesia, apoyaba la frente en la espalda de alguien que olía a cañamo y oía el canto del coro. La misa se acercaba ya a su fin. Yegorushka no comprendía los cantos litúrgicos y se mostraba indiferente. Después de escuchar durante un rato, bostezó y se puso a examinar las nuca y las espaldas de los fieles. Reconoció a Yemelián por su cabeza pelirroja y húmeda a causa del reciente baño. Llevaba los cabellos demasiado cortos, repasados a tazón en la nuca y en las sienes; sus rojas orejas sobresalían como hojas de lampazo y parecían no encajar en su lugar. Mirando esa nuca y esas orejas, Yegorushka, por alguna razón, pensó que Yemelián debía de ser un hombre muy desdichado. Al recordar su modo de dirigir un coro imaginario, su ronca voz y su aspecto tímido durante el baño, experimentó una intensa piedad por él y sintió deseos de decirle algo amable.

—¡Estoy aquí! —le dijo, tirándole de la manga.

Los hombres que han cantado en un coro, ya sea como tenores o como bajos, especialmente aquellos que al menos una vez en su vida han tenido la ocasión de dirigirlo, suelen mostrarse severos y hostiles con los niños, y no pierden esa costumbre ni siquiera cuando han dejado de cantar. Yemelián se volvió hacia Yegorushka, lo miró con hostilidad y exclamó:

—¡En la iglesia no se juega!

Poco después el muchacho avanzó por la iglesia y se acercó al iconostasio, donde vio a personas muy interesantes. Delante de todo el mundo, a la derecha, de pie sobre la alfombra, había un caballero y una señora y detrás de cada uno de ellos una silla. El caballero iba vestido con un traje de seda recién planchado, se mantenía inmóvil como un soldado cuando saluda y levantaba su mentón rasurado y azul. Su duro alzacuello, su mentón azulado, su pequeña calva y su bastón estaban llenos de dignidad. Un exceso de rigidez tensaba su cuello y empujaba su mentón hacia arriba con tanta fuerza que a cada instante la cabeza parecía dispuesta a separarse del cuello y salir volando. La dama, obesa y de edad madura, con un chal de seda blanca, inclinaba la cabeza y miraba a los demás como si acabara de hacer un favor a alguien y quisiera decir: «¡Ah, no me dé las gracias! Eso es algo que no me gusta...». Alrededor de la alfombra los ucranianos formaban un muro compacto.

Yegorushka se acercó al iconostasio y empezó a besar las imágenes. Se prosternaba con parsimonia delante de cada una de ellas, hasta rozar el suelo con la frente, y contemplaba arrodillado a la gente que había a su alrededor; luego se levantaba y besaba el icono. El tacto de la frente en el frío suelo le causaba gran placer. Cuando el sacristán salió del altar con un largo apagavelas para los cirios, Yegorushka se puso en pie de un salto y se acercó a él.

—¿Se ha distribuido ya el pan bendito? —preguntó.

—No hay, no hay... —respondió sombrío el sacristán—. Nada tienes que hacer aquí...

La misa había terminado. Yegorushka salió despacio de la iglesia y se puso a pasear por la plaza. En su breve vida había visto no pocas aldeas, plazas y campesinos; por ello, cuanto contemplaba ahora le dejaba indiferente. Sin nada que hacer y deseando encontrar un modo de matar el tiempo, entró en una tienda, sobre cuya entrada pendía una ancha franja de tela roja. La tienda se componía de dos mitades espaciosas y mal iluminadas: en una de ellas se vendían tejidos y comestibles; en la otra había toneles con brea y algunas colleras colgadas del techo; esa segunda dependencia desprendía un agradable olor a cuero y a brea. El suelo de la tienda había sido regado; el hombre que lo había hecho debía de poseer una gran fantasía y un espíritu independiente, ya que lo había cubierto por completo de arabescos y signos cabalísticos. Detrás del mostrador, con el vientre apoyado sobre la

madera, había un obeso tendero, con un rostro ancho y una barba redonda, oriundo al parecer de la Gran Rusia. Entre sorbo y sorbo de té mordisqueaba un terrón de azúcar y después de cada trago exhalaba un hondo suspiro. Su cara mostraba una indiferencia absoluta, pero con cada suspiro parecía decir: «¡Espera un poco y te vas a enterar!».

—¡Dame un kopek de pipas de girasol! —le dijo Yegorushka.

El tendero levantó las cejas, abandonó el mostrador y, sirviéndose de un bote vacío de pomada que le servía como medida, vertió en el bolsillo de Yegorushka la cantidad indicada. Yegorushka no tenía ganas de marcharse. Estuvo contemplando durante largo rato las cajas con panecillos y, tras unos instantes de duda, preguntó, señalando unos pequeños bizcochos de Viazma, enmohecidos por el tiempo:

—¿A cuánto son estos bizcochos?

—A un kopek el par.

Yegorushka sacó del bolsillo el bizcocho que le había regalado la víspera la judía y le preguntó:

—¿Y estos a cuánto los vendes?

El tendero lo tomó en la mano, lo examinó por todos los lados y levantó una ceja.

—¿Estos? —preguntó.

Luego levantó la otra ceja, se quedó pensativo y finalmente añadió:

—A tres kopeks el par...

Durante unos instantes ambos guardaron silencio.

—¿Quién eres? —preguntó el tendero, sirviéndose té de una tetera roja de cobre.

—El sobrino de Iván Ivánich.

—Ivanes Ivániches hay muchos —suspiró el tendero; miró la puerta por encima de la cabeza de Yegorushka, y después de una pausa preguntó—: ¿Te apetece un poco de té?

—Bueno... —accedió Yegorushka con cierta desgana, aunque echaba mucho de menos el té de la mañana.

El tendero le sirvió un vaso y le entregó un terrón de azúcar mordisqueado. Yegorushka se sentó en una silla plegable y empezó a beber. Quería preguntarle a cuánto costaba la libra de almendras garrapiñadas y estaba a punto de hacerlo, pero en ese momento entró un cliente y el dueño, dejando a un lado su vaso, se dispuso a atenderle. Lo llevó al cuarto que olía a brea y estuvo charlando con él durante largo rato. El cliente, que parecía un hombre testarudo y astuto, sacudía la cabeza en señal de desacuerdo y retrocedía hacia la puerta. Finalmente, el tendero consiguió persuadirle y empezó a verterle avena en un gran saco.

—¿A esto llamas avena? —dijo con voz triste el comprador—. Esto es un salvado que haría reír hasta a las gallinas... ¡No, me voy a la tienda de Bondarenko!

Cuando Yegorushka regresó al río, en la orilla humeaba una pequeña hoguera.

Eran los carreteros, que preparaban la comida. En medio del humo estaba Stiopka, que removía el contenido del caldero con un cucharón mellado. A un lado, con los ojos rojos por el humo, estaban sentados Kiriuja y Vasia, limpiando el pescado. Ante ellos, cubierta de limo y algas, yacía la red, en cuyo seno brillaban los peces y se arrastraban los cangrejos.

Yemelián, que acababa de regresar de la iglesia, estaba sentado junto a Panteléi; agitaba la mano y con una voz ronca, apenas audible, cantaba el *Gloria a Ti*. Dímov deambulaba junto a los caballos.

Cuando terminaron su tarea, Kiriuja y Vasia metieron el pescado y los cangrejos vivos en un cubo, los enjuagaron y los echaron en el agua hirviendo.

—¿Hay que poner tocino? —preguntó Stiopka, levantando espuma con la cuchara.

—¿Para qué? El pescado liberará su propio jugo —le respondió Kiriuja.

Antes de retirar el caldero del fuego, Stiopka echó en el agua tres puñados de trigo y una cucharada de sal; a continuación probó el guiso, chasqueó los labios, lamió la cuchara y gruñó con aire satisfecho, lo que significaba que la sopa ya estaba lista.

Todos, salvo Panteléi, se sentaron en torno al caldero y empezaron a mover las cucharas.

—¡Vosotros! ¡Dadle una cuchara al muchacho! —observó con severidad Panteléi—. ¡Él también tiene hambre!

—¡Esta es una comida de campesinos! —suspiró Kiriuja.

—Cuando hay hambre no hay pan duro.

Le dieron una cuchara a Yegorushka. El muchacho empezó a comer, pero no se sentó, sino que se quedó de pie junto al caldero, mirando su interior como si fuera un agujero. El guiso olía a pescado; de vez en cuando, entre el trigo aparecía una escama; no se podía coger los cangrejos con la cuchara, de modo que los comensales los extraían del caldero directamente con las manos; en ese sentido, el más atrevido era Vasia, que metía en el caldo no sólo las manos, sino también las mangas. En cualquier caso, la sopa le pareció a Yegorushka muy sabrosa y le recordó el guiso de cangrejos que su madre preparaba en casa los días de vigilia. Panteléi seguía sentado aparte y masticaba pan.

—Abuelo, ¿por qué no comes? —le preguntó Yemelián.

—No me gustan los cangrejos... ¡Qué asco! —exclamó el viejo y se volvió con repugnancia.

Durante la comida se entabló una conversación en la que todos participaron. De ella dedujo Yegorushka que sus nuevos conocidos, a pesar de las diferencias de edad y carácter, tenían algo en común que los asemejaba: todos eran personas con un pasado venturoso y un presente desdichado; todos hablaban de su pasado con

entusiasmo, pero contemplaban su presente casi con desprecio. A los rusos les gusta recordar, pero no les gusta vivir; Yegorushka desconocía esa circunstancia; antes de terminar la sopa, estaba firmemente convencido de que los carreteros reunidos en torno al caldero eran hombres humillados y ofendidos por el destino. Panteléi contó que en los tiempos antiguos, cuando aún no existía el ferrocarril, conducía convoyes a Moscú y a Nizhni Nóvgorod y ganaba tanto dinero que no sabía qué hacer con él. ¡Y qué comerciantes había en esos tiempos, qué pescado, qué barato era todo! Ahora las distancias eran más cortas, los comerciantes más avaros, los hombres más pobres, el pan más caro; todo se había vuelto mezquino y se había envilecido en extremo. Yemelián contó que en el pasado había trabajado como chantre en la fábrica de Lugansk, que poseía una voz extraordinaria y leía las notas de manera admirable; ahora, en cambio, se había convertido en un campesino y se alimentaba de la caridad de su hermano, que le enviaba con sus propios carros y se quedaba con la mitad de su sueldo. Vasia había trabajado en otro tiempo en una fábrica de cerillas; Kiriuja había sido cochero en una casa importante y estaba considerado en toda la región el mejor conductor de troikas. Dímov, hijo de un campesino acomodado, vivía como quería, se divertía y no conocía penas, pero en cuanto cumplió veinte años, su padre, un hombre severo e inflexible, quiso que se acostumbrara a trabajar y, temiendo que en la casa adquiriera malos hábitos, lo empleó como carretero, igual que a un simple jornalero. Sólo Stiopka callaba, pero también en su rostro barbilampiño se leía que había vivido mucho mejor en el pasado que ahora.

Tras recordar a su padre, Dímov dejó de comer y frunció el ceño. Miró a sus compañeros con hostilidad y detuvo su mirada en Yegorushka.

—¡Tú, pagano, quítate la gorra! —le dijo de manera grosera—. ¿Desde cuándo se come con la cabeza cubierta? ¡Y se las da de señor!

Yegorushka se quitó la gorra sin decir palabra, pero ya no encontró sabrosa la sopa ni oyó cómo Panteléi y Vasia salían en su defensa. Sintió que su pecho ardía de indignación contra aquel granuja, y decidió causarle algún mal a cualquier precio.

Después de la comida, todos se arrastraron hasta los carros y se tendieron en la sombra.

—Abuelo, ¿nos iremos pronto? —preguntó Yegorushka a Panteléi.

—Nos iremos cuando Dios disponga... Ahora hace mucho calor... ¡Oh, Señor, hágase tu voluntad! ¡Reina de los cielos!... ¡Tiéndete, muchacho!

Al poco rato, debajo de los carros se oyeron algunos ronquidos. Yegorushka sintió deseos de volver a la aldea, pero después lo pensó mejor, bostezó y se tumbó al lado del viejo.

VI

La caravana pasó toda la jornada a la orilla del río y no reanudó la marcha hasta que el sol se puso.

De nuevo Yegorushka iba tumbado sobre un fardo; la carreta crujía dulcemente y oscilaba; abajo caminaba Pantelói, pateando el suelo con los pies, golpeándose los muslos con las manos y murmurando; en el aire la música de la estepa resonaba como la víspera.

Yegorushka iba tumbado de espaldas y, con las manos bajo la cabeza, miraba el cielo. Vio encenderse y apagarse el crepúsculo vespertino; los ángeles de la guarda, cubriendo el horizonte con sus alas doradas, se disponían a dormir; el día había transcurrido felizmente y había caído una noche apacible y grata, de modo que podían descansar tranquilamente en sus moradas celestes... Yegorushka contempló cómo el cielo se oscurecía poco a poco, las tinieblas caían sobre la tierra y una tras otra se encendían las estrellas.

Por alguna razón, cuando se contempla el profundo cielo durante largo rato, sin apartar de él los ojos, los pensamientos y el alma se funden en un sentimiento de soledad. Empieza uno a sentirse irremediabilmente solo, y todo lo que hasta entonces había considerado próximo y querido se vuelve infinitamente lejano y pierde su valor. Las estrellas, que brillan en el firmamento desde hace miles de años, el mismo cielo incomprensible y la penumbra, indiferentes a la breve vida del hombre, oprimen el alma con su silencio cuando uno se queda frente a ellos y trata de comprender su sentido; pensamos entonces en la soledad que nos espera en la tumba y la esencia de la vida se nos antoja desesperada y terrible...

Yegorushka pensó en su abuela, que dormía en el cementerio bajo los cerezos; la vio en su ataúd, con los ojos cubiertos por monedas de cobre de cinco kopeks; recordó cómo habían cerrado la tapa y la habían bajado a la tumba, y rememoró el ruido sordo de los terrones sobre la tapa... Se la imaginó en la estrecha y oscura tumba, abandonada por todos e impotente. Su imaginación le dibujaba a su abuela despertándose de pronto; sin comprender dónde estaba, golpeaba la tapa, solicitaba ayuda y, finalmente, vencida por el terror, se moría de nuevo. Se imaginó muertos a su madre, al padre Jristofor, a la condesa Dranítskaia, a Solomón. Trató de imaginarse a sí mismo en una tumba oscura, lejos de su casa, abandonado, impotente y muerto, pero no lo consiguió. No admitía la posibilidad de su propia muerte y pensaba que nunca se moriría...

Pantelói, cuya muerte estaba ya cercana, caminaba abajo y pasaba lista a sus pensamientos.

—Así es... Son buenos señores... —murmuraba—. Llevaron al muchacho a estudiar, pero no sé cómo le va allí... En Slavianoserbsk, como te digo, no hay ningún establecimiento donde pueda alcanzarse un alto grado de conocimiento... No lo hay, te lo aseguro... Y es un buen muchacho, no es malo... Crecerá y ayudará a su padre. Tú, Yegorushka, eres pequeño ahora, pero te harás grande y alimentarás a tu padre y a tu madre. Así es como lo ha dispuesto Dios... Honrarás a tu padre y a tu madre... Yo mismo he tenido hijos, pero se me quemaron... Se me quemaron la mujer y los hijos... Así es, la noche de Reyes ardió mi isba... Yo no estaba en casa, había ido a Orel. A Orel... María salió a la calle, pero recordó que los niños dormían en la isba, volvió sobre sus pasos y se quemó con ellos... Sí... Al día siguiente sólo encontraron los huesos.

Hacia media noche los carreteros y Yegorushka estaban de nuevo sentados alrededor de una pequeña hoguera. Mientras ardía la leña, Kiriuja y Vasia fueron a buscar agua a una hondonada; habían desaparecido en las tinieblas, pero seguía oyéndose su conversación y el tintineo de los cubos; la hondonada, por tanto, no estaba lejos. La luz de la hoguera se extendía sobre la tierra como una gran mancha parpadeante; también brillaba la luna, pero el espacio que rodeaba la roja hoguera parecía impenetrablemente negro. Deslumbrados por la luz, los carreteros sólo veían una parte de la carretera; los carros con los fardos y los caballos se dibujaban en la oscuridad como montañas de borrosos contornos. A unos veinte pasos de la hoguera, en el límite entre el campo y el camino, una cruz de madera, vencida de un lado, se alzaba sobre una tumba. Cuando la hoguera aún no había sido encendida y se podía columbrar la lejanía, Yegorushka advirtió que una cruz igual de vieja y torcida se levantaba en el otro lado de la carretera.

Kiriuja y Vasia regresaron con el agua, llenaron el caldero y lo pusieron sobre el fuego. Stiopka, con la cuchara mellada en la mano, retomó su lugar cerca del caldero, en medio del humo, y mirando pensativo el agua, se puso a esperar la aparición de la espuma. Pantelói y Yemelián estaban sentados juntos y pensaban en silencio. Dímov estaba tendido boca abajo, con la barbilla apoyada en los puños, y miraba el fuego; la sombra de Stiopka brincaba sobre él, tan pronto cubriendo de tinieblas su bello rostro como aclarándolo... Kiriuja y Vasia vagaban por los alrededores y reunían hierbajos y cortezas para la hoguera. Yegorushka, con las manos en los bolsillos, estaba de pie junto a Pantelói y contemplaba cómo el fuego devoraba la hierba.

Todos descansaban, meditaban y miraban fugazmente la cruz, por la que danzaban algunas manchas rojas. Una tumba solitaria encierra siempre un componente de melancolía, tristeza e intensa poesía... Se oye su silencio, y en ese mutismo se intuye la presencia del alma del desconocido que reposa bajo la cruz. ¿Se encontrará a gusto esa alma en la estepa? ¿No sentirá tristeza en las noches con luna? En torno a la tumba el campo parece abatido, lánguido y pensativo; la hierba, más

triste; el canto de los grillos, más apagado... No hay ningún caminante que no diga una oración por esa alma solitaria y que no se vuelva para ver la tumba hasta que esta desaparece en la lejanía y se pierde entre la bruma...

—Abuelo, ¿qué hace ahí esa cruz? —preguntó Yegorushka.

Pantelói contempló la cruz, luego miró a Dímov y finalmente preguntó:

—Mikola, ¿no es este el lugar donde los segadores mataron a los mercaderes?

Dímov se incorporó sobre el codo con desgana, miró el camino y respondió:

—Así es...

Se hizo el silencio. Kiriuja retorció un brazado de hierba seca, hizo una bola con ella y la puso debajo del caldero. El fuego ardió con más fuerza; Stiopka fue rodeado por un humo negro y en la oscuridad del camino, cerca de los carros, se proyectó la sombra de la cruz.

—Sí, los mataron... —dijo Dímov como a regañadientes—. Los mercaderes, padre e hijo, iban a vender iconos. Se detuvieron no lejos de aquí, en la posada que ahora regenta Ignat Fomin. El viejo bebió más de la cuenta y empezó a presumir de que tenía mucho dinero. A los mercaderes, ya se sabe, les gusta fanfarronear... No pueden resistir la tentación de alardear ante nosotros. En ese momento había unos segadores que pasaban la noche en la posada. Oyeron las jactancias del mercader y prestaron atención.

—¡Oh, Señor! ¡Reina de los cielos! —suspiró Pantelói.

—Al día siguiente, apenas amaneció —continuó Dímov—, los mercaderes se pusieron en camino y los segadores insistieron en acompañarlos. «Iremos juntos, señores. Será más divertido y menos peligroso, porque el lugar no es muy transitado...». Para no estropear los iconos, los mercaderes iban al paso, lo que convenía a los segadores...

Dímov se puso de rodillas y se estiró.

—Sí —continuó, bostezando—. Todo iba bien, pero en cuanto los mercaderes llegaron a este lugar, los segadores los atacaron con las hoces. El hijo, que era un valiente, le quitó la hoz a uno y los acometió a su vez... Pero al final se impusieron los segadores, porque eran ocho. Los acuchillaron con tanta saña que no les quedó un solo lugar sano en todo el cuerpo. Cuando acabaron con ellos, los retiraron del camino; al padre lo llevaron a un lado y al hijo al otro. Enfrente de esta cruz, en el lado opuesto del camino, hay otra... No sé si estará entera. Desde aquí no se la ve.

—Está entera —dijo Kiriuja.

—Según dicen, encontraron poco dinero.

—Poco —confirmó Pantelói—. Unos cien rublos.

—Sí, y tres de ellos murieron poco después, porque el mercader les había infligido recias heridas con la hoz... Se desangraron. A uno de ellos el mercader le segó la mano; según dicen, corrió unos cuatro kilómetros sin mano y lo encontraron

en una colina, cerca de Kurikovo. Estaba en cuclillas, con la cabeza apoyada en las rodillas, y parecía meditar; pero cuando miraron con más atención descubrieron que no tenía alma, que estaba muerto...

—Lo encontraron por el rastro de sangre... —dijo Pantelói.

Todos se quedaron mirando la cruz; de nuevo se restableció el silencio. De algún lugar indeterminado, probablemente de una hondonada, llegaba el triste grito de un ave: «¡Spliu! ¡Spliu! ¡Spliu!...».

—Hay muchos hombres malvados en el mundo —comentó Yemelián.

—¡Muchos, muchos! —corroboró Pantelói, aproximándose al fuego con aire asustado—. Muchos —continuó en voz baja—. ¡La cantidad de ellos que habré visto a lo largo de mi vida!... De malvados... También he visto muchos hombres santos y justos, pero los pecadores no se pueden contar... Sálvanos, perdónanos, Reina de los cielos... Recuerdo que hará unos treinta años, quizá más, conducía a un comerciante de Morschansk. Era un hombre agradable, bien parecido y con dinero... Una buena persona, ese comerciante... Bueno, nos paramos a pasar la noche en una posada. En Rusia las posadas no son como las de aquí. Los patios están cubiertos como los establos o los graneros de las buenas haciendas. La única diferencia es que los graneros son más altos. Bueno, nos detuvimos allí y en un principio la cosa no iba mal. Mi comerciante se alojó en una pequeña habitación y yo me quedé con los caballos, como de costumbre. Pues bien, muchachos, hago mis oraciones antes de dormir y me voy a dar una vuelta por el patio. La noche estaba oscura como boca de lobo; por más que miraba, no distinguía nada. Di unos pasos, como de aquí a los carros, y vi centellear una luz. ¿Qué estaba pasando? Los posaderos llevaban ya un rato durmiendo, y no había más huéspedes que el comerciante y yo... ¿De dónde venía esa luz? Empecé a albergar sospechas... Me aproximé más a ese destello... ¡Señor, perdónanos y sálvanos! ¡Reina de los cielos! Me fijé bien y a ras de suelo, en el muro de la casa, descubrí un ventanuco con una reja... Me tendí, examiné el interior y lo que vi me heló todo el cuerpo...

Kiriuja, tratando de no hacer ruido, arrojó en la hoguera un manojo de maleza. El viejo esperó a que las ramas dejaran de crepitar y chisporrotear y continuó.

—Había allí un sótano grande, oscuro y sombrío... Un farol brillaba sobre un tonel. En medio de la estancia había unos diez hombres vestidos con camisas rojas, con las mangas remangadas, afilando sus largos cuchillos... ¡Ay! Habíamos ido a parar a un nido de bandidos... ¿Qué podíamos hacer? Fui corriendo a la habitación del mercader, lo desperté sin hacer ruido y le dije: «Mercader, no te asustes, pero nos encontramos en un aprieto... Hemos caído en una guarida de bandoleros». Con el rostro demudado me preguntó: «¿Qué vamos a hacer ahora, Pantelói? Tengo mucho dinero de los huérfanos conmigo... En cuanto al alma», me dice, «su dueño es Dios nuestro Señor; no temo la muerte, pero me apena perder el dinero de los

huérfanos...». No sabía qué hacer. El portón estaba cerrado, no se podía escapar de allí ni a caballo ni a pie... De haber habido una tapia, podíamos haber trepado a ella, ¡pero nos encontrábamos en un patio cubierto! «Bueno, mercader», le digo, «no te asustes y reza a Dios. Quizá el Señor no permita que los huérfanos resulten perjudicados. Quédate aquí, como si no pasara nada, y mientras tanto yo trataré de pensar en algo...». Bien... Recé a Dios y Dios me dio una idea... Me encaramé al carruaje y en silencio, con mucho cuidado para que nadie me oyera, me puse a arrancar la paja del tejado, practiqué un agujero y salí al exterior... Al exterior, sí... A continuación salté desde el tejado y corrí por la carretera hasta que me quedé sin aliento. Corrí y corrí hasta no poder más... Es posible que recorriera cinco kilómetros de un tirón, tal vez más... Gracias a Dios, distinguí una aldea. Me acerqué corriendo a una isba y me puse a llamar en la ventana. «Hermanos ortodoxos», les dije, «no permitáis que muera un alma cristiana...». Se despertaron todos... Los campesinos se reunieron y vinieron conmigo... Uno con una cuerda, otro con un garrote, un tercero con una horquilla... Derribamos el portón de la posada y nos dirigimos al sótano... Los bandidos habían afilado ya sus cuchillos y se aprestaban a degollar al mercader. Los campesinos los apresaron a todos, los ataron y los llevaron ante las autoridades. El mercader, agradecido, les entregó tres billetes de cien rublos y a mí me dio cinco monedas de oro y anotó mi nombre para rezar por mí. Según dijeron más tarde, en ese sótano encontraron una gran cantidad de huesos humanos. De huesos, sí... Al parecer, desvalijaban a las personas y luego las mataban y las enterraban para no dejar huellas... Bueno, poco después fueron ajusticiados por los verdugos de Morschansk.

Panteléi terminó su relato y contempló a sus oyentes, que le miraban en silencio. El agua ya hervía y Stiopka le quitaba la espuma.

—¿Está listo el tocino? —le preguntó Kiriuja en un susurro.

—Hay que esperar un poco... Dentro de un momento.

Stiopka, sin apartar los ojos de Panteléi, como si temiera que este empezara a narrar sin él, fue corriendo hasta los carros; regresó enseguida con una pequeña escudilla de madera y empezó a machacar en ella el tocino.

—En otra ocasión iba también con un mercader... —continuó Panteléi, en voz baja y sin pestañear—. Se llamaba, si no recuerdo mal, Piotr Grigórich. Un buen hombre..., ese mercader... Igual que la otra vez, nos detuvimos en una posada... Él se alojó en una habitación y yo me quedé con los caballos... Los posaderos, marido y mujer, parecían personas bondadosas y afables, lo mismo que los empleados, pero no podía dormir, muchachos, ¡tenía un presentimiento! Y cuando el corazón está inquieto no hay nada que hacer. El portón estaba abierto, había gente por todas partes, pero yo tenía miedo y no me sentía a gusto. Hacía tiempo que todos dormían, ya era noche cerrada, pronto sería hora de levantarse; sólo yo seguía despierto en mi coche,

sin cerrar los ojos, como un mochuelo. De pronto, hermanos, oigo un ruido: ¡tup, tup, tup! Alguien se aproxima de puntillas al carruaje. Saco la cabeza y veo a una mujer en camisa, descalza... «¿Qué es lo que quieres, mujer?», le pregunto. Ella, temblando con todo su cuerpo, con el rostro demudado, me dice: «Levántate, buen hombre. ¡Va a suceder una desgracia!... Los dueños tienen malas intenciones... Quieren matar a tu mercader. Yo misma he oído cómo el patrón y la patrona cuchicheaban...». ¡Por algo mi corazón estaba intranquilo! «¿Quién eres tú?», le pregunté. «Yo», me dice, «soy la cocinera...». Bueno... Salí del coche y me dirigí a la habitación del mercader. Le desperté y le dije: «Piotr Grigórich, estamos en un apuro... Ya tendrá tiempo de dormir mañana, excelencia. Ahora, mientras aún hay tiempo, vístase de prisa y tratemos de escapar sanos y salvos de este peligro». Apenas había empezado a vestirse, cuando la puerta se abrió y... ¿qué es lo que veo, Reina de los cielos? Entran en la habitación el dueño, la dueña y tres sirvientes a los que habían implicado, diciéndoles que el mercader tenía mucho dinero y que podían repartírselo... Todos ellos llevaban un largo cuchillo en la mano... Un cuchillo cada uno... El posadero cerró la puerta con llave y dijo: «Podéis rezar a Dios, mis huéspedes... Ahora bien, como se os ocurra gritar, no os dejaremos rezar antes de morir». Pero ¿cómo íbamos a gritar? A causa del terror teníamos un nudo en la garganta que nos lo impedía... El mercader se echó a llorar y dijo: «¡Hermanos ortodoxos! Habéis decidido matarme seducidos por mi dinero. Que así sea. No soy el primero ni seré el último: muchos mercaderes han sido degollados en las posadas. Pero ¿por qué matar a mi cochero, hermanos ortodoxos? ¿Qué razón hay para que sufra ese tormento a causa de mi dinero?». ¡Y todo eso lo decía con tanta pena! Pero el posadero le replicó: «Si lo dejamos vivo, será el primero en denunciarnos. Lo mismo da matar a uno que a dos. El castigo no va a ser mayor... ¡Rezad a Dios y basta de charla!». El mercader y yo nos arrodillamos uno al lado del otro, nos echamos a llorar y nos pusimos a rezar. Él se acordaba de sus hijos; yo, que por aquella época todavía era joven, tenía ganas de vivir... Mirábamos los iconos y rezábamos con tanta pena que aún ahora mis ojos se llenan de lágrimas... La mujer, la posadera, nos mira y nos dice: «Buenos hombres, no guardéis mal recuerdo de nosotros en el otro mundo y no pidáis a Dios que nos castigue, pues actuamos así forzados por la necesidad». Rezamos, rezamos, lloramos, lloramos, y Dios al final nos escuchó. Quiero decir que tuvo piedad de nosotros... En el momento mismo en que el posadero cogía al mercader por la barba para cortarle el cuello con el cuchillo, alguien empezó a llamar a la ventana desde el patio. Todos nos quedamos como petrificados y el posadero bajó la mano... Se oyeron más golpes en la ventana y alguien gritó: «Piotr Grigórich, ¿estás ahí? ¡Prepárate, nos vamos!». Viendo los posaderos que venían a buscar al mercader, se asustaron y echaron a correr como alma que lleva el diablo... Nosotros salimos al patio, enganchamos los caballos y nos marchamos de allí a toda prisa...

—¿Y quién fue el que llamó a la ventana? —preguntó Dímov.

—¿En la ventana? Probablemente un santo de Dios o un ángel, porque allí no había nadie... Cuando salimos de la posada, en la calle no había ni un alma... ¡La mano de Dios!

Pantelói contó otro suceso más. Todos sus relatos mostraban el mismo tipo de ficción y en ellos los «largos cuchillos» siempre desempeñaban un papel importante. ¿Había oído esas historias a algún otro o las había ideado él mismo en un lejano pasado y luego, cuando la memoria se había debilitado y se había vuelto incapaz de distinguir lo vivido de lo pensado, había confundido lo uno con lo otro? Todo podía ser, pero lo extraño era que en ese momento y durante todo el viaje, cuando había tenido ocasión de narrar alguna anécdota, había mostrado una preferencia clara por los fantasmas y nunca había hablado de su propia experiencia. Por el momento, Yegorushka tomaba todo eso como moneda de ley y creía en cada una de sus palabras; más tarde, le pareció extraño que un hombre que en el pasado había recorrido toda Rusia, había visto muchas cosas y había aprendido muchas otras, un hombre cuya mujer e hijos habían ardido, mostrara tan poca estima por su agitada vida; de hecho, siempre que se sentaba junto al fuego guardaba silencio o hablaba de acontecimientos que nunca habían sucedido.

Durante la cena, todos callaron, pensando en el relato que acababan de escuchar. La vida es terrible y maravillosa; por eso, por muy espantoso que sea lo que uno cuente en Rusia, y por más que lo adorne con nidos de bandidos, largos cuchillos y milagros, siempre hallará un eco en el alma del oyente; quizá sólo un hombre muy experimentado esboce un gesto de desconfianza, pero se limitará a guardar silencio. La cruz de la carretera, los fardos sombríos, el amplio espacio y el destino de los hombres reunidos alrededor de la hoguera conformaban una realidad tan misteriosa y terrible que la fantasía de la fábula o del cuento palidecía y se fundía con la vida.

Todos comían del caldero, a excepción de Pantelói, que se había apartado del grupo y tomaba su sopa en una escudilla de madera. Tenía una cuchara diferente de la de los demás, fabricada con madera de ciprés y adornada con una cruz. Yegorushka, al mirarle, recordó la lamparilla que había usado como vaso y preguntó en voz baja a Stiopka:

—¿Por qué el abuelo se sienta aparte?

—Es un viejo creyente^[5] —le respondieron en un susurro Stiopka y Vasia, y por la expresión de sus caras parecía como si estuvieran hablando de una flaqueza o un vicio secreto.

Todos callaban y meditaban. Después de escuchar esos relatos terribles, ninguno tenía ganas de hablar de sucesos ordinarios. De pronto, en medio del silencio, Vasia se enderezó y, fijando sus turbios ojos en un punto, aguzó el oído.

—¿Qué pasa? —le preguntó Dímov.

—Se acerca un hombre —respondió Vasia.

—¿Dónde lo ves?

—¡Allí! No es más que un punto blanco...

En el lugar al que miraba Vasia no se veía más que oscuridad; todos aguzaron el oído, pero tampoco se oían pisadas.

—¿Va por el camino? —preguntó Dímov.

—No, por el campo... Se dirige hacia aquí.

Pasó un minuto en silencio.

—Tal vez sea el mercader enterrado aquí, que se pasea por la estepa —exclamó Dímov.

Todos dirigieron una ojeada a la cruz, intercambiaron miradas y se echaron a reír, avergonzados de su miedo.

—¿Por qué va a pasear? —exclamó Panteléi—. Sólo pasean por la noche los difuntos que la tierra rechaza. No es el caso de estos mercaderes... Ellos recibieron la corona del martirio...

Los pasos se hicieron perceptibles. Alguien caminaba presuroso.

—Lleva algo —dijo Vasia.

Se escuchó cómo la hierba crujía y la maleza crepitaba bajo los pies del caminante, pero la luz de la hoguera impedía ver a nadie. Finalmente, los pasos sonaron muy cerca; alguien tosió; la luz parpadeante pareció apartarse, cayó el velo que cegaba los ojos y los carreteros vieron de pronto a un hombre delante de ellos.

Ya fuera por el singular resplandor del fuego o por el deseo que todos ambicionaban de ver el rostro de ese hombre, el caso es que, cosa extraña, lo primero que distinguieron no fue la cara ni las ropas, sino la sonrisa. Era una sonrisa de extraordinaria bondad, amplia y dulce, como la de un niño que acaba de despertarse, una de esas sonrisas contagiosas a las que es difícil no responder con otra. Una vez examinado, el desconocido resultó ser un hombre de unos treinta años, más bien feo y sin ningún rasgo significativo. Era un ucraniano de elevada estatura, nariz larga, brazos largos y piernas largas; en general, todo en su figura parecía largo, salvo el cuello, tan corto que le daba un aspecto encorvado. Vestía una camisa blanca y limpia, con el cuello bordado, pantalones bombachos y botas nuevas; comparado con los carreteros parecía un petimetre. Llevaba en las manos un objeto grande, blanco y a primera vista extraño, mientras que en su espalda se veía el cañón de una escopeta, también largo.

Cuando abandonó la oscuridad y entró en el círculo luminoso, el hombre se detuvo como clavado a la tierra y contempló durante medio minuto a los carreteros, como diciendo: «¡Mirad qué sonrisa tengo!». Luego dio unos pasos en dirección a la hoguera, esbozó una sonrisa aún más franca y exclamó:

—¡Buen apetito, muchachos!

—¡Sea bienvenido! —respondió Panteléi por todos.

El desconocido depositó cerca de la hoguera el objeto que tenía en las manos — era una avutarda muerta—, y saludó de nuevo.

Todos se acercaron a la avutarda y se pusieron a examinarla.

—¡Una buena pieza! ¿Con qué la has matado? —preguntó Dímov.

—Con bala, porque con perdigones es imposible alcanzarla, no deja acercarse tanto... ¡Comprádmela, hermanos! Os la vendo por veinte kopeks.

—¿Y para qué la queremos? Es buena para asar, pero cocida queda tan dura que no hay modo de hincarle el diente...

—¡Qué pena! Tendré que llevarla a la hacienda del señor. Me dará cincuenta kopeks, pero queda más lejos: ¡a quince kilómetros!

El desconocido se sentó, se desembarazó de la escopeta y la depositó a su lado. Parecía soñoliento, fatigado; sonreía, entornaba los ojos a causa del fuego y, al parecer, pensaba en alguna cosa muy agradable. Le dieron una cuchara y él se puso a comer.

—¿Quién eres? —le preguntó Dímov.

El desconocido no debió de escuchar la pregunta, pues no respondió a ella; ni siquiera miró a Dímov. Probablemente ese hombre sonriente no reparaba en el gusto de la sopa, porque masticaba maquinalmente, con desgana, acercando la cuchara a la boca tan pronto repleta como completamente vacía. No estaba borracho, pero algún rastro de locura vagaba por su cerebro.

—Te he preguntado que quién eres —insistió Dímov.

—¿Yo? —se sobresaltó el desconocido—. Konstantín Zvonik, de Rovnoie, a cuatro kilómetros de aquí.

Y, queriendo dejar claro desde el principio que no era un campesino cualquiera, Konstantín se apresuró a añadir:

—Tenemos colmenas y criamos cerdos.

—¿Vives con tus padres o en tu propia casa?

—En mi propia casa. Me he independizado. Me casé este mes, después del día de san Pedro. ¡Ahora soy un hombre casado!... Hace dieciocho días que celebramos la boda.

—¡Eso está bien! —exclamó Panteléi—. No es mala cosa tener una mujer... Te ha bendecido Dios...

—Su joven mujer durmiendo en casa y él paseándose por la estepa —dijo Kiriuja riendo—. ¡Menudo loco!

Konstantín, como si le hubieran pellizcado en el lugar más sensible, se sobresaltó, se rio y se ruborizó...

—¡Pero ella no está en casa, señores! —exclamó, apartando con premura la cuchara de la boca y mirando a su alrededor con aire alegre y sorprendido—. ¡No

está! ¡Se ha ido a pasar dos días a casa de su madre! Se ha marchado y me ha dejado como si estuviera soltero...

Konstantín hizo un gesto con la mano y movió la cabeza; quería seguir pensando, pero la alegría que iluminaba su rostro se lo impedía. Debía de encontrarse incómodo porque adoptó otra postura; luego se echó a reír y de nuevo agitó la mano. Le daba vergüenza comunicar sus agradables pensamientos a personas extrañas, pero al mismo tiempo sentía un irreprimible deseo de compartir su alegría.

—¡Se ha marchado a Demídovo, a casa de su madre! —exclamó, enrojeciendo y cambiando la escopeta de lugar—. Regresaré mañana... Me dijo que llegaría a la hora de comer.

—¿La echas de menos? —le preguntó Dímov.

—¡Ya lo creo, señor! Hace apenas unos días que nos hemos casado y ya se ha marchado. ¿Eh? ¡Y qué mujer más vivaracha, Dios mío! ¡Es buena, amable, ríe, canta, no para! Cuando está conmigo, la cabeza me da vueltas, pero cuando me falta siento como si hubiera perdido algo y me pongo a dar vueltas por la estepa como un idiota. Llevo paseando desde la hora de la cena, como si estuviera de guardia.

Konstantín se frotó los ojos, miró el fuego y se echó a reír.

—Parece que la quieres... —dijo Pantelói.

—Es tan buena y amable —repitió Konstantín, sin escuchar—, tan hacendosa, inteligente y avisada, que entre la gente sencilla no encontrarías una igual en toda la región. Se ha ido... Pero sé que me echa de menos. ¡Lo sé! ¡La conozco a la muy pícara! Dijo que regresaría mañana a la hora de comer... ¡Es toda una historia! —gritó casi Konstantín, adoptando de pronto un tono más alto y cambiando de postura—. Ahora me quiere y me echa de menos, ¡pero no quería casarse conmigo!

—¡Pero come! —exclamó Kiriuja.

—¡No quería casarse conmigo! —continuó Konstantín, sin escuchar—. ¡Tres años estuve detrás de ella! La vi en la feria de Kalachik y me enamoré perdidamente... Yo vivía en Rovnoie y ella en Demídovo, a veinticinco kilómetros de distancia, y no había manera de arreglar las cosas. Mandé casamenteros, pero ella sólo contestaba: «¡No quiero!». ¡Ah, la muy pícara! Hago esto, hago lo otro, le regalo pendientes, le compro bizcochos y medio kilo de miel. Y ella: «¡No quiero!». No sabía qué hacer. Es verdad que, bien miradas las cosas, no hacíamos muy buena pareja: ella joven, hermosa, impetuosa; yo maduro, lindando ya los treinta, poco agraciado, con la barba tupida como un clavo, el rostro liso y cubierto de verrugas. ¿Cómo podía compararme con ella? Es cierto que teníamos una posición acomodada, pero ellos tampoco vivían mal en Vajramenko. Tenían tres pares de bueyes y dos trabajadores. Me enamoré, hermanos, y perdí el juicio... No dormía, no comía y mi entendimiento parecía haberse cubierto de bruma. Sentía deseos de verla y ella estaba en Demídovo... Y entonces ¿qué creéis que hacía? Que Dios me castigue si miento.

Iba allí a pie para verla dos o tres veces por semana. ¡Dejé de trabajar! Estaba tan desesperado que pensé en contratarme como trabajador en Demídovo para estar más cerca de ella. ¡Un verdadero tormento! Mi madre hizo venir a la curandera; mi padre me azotó unas diez veces. Después de tres años de sufrimiento, tomé una decisión: que se vaya al diablo. Me voy a la ciudad a trabajar de cochero... Debe de ser que no lo quiere el destino. En Pascua fui a Demídovo a verla por última vez...

Konstantín echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar una risa tan fina y alegre como si acabara de engañar a alguien de un modo muy ingenioso.

—La vi. Estaba con unos muchachos a la orilla del río —continuó—. Me sentí furioso... La llamé aparte y estuve cerca de una hora diciéndole toda suerte de razones... ¡Y ella se enamoró de mí! ¡Tres años rechazándome y se enamora de mí por ese discurso!

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Dímov.

—¡Qué sé yo! No lo recuerdo... ¿Cómo iba a acordarme? En ese momento las palabras brotaron como agua de una fuente, sin interrupción: ¡ta-ta-ta-ta! Ahora no sería capaz de decir ni una de ellas... Así fue como se casó conmigo... Y ahora se ha ido a ver a su madre, la muy pícara, y yo no hago más que vagar por la estepa. No puedo quedarme en casa. ¡No puedo!

Konstantín extendió torpemente las piernas, sobre las que estaba sentado, apoyó la cabeza en los puños, se levantó y finalmente volvió a sentarse. Ahora todos comprendían perfectamente que era un hombre enamorado y feliz, feliz hasta el sufrimiento; su sonrisa, sus ojos y cada uno de sus movimientos expresaban una angustiada felicidad. No sabía dónde ponerse ni qué postura adoptar ni qué hacer para no verse abrumado por la abundancia de pensamientos placenteros. Tras desahogarse ante aquellos extraños, pudo por fin sentarse tranquilamente y quedarse mirando el fuego con aire pensativo.

A la vista de ese hombre venturoso todos se entristecieron y desearon también para ellos la felicidad. Todos se quedaron meditabundos. Dímov se levantó, dio unos pasos en silencio junto a la hoguera; sus andares y el movimiento de sus omoplatos denotaban tristeza y melancolía. Estuvo contemplando a Konstantín durante un rato y luego volvió a sentarse.

La hoguera iba apagándose. La luz ya no parpadeaba y la mancha roja había encogido y palidecido... Cuanto más disminuía el fuego, más aumentaba la visibilidad de esa noche con luna. Ya se distinguía el camino en toda su amplitud, los fardos, las varas de los carros y los caballos, que masticaban su comida; del otro lado se perfilaba, imprecisa, la segunda cruz...

Dímov apoyó la mejilla en la mano y entonó en silencio una triste canción. Konstantín sonrió con aire soñoliento y le acompañó con su fina voz. Cantaron durante medio minuto y después quedaron en silencio... Yemelián se sobresaltó,

movió los codos y agitó los dedos.

—Muchachos —exclamó con tono suplicante—, ¡entonemos algún canto religioso!

En sus ojos brotaron algunas lágrimas.

—¡Muchachos! —repitió, llevándose una mano al corazón—. ¡Entonemos algún canto religioso!

—Yo no sé ninguno —dijo Konstantín.

Todos se negaron; entonces Yemelián cantó solo. Agitó los dos brazos, sacudió la cabeza, abrió la boca, pero de su garganta sólo salía una respiración ronca y sin timbre. Cantó con los brazos, con la cabeza, con los ojos e incluso con su lóbanillo; cantó apasionadamente y con dolor, y cuanto más forzaba el pecho para arrancar aunque fuera una sola nota, más inaudible se volvía su susurro...

También Yegorushka, como los otros, se sintió invadido por el tedio. Se fue a su carro, se encaramó sobre su fardo y se tumbó. Miraba el cielo y pensaba en el radiante Konstantín y en su mujer. ¿Por qué se casaba la gente? ¿Por qué había mujeres en el mundo? Yegorushka se formulaba borrosas preguntas y pensaba que a un hombre debía de resultarle agradable tener constantemente a su lado a una mujer cariñosa, alegre y hermosa. Por alguna razón le vino a la memoria la condesa Dranítskaia y se dijo que sería muy grato vivir con una mujer como aquella; él mismo se casaría gustoso con ella, si la idea no le produjera tanta vergüenza. Recordó sus cejas, sus pupilas, su calesa, el reloj con el jinete... La noche, serena y templada, descendía sobre él y le susurraba alguna cosa al oído; y él se imaginó que aquella hermosa mujer se inclinaba sobre él, le miraba con una sonrisa y quería besarle...

Del fuego no quedaban más que dos pequeños ojos rojos, cada vez más diminutos. Los carreteros y Konstantín seguían sentados en torno a las brasas, sombríos e inmóviles; parecía como si fueran más numerosos que antes. Ambas cruces se veían por igual y en la lejanía, en un lugar de la gran carretera, se divisaba un fuegucillo rojo; probablemente alguien preparaba también un guiso.

—*Nuestra madrecita Rusia está a la cabeza del mundo* —cantó de pronto Kiriuja con todas sus fuerzas, pero pronto se atragantó y se calló. El eco se apoderó de su voz y la llevó por la estepa; parecía como si la estupidez en persona rodara por la llanura sobre pesadas ruedas.

—¡Es hora de partir! —exclamó Panteléi—. Levantaos, muchachos.

Mientras enganchaban los caballos, Konstantín se paseaba junto a los carros, alabando a su mujer.

—¡Adiós, hermanos! —gritó cuando la caravana se puso en marcha—. ¡Gracias por vuestra hospitalidad! Yo me voy a buscar otro fuego. ¡No puedo hacer otra cosa!

Y poco después desapareció en la oscuridad, aunque durante un buen rato se oyó cómo caminaba hacia el lugar en que brillaba aquel fuegucillo: iba a comunicar a

otros extraños su felicidad.

Al día siguiente, cuando Yegorushka se despertó, era muy de mañana; el sol aún no había salido. La caravana se había detenido. Un hombre vestido con una gorra blanca y un traje gris de tela barata, montado sobre un potro cosaco, hablaba con Dímov y Kiriuja junto a la primera carreta. Por delante, a unos dos kilómetros de la caravana, destacaban unos graneros blancos y achatados y unos caseríos con techumbres de teja; junto a las viviendas no se veían corrales ni árboles.

—Abuelo, ¿qué aldea es esa? —preguntó Yegorushka.

—Son unas granjas armenias, muchachito —le respondió Panteléi—. Allí viven los armenios. No son mala gente..., los armenios.

El hombre del traje gris terminó de hablar con Dímov y Kiriuja, hizo recular a su montura y contempló las granjas.

—¡Buenos estamos! —suspiró Panteléi, mirando también las granjas y encogiéndose a causa del frescor matinal—. Ha enviado un hombre a la granja a por un papel y este no regresa... ¡Tendría que haber mandado a Stiopka!

—¿Y quién es ese, abuelo? —preguntó Yegorushka.

—Varlámov.

¡Dios mío! Yegorushka se levantó en seguida, se puso de rodillas y contempló la gorra blanca. En ese hombre pequeño y gris, de gruesas botas y fea montura, que conversaba con los campesinos a una hora que las personas normales ocupaban en el sueño, resultaba difícil reconocer a aquel misterioso e inasible Varlámov al que todos buscaban, que siempre estaba «deambulando de un lado para otro» y tenía mucho más dinero que la condesa Dranítskaia.

—Es un buen hombre... —dijo Panteléi, mirando las granjas—. Que Dios le dé salud a ese gentil señor... A Varlámov, Semión Aleksándrovich... Gracias a personas como él la tierra se mantiene, muchacho. Así es... Aún no ha cantado el gallo y él ya está levantado... Otro estaría durmiendo en casa o divirtiéndose con sus invitados, pero él se pasa el día en la estepa..., de un lado para otro... A este no se le escapa un negocio... ¡No! Es un hombre intrépido...

Varlámov no apartaba los ojos de la granja y comentaba alguna cosa; el potro levantaba una y otra pata con impaciencia.

—Semión Aleksándrovich —gritó Panteléi, quitándose el sombrero—, permítanos enviar a Stiopka. ¡Yemelián, diles que manden a Stiopka!

Pero finalmente un jinete se apartó de la granja. Venciéndose sobre un lado y agitando la fusta por encima de la cabeza, como si quisiera asombrar a todos con su audaz monta cosaca, voló con la velocidad de un ave hasta la caravana.

—Debe de ser uno de sus emisarios —dijo Panteléi—. Tiene unos cien, acaso más.

Cuando llegó a la altura del primer carro, el jinete detuvo a su caballo, se quitó el

sombrero y entregó una libreta a Varlámov. Este, extrayendo unos papeles, los leyó y gritó:

—¿Y dónde está la esquila de Ivanchuk?

El jinete cogió la libreta, examinó los papeles y se encogió de hombros. Se le oyó pronunciar unas palabras; probablemente trataba de disculparse y pedía permiso para regresar a la granja. De pronto, el potro empezó a moverse como si Varlámov se hubiera vuelto más pesado. También Varlámov se movió.

—¡Fuera de mi vista! —gritó enfadado y amenazó al jinete con el látigo.

Luego hizo que su caballo diera la vuelta y, sin dejar de examinar los papeles de la libreta, avanzó al paso junto a la caravana. Cuando llegó a la altura del último carro, Yegorushka aguzó la vista para examinarlo mejor. Varlámov era un hombre ya viejo. Su rostro sencillo, ruso, curtido, adornado con una pequeña barbita canosa, estaba enrojecido, humedecido por el rocío y surcado de venas azules; mostraba la misma sequedad que el de Iván Ivánich, el mismo fanatismo del hombre de negocios. Y sin embargo, ¿qué diferencia se advertía entre ese hombre e Iván Ivánich! En el rostro de su tío Kuzmichov, además de la sequedad del hombre de negocios, se leía siempre la preocupación y el temor de no encontrar a Varlámov, de retrasarse, de perder una operación ventajosa; ninguna de esas emociones, propias de personas pequeñas y dependientes, se advertían en el rostro y la figura de Varlámov. Ese hombre fijaba los precios, no buscaba a nadie y no dependía de los demás; por ordinario que fuese su aspecto, se percibía en toda su persona, incluso en su manera de sostener el látigo, la conciencia de su fuerza y de su poder sobre la estepa.

Pasó junto a Yegorushka, pero no reparó en él; sólo el potro honró al muchacho con su atención y levantó hasta él sus ojos grandes y estúpidos, aunque lo hizo con indiferencia. Panteléi hizo una reverencia ante Varlámov, el cual, al advertirlo, dijo tartajando, sin apartar los ojos de los papeles:

—¡Hola, viejo!

Al parecer, la conversación de Varlámov con el jinete y su látigo levantado habían causado una penosa impresión en la caravana. Todos estaban serios. El jinete, con la cabeza desnuda y las riendas bajas, descorazonado por la ira del personaje importante, seguía junto a la primera carreta y callaba, como si no pudiese creer que el día hubiera empezado con tan mal pie.

—Es duro el viejo... —murmuró Panteléi—. Qué pena que sea tan duro. Pero a pesar de todo, es un buen hombre... Nunca ofende sin razón... No es malo...

Una vez examinados los papeles, Varlámov se guardó la libreta en el bolsillo; el potro, como si hubiera comprendido el pensamiento de su amo, se estremeció y, sin esperar la orden, partió al galope por la carretera.

VII

La noche siguiente los carreteros volvieron a acampar y a preparar el guiso. En esta ocasión, una especie de indefinible tristeza se apoderó de todos desde el principio. El ambiente era sofocante; todos bebían mucho, pero aun así no conseguían aplacar la sed. Salió la luna, muy roja y sombría, como si estuviera enferma; las estrellas también tenían un aspecto torvo; las tinieblas eran más espesas; la lejanía, más turbia. La naturaleza languidecía, agobiada, al parecer, por el presentimiento de alguna desdicha.

La animación y las conversaciones de la víspera habían desaparecido. Todos se aburrían y hablaban de manera desfallecida y desgana. Pantelói no dejaba de suspirar, se quejaba de los pies y se refería a cada momento a la insolencia de la muerte.

Dímov estaba tumbado boca abajo, callaba y mordisqueaba una brizna de paja; tenía una expresión de malhumor, cansancio y desagrado, como si la brizna de paja oliera mal. Vasia se quejaba de que le dolía la mandíbula y predecía mal tiempo. Yemelián no agitaba los brazos: sentado en completa inmovilidad, miraba el fuego con aire sombrío. El desánimo también se había apoderado de Yegorushka. Marchar al paso le había fatigado y el calor de la jornada le había dado dolor de cabeza.

Cuando la sopa estuvo preparada, Dímov, que se aburría, empezó a incordiar a sus compañeros.

—¡Ya se ha acomodado el del lobanillo con su cuchara! —dijo, mirando con odio a Yemelián—. ¡Será zampón! Siempre se las arregla para sentarse el primero junto al caldero. ¡Como fue chantre, se cree que es un señor! ¡Muchos chantres como tú hay mendigando por la carretera!

—¿Por qué te metes conmigo? —le preguntó Yemelián, mirándole también con odio.

—Porque siempre eres el primero en sentarte a comer. ¡No sé qué te has creído!

—Eres un imbécil, eso es todo —dijo Yemelián con su voz ronca.

Sabiendo por experiencia cómo solían terminar esas discusiones, Pantelói y Vasia intervinieron y trataron de convencer a Dímov para que no discutiera sin motivo.

—Menudo chantre... —insistió el fanfarrón, sonriendo con desprecio—. Así puede cantar cualquiera. Es muy fácil sentarse en el pórtico de la iglesia y entonar: «¡Una limosna, por el amor de Cristo!». ¡Vaya unos cantantes!

Yemelián no respondió. Ese silencio irritó aún más a Dímov, que miró con mayor odio al antiguo chantre y exclamó:

—¡No tengo ganas de discutir contigo! ¡Si no te ibas a enterar!

—Pero ¿por qué te metes conmigo, hereje? —se indignó Yemelián—. ¿Qué te he hecho yo?

—¿Cómo me has llamado? —preguntó Dímov con los ojos inyectados en sangre, y se incorporó—. ¿Cómo? ¿Hereje? ¿Sí? ¡Pues toma! ¡Vete a buscarla!

Y así diciendo, Dímov arrancó la cuchara de manos de Yemelián y la arrojó lejos. Kiriuja, Vasia y Stiopka se incorporaron de un salto y se pusieron a buscarla, mientras Yemelián dirigía una mirada implorante e interrogativa a Pantelói. Su rostro de pronto se hizo muy pequeño y se arrugó; el antiguo chantre empezó a parpadear y luego se echó a llorar como un niño.

Yegorushka, que odiaba desde hacía tiempo a Dímov, sintió de repente que el aire se le hacía irrespirable y el fuego de la hoguera le quemaba la cara; en un principio pensó en refugiarse en la oscuridad de los carros, pero los ojos malignos y hastiados del fanfarrón le atraían. Deseando decirle algo en alto grado ofensivo, avanzó hacia él y exclamó jadeante:

—¡Tú eres el peor de todos! ¡No te soporto! —tras pronunciar esas palabras, debería haber corrido hacia el convoy, pero se quedó donde estaba y continuó—: ¡En el otro mundo arderás en el infierno! ¡Me quejaré a Iván Ivánich! ¡No tienes derecho a ofender a Yemelián!

—¡Otro que viene a dar lecciones! —exclamó con ironía Dímov—. El cachorro todavía tiene leche en los labios, pero ya se permite dar lecciones. ¿Y si te tiro de la oreja?

Yegorushka sintió que le faltaba el aire; temblando con todo su cuerpo —algo que no le había sucedido nunca—, golpeó el suelo con los pies y gritó con una voz estridente:

—¡Pegadle, pegadle!

Sus ojos se cubrieron de lágrimas; lleno de vergüenza, corrió hacia los carros tambaleándose, sin ver la impresión que había causado su grito. Tumbado en el fardo, lloraba, agitaba las manos y los pies y murmuraba:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Esos hombres, las sombras que rodeaban la hoguera, los oscuros fardos y el relámpago lejano, que brillaba a cada momento en el horizonte, le parecieron inhumanos y temibles. Se sintió horrorizado y presa de la desesperación se preguntó cómo había ido a parar a esa tierra desconocida en compañía de esos terribles campesinos. ¿Dónde estaban su tío, el padre Jristofor y Deniska? ¿Por qué tardaban tanto en llegar? ¿No se habrían olvidado de él? La idea de que lo hubieran olvidado y abandonado a su suerte le causó un frío y un miedo tan intensos que varias veces estuvo tentado de saltar del fardo y deshacer el camino andado, corriendo como un loco, sin mirar hacia atrás, pero el recuerdo de las cruces oscuras y sombrías del camino, con las que inevitablemente debía encontrarse, y el rayo que centelleaba a lo

lejos le detuvieron... Sólo cuando susurró: «¡Mamá! ¡Mamá!», sintió cierto alivio...

Los carreteros también debían de sentirse incómodos. Cuando Yegorushka se alejó corriendo de la hoguera, guardaron silencio durante largo rato; luego, en voz baja y sorda, se refirieron a algo que se aproximaba y de lo que era preciso huir cuanto antes... Cenaron a toda prisa, apagaron el fuego y, sin pronunciar palabra, se pusieron a enganchar los caballos. Su ajeteo y sus frases entrecortadas indicaban que preveían alguna desgracia.

Antes de ponerse en camino, Dímov se acercó a Panteléi y le preguntó en voz baja:

—¿Cómo se llama?

—Yegor... —contestó Panteléi.

Dímov puso un pie en la rueda, cogió la cuerda que sujetaba el fardo y se elevó. Yegorushka vio su cara y sus cabellos rizados. De su rostro pálido, cansado y serio había desaparecido toda expresión de maldad.

—¡Yegor! —le dijo en voz baja—. ¡Pégame!

Yegorushka le miró con sorpresa; en ese momento centelleó un rayo.

—¡No importa, pégame! —repitió Dímov.

Y sin esperar a que Yegorushka le pegara o le dijera algo, saltó a tierra y exclamó:

—¡Qué aburrimiento!

Luego, contoneándose y moviendo los omoplatos, avanzó con aire cansino junto al convoy y repitió con una voz entre quejumbrosa y enojada:

—¡Qué aburrimiento, Señor! No te enfades, Yemelián —dijo cuando pasó junto a él—. ¡Nuestra vida es dura y cruel!

A la derecha brilló un rayo y, poco después, como si se hubiera reflejado en un espejo, centelleó de nuevo en la lejanía.

—¡Yegor, coge esto! —le gritó Panteléi, entregándole desde abajo un objeto grande y oscuro.

—¿Qué es? —preguntó Yegorushka.

—¡Una estera! Va a llover, así que cúbrete con ella.

Yegorushka se incorporó y miró a su alrededor. El horizonte estaba mucho más negro y a cada instante parpadeaba en su seno una pálida luz. Esa negrura se inclinaba hacia la derecha, como vencida por su propio peso.

—Abuelo, ¿va a haber tormenta? —preguntó Yegorushka.

—¡Ah, cómo me duelen mis pies enfermos y entumecidos! —dijo Panteléi con voz cantarina, sin escucharle y dando patadas en el suelo.

A la izquierda, como si alguien hubiera restregado en el cielo una cerilla, centelleó una banda pálida y fosforescente que se apagó en seguida. Muy lejos se oyó un ruido semejante al de un hombre que paseara por un tejado de chapa. El que andaba debía de ir descalzo, pues el metal emitía un ruido sordo.

—¡Va a caer una buena! —gritó Kiriuja.

En la lejanía, a la derecha, un rayo brilló con tanta fuerza que iluminó una parte de la estepa y el punto donde el cielo despejado lindaba con la oscuridad. Una nube terrible avanzaba sin prisas con su masa compacta; en su borde colgaban grandes y negros mechones; vedijas semejantes, empujándose unas a otras, se amontonaban en el horizonte a la derecha y a la izquierda. Ese aspecto deshilachado y desgredado confería a la nube un aspecto ebrio y amenazante. Un trueno retumbó con fuerza y estruendo. Yegorushka se santiguó y se apresuró a ponerse el abrigo.

—¡Qué aburrimiento! —gritó Dímov desde los primeros carros, y en su voz se transparentaba el inicio de un nuevo enfado—. ¡Qué aburrimiento!

De pronto el viento se desató con tanta fuerza que estuvo a punto de arrancar la estera y el hatillo de Yegorushka; al verse sacudida, la estera se agitó en todas las direcciones, golpeando el fardo y el rostro del muchacho. El viento atravesó la estepa con su silbido, girando de manera caprichosa y levantando tal ruido de la hierba que no se oía el trueno ni el chirrido de las ruedas. Soplaban desde la nube negra, trayendo remolinos de polvo y el olor de la lluvia y de la tierra mojada. La luz de la luna se oscureció y se volvió como más sucia; las estrellas adquirieron un aspecto aún más sombrío; en el borde del camino unas nubes de polvo y sus sombras retrocedían apresuradas. Parecía como si los torbellinos que giraban y arrancaban el polvo de la tierra, la hierba seca y las plumas se elevaran hasta el mismo cielo; probablemente los cardos volaban junto a la nube negra: ¡qué miedo debían de tener! Pero a través del polvo que cegaba los ojos no se veía otra cosa que el resplandor de los rayos.

Yegorushka, pensando que de un momento a otro empezaría a llover, se puso de rodillas y se cubrió con la estera.

—¡Panteléi! —gritó alguien desde los primeros carros—. ¡A... a... va!

—¡No te oigo! —respondió Panteléi con una voz fuerte y cantarina.

—¡A... a... va! ¡Arria... a!

El trueno retumbó con toda su fuerza, rodó por el cielo de derecha a izquierda, luego en dirección contraria y finalmente se apagó junto a los carros delanteros.

—Santo, Santo, Santo, Señor Sabaoth —murmuró Yegorushka, persignándose—. El cielo y la tierra están llenos de tu gloria...

La negrura del cielo abrió su boca y vomitó fuego blanco; a continuación volvió a retumbar el trueno; apenas se había acallado, cuando un relámpago dibujó en el cielo un trazo tan ancho que a través de las hendiduras de la estera Yegorushka vio de pronto toda la carretera hasta el horizonte, todos los carros e incluso el chaleco de Kiriuja. Las vedijas negras de la izquierda se elevaban ya y una de ellas, tosca, deforme, semejante a una garra con uñas, se extendía hasta la luna. Yegorushka decidió cerrar fuertemente los ojos, no prestar atención y esperar a que todo terminara.

Por alguna razón, la lluvia tardó en llegar. En la esperanza de que las nubes quizá pasaran de largo, Yegorushka levantó la estera para mirar. La oscuridad era aterradora. Yegorushka no vio ni a Panteléi, ni el fardo, ni su propio cuerpo; dirigió una mirada de soslayo al lugar en que poco antes se encontraba la luna, pero allí reinaba una negrura tan espesa como en el carro. En la oscuridad los rayos parecían más blancos y cegadores, hasta el punto de que hacían daño a los ojos.

—Panteléi —llamó Yegorushka, pero no obtuvo respuesta.

Finalmente el viento sacudió por última vez la estera y desapareció. Se oyó un ruido regular y sosegado. Una gota gruesa y fría cayó sobre la rodilla de Yegorushka y otra resbaló por su brazo. El muchacho advirtió que sus rodillas no estaban cubiertas y quiso acomodar mejor la estera, pero en ese momento algo resonó y golpeó el camino, las varas, el fardo. Era la lluvia. El agua y la estera, como si se comprendieran, entablaron una conversación rápida, alegre y odiosa, como dos urracas.

Yegorushka se puso de rodillas o, más bien, se sentó sobre los talones. Mientras la lluvia repiqueteaba en la estera, el muchacho avanzó el torso para protegerse las rodillas, que pronto se humedecieron; consiguió cubrirlas, pero entonces, en menos de un minuto, sintió una intensa y desagradable humedad detrás, en la parte baja de la espalda y en las pantorrillas. Adoptó la postura anterior, exponiendo las rodillas a la lluvia, y pensó en el modo de rectificar en la oscuridad la posición de la estera invisible. Pero sus manos estaban ya mojadas; el agua goteaba en las mangas y en el cuello; tenía los omoplatos helados. Finalmente decidió no hacer nada, quedarse sentado sin moverse y esperar a que todo terminara.

—Santo, Santo, Santo... —murmuraba.

De pronto, por encima de su cabeza, el cielo se quebró con un estrépito terrible y ensordecedor; el muchacho se inclinó y contuvo la respiración, preparándose para recibir los añicos en la nuca y en la espalda. Sus ojos se abrieron sin que él lo quisiera, y en sus dedos, en sus mangas empapadas y en los hilos de agua que corrían por la estera, por el fardo y, abajo, por la tierra, vio cómo una luz cegadora y corrosiva centelleaba unas cinco veces. Se oyó un nuevo estruendo, igual de intenso y terrible. El cielo ya no tronaba ni retumbaba, sino que emitía un crujido seco, semejante al de la madera al quebrarse.

—¡Traj! ¡Taj! ¡Taj! ¡Taj! —martilleaba distintamente el trueno, rodando por el cielo, tropezando en alguna parte y cayendo de nuevo cerca de los carros delanteros o detrás, muy lejos, con un entrecortado y furioso «¡Tra!».

Antes los relámpagos eran sólo terribles; ahora, entremezclados con ese trueno, resultaban siniestros. Su luz embrujada atravesaba los párpados cerrados y llenaba el cuerpo de frío. ¿Qué hacer para no verlos? Yegorushka decidió volver la cara del otro lado. Con mucho cuidado, como si temiera ser visto, se puso a cuatro patas y,

deslizando las palmas por el fardo húmedo, se dio la vuelta.

Una especie de «¡Traj! ¡Taj! ¡Taj!» resonó sobre su cabeza, rodó bajo el carro y estalló en un: «¡Rrra!».

Los ojos de Yegorushka se abrieron de nuevo involuntariamente y el muchacho vio un nuevo peligro: tres enormes gigantes con largas lanzas seguían al carro. El rayo hizo brillar la punta de sus lanzas e iluminó claramente sus figuras. Eran hombres de una talla enorme, con rostros cubiertos, cabezas inclinadas y pesados andares. Parecían tristes, abatidos, sumidos en sus propios pensamientos. Tal vez no seguían la caravana para causarle ningún daño, pero su proximidad daba miedo.

Yegorushka se dio la vuelta y, temblando con todo su cuerpo, gritó:

—¡Panteléi! ¡Abuelo!

—¡Traj! ¡Taj! ¡Taj! —le respondió el cielo.

Yegorushka abrió los ojos para ver si los carreteros seguían allí. Un rayo brilló en dos lugares e iluminó el camino hasta el horizonte, todos los carros y los hombres. Por la carretera corrían arroyos de agua y saltaban burbujas. Panteléi caminaba junto al carro; su alto sombrero y sus hombros estaban cubiertos por una pequeña estera. Su figura no expresaba temor ni inquietud; parecía como si el trueno lo hubiera vuelto sordo y el rayo ciego.

—¡Abuelo, gigantes! —le gritó Yegorushka, llorando.

Pero el viejo no le escuchó. Más lejos se encontraba Yemelián, que iba cubierto de pies a cabeza con una gran estera que le daba forma triangular. Vasia, que no se había cubierto con nada, caminaba de una forma tan mecánica como de costumbre, levantando mucho las piernas y sin flexionar las rodillas. A la luz de los rayos parecía como si el convoy no se moviera, los carreteros estuvieran bloqueados y la pierna levantada de Vasia se hubiera petrificado...

Yegorushka volvió a llamar al viejo. Al no obtener respuesta, se quedó sentado y no se movió más. Ya no esperaba que todo terminase: estaba convencido de que en ese mismo instante un trueno lo mataría, de que sus ojos se abrirían involuntariamente y él vería terribles gigantes. Ya no se santiguaba, ni llamaba al abuelo, ni pensaba en su madre. El frío y la certidumbre de que la tormenta no terminaría jamás le helaban.

Pero de pronto se oyeron voces.

—Yegor, ¿estás dormido? —le gritó Panteléi desde abajo—. ¡Baja! ¿Te has vuelto sordo, tontuelo?

—¡Vaya tormenta! —comentó una voz ronca y desconocida, carraspeando con tanta fuerza como si hubiera bebido un buen vaso de vodka.

Yegorushka abrió los ojos. Abajo, junto al carro, estaban Panteléi, el triangular Yemelián y los gigantes. Estos últimos mostraban ahora una talla mucho menor y cuando Yegorushka los examinó descubrió que eran simples campesinos y que no

llevaban al hombro picas, sino horquillas de hierro. Entre Pantelói y Yemelián se vislumbraba la ventana de una pequeña isba. La caravana, por tanto, se había detenido en una aldea. Yegorushka se quitó de encima la estera, cogió su hatillo y se aprestó a bajar del carro. Ahora, cerca de esos hombres que hablaban y de esa ventana iluminada, ya no tenía miedo, aunque el trueno seguía retumbando y los rayos tallaban el cielo.

—Una buena tormenta, no está mal... —murmuró Pantelói—. Gracias sean dadas a Dios... La lluvia me ha reblandecido un poco los pies, pero no pasa nada... ¿Has bajado, Yegor? Bueno, vamos a la isba... No es nada...

—Santo, Santo, Santo... —dijo Yemelián con su voz ronca—. Ha debido de caer un rayo en alguna parte... ¿Sois de aquí? —preguntó a los gigantes.

—No, de Glinovo... Somos naturales de Glinovo. Trabajamos en la hacienda de los señores Plater.

—¿Os ocupáis de la trilla?

—Hacemos de todo. Ahora estamos recogiendo el trigo. ¡Pero vaya unos relámpagos! Hacía tiempo que no teníamos una tormenta semejante...

Yegorushka entró en la isba. Fue recibido por una vieja enjuta, gibosa, de prominente mentón. Llevaba una vela en la mano, entornaba los ojos y exhalaba profundos suspiros.

—¡Vaya tormenta nos ha enviado Dios! —exclamó—. Y los nuestros tienen que pasar la noche en la estepa. ¡Lo que van a sufrir, los pobres! ¡Quítate el abrigo, niño, quítatelo!

Temblando de frío, avergonzado y encogido, Yegorushka se desembarazó de su abrigo empapado, separó los brazos y las piernas y se quedó en esa postura durante un buen rato. El menor movimiento provocaba en él una sensación desagradable de humedad y de frío. Las mangas y la espalda de la camisa estaban mojadas, los pantalones se pegaban a las piernas, el agua chorreaba de la cabeza...

—Bueno, muchacho, ¿qué haces ahí de pie? —dijo la vieja—. ¡Ven a sentarte!

Separando mucho las piernas, Yegorushka se acercó a la mesa y se sentó en un banco, junto a la cabeza de alguien. La cabeza se movió, expulsó un chorro de aire por la nariz, rechinó los dientes y se calmó. A lo largo del banco había un bulto cubierto con una zamarra de piel de cordero. Era una mujer que dormía.

La vieja salió suspirando y al rato volvió con una sandía y un melón.

—¡Come, señorito! No puedo ofrecerte otra cosa... —dijo, bostezando; luego hurgó en el cajón de la mesa y encontró allí un cuchillo largo y puntiagudo, muy semejante a los que emplean los bandidos para degollar a los mercaderes en las posadas—. ¡Come, señorito!

Yegorushka, temblando como si tuviera fiebre, comió una raja de melón con pan negro y luego una raja de sandía; esos alimentos le produjeron aún más frío.

—Los nuestros tienen que pasar la noche en la estepa... —suspiraba la vieja mientras él comía—. ¡Por los sufrimientos de Cristo!... Habría que encender una vela ante el icono, pero no sé dónde lo ha puesto Stepanida. Come, señorito, come...

La vieja bostezó, se llevó la mano derecha a la espalda y se rascó el hombro izquierdo.

—Deben de ser las dos —exclamó—. Pronto se levantarán todos. Los nuestros tienen que pasar la noche en la estepa... Seguramente se habrán empapado...

—Abuela —dijo Yegorushka—. Tengo sueño.

—Túmbate, señorito, túmbate... —suspiró la vieja, bostezando—. ¡Por nuestro Señor Jesucristo! Yo misma estaba durmiendo cuando me pareció oír que alguien llamaba. Me desperté y miré: era la tormenta que nos había enviado Dios... Traté de encender una vela, pero no encontré ninguna.

Mientras hablaba consigo misma, retiró unos trapos del banco, probablemente su propio lecho, cogió dos pellizas colgadas de un clavo cerca de la estufa y se puso a hacer la cama para Yegorushka.

—La tormenta no amaina —murmuró—. Esperemos que no ocurra nada ni se produzca ningún incendio. Los nuestros tienen que pasar la noche en la estepa... Túmbate, señorito, duerme... Que Cristo sea contigo, pequeño... Ahí dejó el melón, por si tienes hambre cuando te levantes.

Los suspiros y los bostezos de la vieja, la respiración regular de la mujer dormida, la penumbra de la isba y el rumor de la lluvia en la ventana predisponían al sueño. A Yegorushka le daba vergüenza desvestirse delante de la vieja. Sólo se quitó las botas, se tendió y se cubrió con una pelliza.

—¿Se ha acostado el muchacho? —se oyó al cabo de un minuto la voz apagada de Pantelói.

—Sí —respondió en un susurro la vieja—. ¡Ah, por los sufrimientos de Cristo! No deja de tronar. Parece como si la tormenta no fuera a terminar nunca...

—Pronto pasará... —murmuró Pantelói, sentándose—. Ya ha amainado un poco... Los muchachos se han distribuido por las isbas y dos se han quedado junto a los caballos... Dos muchachos... No puede ser de otra manera... Robarían los caballos... Voy a sentarme un rato e iré a relevarlos... No puede ser de otra manera, se los llevarían...

Pantelói y la vieja se habían sentado junto a los pies de Yegorushka e intercambiaban siseos y susurros, interrumpidos por suspiros y bostezos. Yegorushka no conseguía entrar en calor. Se había cubierto con una pelliza cálida y pesada, pero todo su cuerpo se estremecía, las piernas y los brazos se veían sacudidos por convulsiones y sus entrañas temblaban... Se desvistió bajo la pelliza, pero tampoco eso le ayudó. Los temblores se hacían cada vez más intensos.

Pantelói se fue para efectuar el relevo y regresó al cabo de un rato. Yegorushka

seguía sin dormir y temblaba con todo su cuerpo. Algo le presionaba la cabeza y el pecho sin que supiera lo que era: ¿acaso el rumor de los ancianos o el fuerte olor de la pelliza? La sandía y el melón que había comido le habían dejado en la boca un regusto desagradable y metálico. Además, las pulgas le picaban.

—¡Abuelo, tengo frío! —dijo, y no reconoció su propia voz.

—Duerme, muchacho, duerme... —suspiró la vieja.

Tit se acercó a la cama con sus delgadas piernas y agitó los brazos, luego creció hasta llegar al techo y se transformó en un molino. Un padre Jristofor muy diferente del que había ido sentado en la calesa, pues llevaba todos sus hábitos y tenía un hisopo en la mano, se paseó junto al molino, lo roció con agua bendita y las aspas dejaron de moverse. Yegorushka, consciente de que estaba delirando, abrió los ojos.

—¡Abuelo! —llamó—. ¡Abuelo, dame agua!

Nadie le respondió. Yegorushka ya no soportaba esa postura; se sentía sofocado e incómodo. Se levantó, se vistió y salió de la isba. Estaba amaneciendo. El cielo estaba cubierto, pero no llovía. Temblando, arrebujándose en su abrigo mojado, Yegorushka paseó por el sucio patio y prestó oídos al silencio; vio un pequeño establo con una puerta de cáñamo entreabierta. Lo examinó, entró en él y se sentó en un rincón oscuro sobre un montón de estiércol seco.

En su pesada cabeza se entremezclaban diversos pensamientos; de su boca seca no había desaparecido ese desagradable regusto metálico. Examinó su sombrero, alisó la pluma de pavo real y recordó el día en que fue a comprarlo con su madre. Metió la mano en el bolsillo y sacó una bola de masa pardusca y viscosa. ¿Cómo había llegado hasta allí? Se quedó pensativo, la olisqueó: olía a miel. ¡Ah, era el bizcocho judío! ¡Cómo se había mojado, el pobre!

Yegorushka examinó su abrigo. Era un abrigo gris, con grandes botones de marfil, cortado en forma de chaqueta. Como era un artículo caro y nuevo, en casa no lo colgaban en la entrada, sino en el dormitorio, junto a los vestidos de su madre; sólo podía ponérselo los días de fiesta. Tras contemplarlo, Yegorushka sintió pena de él, recordó que tanto el abrigo como él mismo habían sido abandonados a su propia suerte, que jamás regresarían a casa, y se puso a sollozar con tanta fuerza que casi se cayó del montón de estiércol.

Un perro grande y blanco, mojado por la lluvia, con dos mechones de lana semejantes a mariposas sobre el hocico, entró en el establo y miró a Yegorushka con curiosidad. Al parecer pensaba si ladrarle o no. Tras decidir que no era necesario, se acercó con prudencia al muchacho, se comió el bollo judío y se marchó.

—¡Son de Varlámov! —gritó alguien en la calle.

Harto de llorar, Yegorushka salió del establo y, rodeando un charco, se internó en la calle. Los carros estaban en el camino, delante del portón. Los carreteros, mojados, con los pies sucios, fatigados y soñolientos, como moscas de otoño, deambulaban

junto a ellos o permanecían sentados en las pértigas. Yegorushka los miró y pensó: «¡Qué aburrida y desagradable es la vida del campesino!». Se acercó a Panteléi y se sentó a su lado en la pértiga.

—¡Abuelo, tengo frío! —le dijo, temblando y guardando las manos en las mangas.

—No es nada, pronto llegaremos —bostezó Panteléi—. No te preocupes, ya te calentarás.

La caravana se puso en marcha temprano, para aprovechar el frescor de la mañana. Yegorushka iba tumbado en el fardo y temblaba de frío, aunque el sol pronto apareció en el cielo y secó sus ropas, el fardo y la tierra. Acababa de cerrar los ojos cuando vio de nuevo a Tit y el molino. Sentía náuseas y malestar en todo el cuerpo y trataba de apartar esas imágenes, pero en cuanto estas desaparecían, el fanfarrón Dímov, con los ojos rojos y los puños levantados, se arrojaba con un grito sobre Yegorushka o se lamentaba: «¡Qué aburrimiento!». Pasaba Varlámov montado en su potro cosaco, aparecía el feliz Konstantín con su sonrisa y su avutarda. ¡Qué pesadas, insoportables e inoportunas eran todas esas personas!

En una ocasión, a la caída de la tarde, levantó la cabeza para pedir de beber. La caravana se había detenido sobre un gran puente que atravesaba un anchuroso río. Abajo, sobre la superficie de las aguas, destacaba una negra columna de humo, a través de la cual se divisaba un vapor que remolcaba una barcaza. Más allá del río se alzaba una enorme montaña, salpicada de pequeñas casas e iglesias, por cuya ladera maniobraba una locomotora entre vagones de mercancías...

Yegorushka no había visto nunca vapores, ni locomotoras ni anchurosos ríos. Al contemplarlos ahora, no se asustó ni se sorprendió; su rostro no reflejó ni siquiera curiosidad. Sintió náuseas, se tumbó boca abajo en el borde del fardo y vomitó. Panteléi, al darse cuenta, gruñó y movió la cabeza:

—¡Nuestro muchachito ha caído enfermo! —exclamó—. Ha debido de coger frío en el vientre..., el muchachito... Lejos de su casa... ¡Mal asunto!

VIII

La caravana se detuvo no lejos del embarcadero, en una gran posada para mercaderes. Al descender del carro, Yegorushka oyó una voz muy conocida. Alguien le ayudaba a bajar y le decía:

—Nosotros llegamos ayer por la noche... Nos hemos pasado todo el día esperándoos. Queríamos alcanzaros ayer, pero no tuvimos suerte y nos equivocamos de carretera. ¡Ay, cómo te has arrugado el abrigo! ¡La que te va a echar tu tío!

Yegorushka miró atentamente el rostro marmóreo del hombre que le hablaba y reconoció en él a Deniska.

—Tu tío y el padre Jristofor están en su habitación tomando té —continuó Deniska—. ¡Vamos!

Llevó a Yegorushka a un gran pabellón de dos plantas, sombrío y lúgubre, semejante al hospicio de N. Tras atravesar el vestíbulo, una oscura escalera y un largo y estrecho pasillo, Yegorushka y Deniska entraron en una pequeña habitación en la que Iván Ivánich y el padre Jristofor, en efecto, estaban tomando té. Cuando vieron al muchacho, los dos viejos adoptaron una expresión de sorpresa y alegría.

—¡Ah, Yegor Nikoláich! —exclamó el padre Jristofor con voz cantarina—. ¡Señor Lomonósov!

—¡Caballeros! —dijo Kuzmichov—. ¡Sean bienvenidos!

Yegorushka se quitó el abrigo, besó la mano a su tío y al padre Jristofor y se sentó a la mesa.

—Bueno, ¿cómo ha ido el viaje, *puer bone*? —le preguntó el padre Jristofor, sirviéndole té y luciendo su radiante sonrisa de siempre—. ¿Te has aburrido? ¡Dios nos libre de viajar en una caravana o en carretas tiradas por bueyes! Uno piensa que avanza, pero mira hacia delante y la estepa sigue siendo igual de larga y extensa, que Dios me perdone: ¡no se ve el final! Eso no es un viaje, sino un suplicio. ¿Por qué no te tomas el té? ¡Bébelo! Nosotros, mientras tú ibas con el convoy, hemos arreglado todos nuestros asuntos. ¡Gracias sean dadas a Dios! Vendimos la lana a Cherepajin a un precio muy ventajoso. ¡Ojalá conceda Dios un beneficio semejante a todo el mundo!... Hemos hecho un buen negocio.

Nada más ver a los suyos, Yegorushka sintió una necesidad irreprimible de quejarse. Sin escuchar al padre Jristofor, buscó el modo de empezar y el motivo de la queja. Pero la voz del padre Jristofor, que le pareció desagradable y penetrante, le impidió concentrarse y embrolló sus pensamientos. No había pasado ni cinco minutos sentado a la mesa, cuando se levantó, se fue al sofá y se tumbó.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido el padre Jristofor—. ¿Y qué pasa con el té?

Mientras buscaba una razón para quejarse, Yegorushka apretó la frente contra el respaldo del sofá y de pronto estalló en sollozos.

—¡Vaya! —repitió el padre Jristofor, poniéndose en pie y acercándose al sofá—. Georgui, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—¡Estoy... estoy enfermo! —profirió Yegorushka.

—¿Enfermo? —dijo confundido el padre Jristofor—. Eso no está bien, hijo... ¿A quién se le ocurre ponerse enfermo en pleno viaje? Ay, ay, qué cosas tienes, hijo... —Apoyó la mano en la cabeza de Yegorushka, le tocó la mejilla y dijo—: Sí, tienes calor en la cabeza... Has debido de coger frío o quizá te haya sentado mal algún alimento... Ruega a Dios.

—Habría que darle quinina... —dijo Iván Ivánich preocupado.

—No, será mejor que coma algo caliente... Georgui, ¿te apetece un poco de sopa? ¿Eh?

—No..., no quiero... —respondió Yegorushka.

—¿Tienes escalofríos?

—Antes sí; ahora sólo tengo calor. Me duele todo el cuerpo...

Iván Ivánich se aproximó al sofá, tocó a Yegorushka en la cabeza, carraspeó confundido y regresó a la mesa.

—Desnúdate y acuéstate —exclamó el padre Jristofor—. Lo que necesitas es dormir.

Ayudó a Yegorushka a desvestirse, le dio una almohada y lo cubrió con una manta, por encima de la cual extendió el abrigo de Iván Ivánich; luego se alejó de puntillas y se sentó a la mesa. Yegorushka cerró los ojos y en seguida tuvo la impresión de que no se encontraba en la habitación, sino en la carretera, junto a la hoguera; Yemelián agitaba los brazos, mientras Dímov, con sus ojos rojos, estaba tumbado boca abajo y miraba con ironía a Yegorushka.

—¡Golpeadle! ¡Golpeadle! —gritó Yegorushka.

—Está delirando... —exclamó en voz baja el padre Jristofor.

—¡Otra preocupación! —suspiró Iván Ivánich.

—Habría que darle unas friegas de aceite y vinagre. Si Dios quiere, mañana se encontrará mejor.

Para desembarazarse de esas desagradables visiones, Yegorushka abrió los ojos y se puso a mirar el fuego. El padre Jristofor e Iván Ivánich habían terminado de tomar el té y hablaban en susurros. El primero sonreía feliz; al parecer, no podía olvidar el enorme beneficio que había obtenido por la lana; no era tanto la ganancia lo que le alegraba, como el pensamiento de regresar a casa, reunir a su numerosa familia, guiñar los ojos con malicia y reírse a carcajadas; en un principio engañaría a todos, diciendo que había vendido la lana por debajo de su precio; luego entregaría a su yerno Mijaíl una gruesa cartera y exclamaría: «¡Bueno, toma! ¡Para que aprendas a

comerciar!»). Kuzmichov no parecía satisfecho. Lo mismo que antes, su rostro expresaba la sequedad y la preocupación del hombre de negocios.

—¡Ah, si hubiera sabido que Cherepajin estaba dispuesto a pagar un precio tan elevado —dijo en voz baja—, no habría vendido a Makárov esos cinco mil kilos en mi casa! ¡Qué lástima! Pero ¿quién podía saber que aquí los precios habían subido?

Un hombre vestido con una camisa blanca recogió el samovar y encendió una lamparilla de aceite en el rincón, delante del icono. El padre Jristofor le susurró algo al oído; el hombre adoptó una expresión misteriosa de conspirador, dando a entender que comprendía, salió y al poco tiempo regresó y colocó un orinal bajo el sofá. Iván Ivánich dispuso su jergón en el suelo, bostezó varias veces, dijo sus oraciones con desgana y se acostó.

—Mañana pienso ir a la catedral... —exclamó el padre Jristofor—. Uno de los sacristanes es amigo mío. Debería hacer una visita a Monseñor después de la misa, pero se dice que está enfermo.

Bostezó y apagó la lámpara. Ya sólo lucía la lamparilla de aceite.

—Dicen que no recibe a nadie —continuó el padre Jristofor, desvistiéndose—. Tendré que irme sin verle.

Se quitó la sotana y Yegorushka vio delante de él a Robinson Crusoe. Robinson mezcló alguna cosa en un platillo, se acercó a Yegorushka y susurró:

—Lomonósov, ¿duermes? ¡Levántate! Voy a darte unas friegas de aceite y vinagre. Te sentarán bien. Sólo tienes que implorar a Dios.

Yegorushka se incorporó al momento y se sentó. El padre Jristofor le quitó la camisa y, temblando y respirando de manera entrecortada, como si le estuvieran haciendo cosquillas, empezó a frotar el pecho de Yegorushka.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... —susurró—. ¡Túmbate de espaldas!... Así. Mañana te encontrarás bien; sólo tienes que guardarte de no pecar... ¡Estás ardiendo! ¿Os cogió la tormenta en plena ruta?

—Sí.

—¡Cómo no ibas a caer enfermo! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... ¡Cómo no ibas a caer enfermo!

Cuando terminó de dar las friegas a Yegorushka, el padre Jristofor le puso la camisa, lo cubrió, se santiguó y se alejó. Más tarde, Yegorushka le vio rezar. Probablemente, el viejo sabía de memoria muchas oraciones, pues pasó un buen rato susurrando junto al icono. Cuando terminó, bendijo las ventanas, las puertas, a Yegorushka y a Iván Ivánich; luego se acostó sin almohada en un pequeño sofá y se cubrió con su sotana. El reloj del pasillo dio las diez. Yegorushka recordó que quedaba mucho tiempo hasta la mañana; presa del desánimo, apoyó la frente en el respaldo del sofá y ya no hizo ningún esfuerzo por desembarazarse de los brumosos sueños que le oprimían. Pero la mañana llegó mucho antes de lo que esperaba.

Tenía la impresión de haber pasado poco tiempo tumbado con la frente apoyada en el respaldo del sofá, pero cuando abrió los ojos ya entraban por las dos ventanas de la estancia unos rayos oblicuos que descendían hasta el suelo. Ni el padre Jristofor ni Iván Ivánich se encontraban allí. La habitación, arreglada, luminosa y agradable, olía como el padre Jristofor, que siempre desprendía un aroma a madera de ciprés y a flores secas de aciano (en su casa tenía la costumbre de hacer con ellas hisopos y adornos para el armario de los iconos, por lo que estaba impregnado de su perfume). Yegorushka miró la almohada, los rayos oblicuos, sus botas, que habían sido limpiadas y estaban junto al sofá, y sonrió. Se extrañó de no encontrarse tendido sobre el fardo, de hallarlo todo seco a su alrededor, de no escuchar el rugido del trueno en el techo ni distinguir el resplandor de los relámpagos.

Saltó del sofá y empezó a vestirse. Se sentía ya restablecido. La enfermedad de la víspera sólo le había dejado una pequeña debilidad en las piernas y en el cuello. Al parecer, el aceite y el vinagre habían surtido efecto. Recordó el vapor, la locomotora y el anchuroso río que había contemplado vagamente el día anterior y trató de vestirse con premura para ir corriendo al embarcadero y volverlos a ver. Cuando había terminado de lavarse y estaba poniéndose la camisa roja, la cerradura de la puerta chirrió y en el umbral apareció el padre Jristofor con su sombrero de copa, su bastón y una capa de seda marrón por encima de la sotana de grueso paño. Risueño y alegre (los viejos siempre tienen un aspecto radiante cuando regresan de la iglesia), puso sobre la mesa un pan bendito y un paquete, dijo una oración y exclamó:

—¡Dios te envía su bendición! Bueno, ¿cómo te encuentras?

—Ya estoy bien —respondió Yegorushka, besándole la mano.

—Gracias sean dadas a Dios... Yo vengo de la misa... Fui a ver a un sacristán amigo. Me invitó a tomar el té en su casa, pero no fui. No me gusta ir de visita tan de mañana. ¡Puedo pasarme sin esas cosas!

Se quitó la capa, se acarició el pecho y con pausados movimientos desató el paquete. Yegorushka vio una lata de caviar, un trozo de esturión ahumado y pan francés.

—Pasé por delante de una pescadería y compré algunas cosas —dijo el padre Jristofor—. Al no ser día de fiesta, no deberíamos permitirnos este exceso, pero pensé que en casa había un enfermo, de modo que la compra era en cierto modo perdonable. Es un caviar estupendo, de esturión.

El hombre de la camisa blanca trajo el samovar y una bandeja con la vajilla.

—¡Come! —dijo el padre Jristofor, untando una rebanada de pan con caviar y entregándosela a Yegorushka—. Por ahora come y diviértete. Ya tendrás tiempo de estudiar. Debes estudiar con atención y aplicación, para que ello redunde en tu provecho. Lo que hay que aprender de memoria, apréndelo de memoria, y cuando tengas que contar una historia con tus propias palabras, manteniendo el sentido pero

no la forma, utiliza tus propias palabras. Y esfuérgate por conocer todas las ciencias. Hay quien tiene muchos conocimientos de matemáticas, pero no ha oído hablar de Piotr Moguila^[6]; otro sabe mucho de Piotr Moguila, pero no es capaz de decir nada sobre la luna. No, ¡estudia de manera que lo comprendas todo! Estudia latín, francés, alemán..., geografía, por supuesto, historia, teología, filosofía y matemáticas... Y cuando hayas aprendido todo eso, sin apresurarte, rezando y aplicándote, empieza a trabajar. Cuando lo sepas todo, se te abrirán todos los caminos. No tienes más que estudiar y confiar en la gracia divina. Ya se encargará Dios de hacerte saber si debes ser médico, juez o ingeniero...

El padre Jristofor untó de caviar un pedazo de pan, se lo llevó a la boca y dijo:

—El apóstol Pablo dice: «No os apliquéis en doctrinas extrañas y diversas». Naturalmente, para aprender magia, herejías, el arte de invocar a los espíritus del otro mundo, como Saúl, o ciencias cuyo estudio no proporciona ningún beneficio ni a uno mismo ni a los otros, es mejor no estudiar. Sólo hay que ocuparse de lo que Dios ha bendecido. Fíjate bien: los santos apóstoles hablaban todas las lenguas, de modo que estudia lenguas; Basilio el Grande estudió matemáticas y filosofía: apréndelas también tú; san Néstor escribió historia: trata, por tanto, de escribir historia. Debes tener siempre presentes a los santos...

El padre Jristofor bebió un trago de su platillo, se secó los bigotes y movió la cabeza.

—¡Bueno! —dijo—. Yo he sido educado a la antigua y he olvidado muchas cosas, pero aun así vivo de modo bien distinto a muchos otros. No puede ni compararse. Por ejemplo, en sociedad, si durante una comida o una reunión hago una cita en latín o cuento una anécdota histórica o filosófica, eso causa placer a las otras personas y también a mí mismo... O cuando el tribunal del distrito se reúne y es necesario prestar juramento, todos los otros sacerdotes se sienten cohibidos, mientras que yo trato a los jueces, a los procuradores y a los abogados con total familiaridad: hablo de forma erudita, tomo el té con ellos, me río, les hago preguntas sobre cosas que ignoro... Y eso a ellos les agrada. Así es, hijo mío... La instrucción es la luz y la ignorancia las tinieblas. ¡Estudia! Ya sé que resulta duro: en estos tiempos la instrucción resulta cara... Tu madre es viuda, vive de una pensión, pero...

Al llegar a este punto, el padre Jristofor dirigió una mirada temerosa a la puerta y añadió en un susurro:

—Iván Ivánich te ayudará. No te abandonará. Como no tiene hijos, se ocupará de ti. No te preocupes.

Adoptó una expresión seria y susurró en voz aún más baja:

—Pero escúchame bien, Georgui. Que Dios te proteja de olvidar a tu madre y a Iván Ivánich. Los mandamientos ordenan honrar a la madre; en cuanto a Iván Ivánich, es tu benefactor y ocupa el lugar de tu padre. Si te conviertes en un sabio y,

¡no lo permita Dios!, comienzas a despreciar a los demás porque son menos cultos que tú y los desatiendes, ¡qué desgracia, qué desgracia!

El padre Jristofor levantó la mano y repitió con voz aguda:

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Le había cogido el gusto a su propio discurso y habría continuado hasta la hora del almuerzo, pero de pronto la puerta se abrió e Iván Ivánich entró en la habitación. El tío se apresuró a dar los buenos días, se sentó a la mesa y se abalanzó sobre su taza de té.

—Bueno, ya he arreglado todos mis asuntos —exclamó—. Podría partir hoy mismo, pero todavía tengo que ocuparme de Yegor. Hay que instalarlo en alguna parte. Mi hermana me dijo que una amiga suya, Nastasia Petrovna, vive aquí; tal vez pueda alojarlo en su apartamento.

Iván Ivánich hurgó en su cartera, sacó una carta arrugada y leyó:

—«Calle Málaia Nízhaia, Natasia Petrovna Toskunova, propietaria». Habrá que buscarla ahora mismo. ¡Más preocupaciones!

Nada más terminar el té, Iván Ivánich y Yegorushka salieron de la posada.

—¡Más preocupaciones! —farfullaba el tío—. Te has pegado a mí como una lapa y no hay manera de perderte de vista. Vosotros sólo pensáis en los estudios y en el gran mundo, pero a mí no me dais más que trabajo...

Cuando atravesaron el patio, los carros y los carreteros ya no estaban: habían partido por la mañana temprano para el embarcadero. En un rincón apartado del patio destacaba la negra silueta de la conocida calesa; a su lado estaban los caballos bayos, comiendo avena.

«¡Adiós, calesa!», pensó Yegorushka.

Primero tuvieron que subir por un empinado bulevar, luego atravesaron la vasta plaza del mercado; allí Iván Ivánich preguntó a un guardia municipal por la calle Málaia Nízhaia.

—¡Ah, no queda cerca! —respondió sonriente el guardia—. Está allí, cerca de los pastos.

Por el camino encontraron varios coches de alquiler, pero Iván Ivánich sólo se permitía el exceso de viajar en coche en casos muy excepcionales y en fiestas especialmente señaladas. Tío y sobrino caminaron largo rato por calles pavimentadas; luego pasaron por otras que no tenían calzada, sólo aceras, y finalmente fueron a parar a caminos sin aceras ni calzada. Cuando las piernas y la lengua les llevaron hasta la calle Málaia Nízhaia, ambos estaban rojos. Se quitaron el sombrero y se secaron el sudor.

—Dígame, por favor —exclamó Iván Ivánich, dirigiéndose a un anciano que estaba sentado a la puerta de una tienda—, ¿dónde se encuentra la casa de Nastasia Petrovna Toskunova?

—Aquí no vive ninguna Toskunova —respondió el anciano tras una pausa—. ¿No se referirá a Timoshenko?

—No, es Toskunova...

—Perdone, pero aquí no vive ninguna Toskunova...

Iván Ivánich se encogió de hombros y siguió su camino.

—¡No busque más! —le gritó el anciano desde atrás—. ¡Si le digo que no hay ninguna Toskunova es que no hay ninguna Toskunova!

—Escucha, abuela —dijo Iván Ivánich dirigiéndose a una vieja que vendía pipas de girasol y peras en una esquina—, ¿está por aquí la casa de Nastasia Petrovna Toskunova?

La vieja le miró con sorpresa y se echó a reír.

—¿Acaso Nastasia Petrovna vive en su propia casa? —exclamó—. ¡Señor, hace ya unos ocho años que casó a su hija y dejó la casa a su yerno! Es su yerno quien la habita ahora.

Y sus ojos decían: «¿Cómo es posible, idiotas, que no sepáis una cosa tan sencilla?».

—¿Y dónde vive ahora? —preguntó Iván Ivánich.

—¡Señor! —exclamó sorprendida la vieja, levantando los brazos—. ¡Lleva mucho tiempo viviendo en un apartamento alquilado! ¡Hará unos ocho años que su casa la habita su yerno! ¡No se entera usted!

Probablemente esperaba que Iván Ivánich también se sorprendiera y exclamara: «¡No puede ser!», pero este, con una gran tranquilidad, le preguntó:

—¿Y dónde se encuentra su apartamento?

La vendedora se remangó y, gesticulando con su brazo desnudo, se puso a gritar con una voz aguda y estridente:

—Vaya todo recto, recto, recto... Cuando pase una casita roja, aparecerá a mano izquierda un callejón. Entre en él y busque la tercera puerta de la derecha.

Iván Ivánich y Yegorushka llegaron a la casita roja, giraron a la izquierda en el callejón y se dirigieron a la tercera puerta de la derecha. A ambos lados de la puerta gris y muy vieja se extendía una cerca grisácea y con grandes grietas; la parte derecha de la cerca mostraba una marcada inclinación hacia delante y amenazaba con derrumbarse; la parte izquierda se torcía hacia el interior del patio, mientras el portón se mantenía derecho, como meditando de qué lado caer. Iván Ivánich abrió la cancela y entró con Yegorushka en un amplio patio cubierto de maleza y lampazos. A cien pasos del portón se alzaba una casita de tejado rojo y postigos verdes. En el medio del patio había una mujer corpulenta, remangada y con un delantal recogido, que esparcía alguna cosa por el suelo y gritaba con una voz tan aguda y estridente como la de la vendedora:

—¡Pi!... ¡Pi! ¡Pi!

Detrás de ella había un perro de pelo rojizo con las orejas puntiagudas. Nada más ver a los recién llegados, corrió hasta la cancela y se puso a ladrar con voz de tenor (todos los perros de pelo rojizo ladran como tenores).

—¿Quiénes son ustedes? —gritó la mujer, protegiéndose del sol con una mano.

—¡Buenos días! —gritó también Iván Ivánich, apartando al perro con el bastón—. Dígame, por favor, ¿vive aquí Nastasia Petrovna Toskunova?

—¡Así es! ¿Qué desean?

Iván Ivánich y Yegorushka se aproximaron a la mujer, que les miró con aire receloso y repitió:

—¿Qué desean?

—¿No será usted Nastasia Petrovna?

—¡Sí, soy yo!

—Encantado de conocerla... Su vieja amiga Olga Ivánovna Kniázev le envía sus respetos. Este es su hijo. A mí tal vez me recuerde. Soy su hermano Iván Ivánich... Usted es paisana nuestra. Nació y se casó en la aldea de N.

Se produjo un silencio. La mujer corpulenta miró con aire aturdido a Iván Ivánich, como si no le creyera o no le comprendiera; luego se ruborizó y levantó los brazos al cielo. De su mandil cayeron unos granos de avena; de sus ojos brotaron algunas lágrimas.

—¡Olga Ivánovna! —chilló, respirando con dificultad por la emoción—. ¡Mi amiga del alma! ¡Ay, Dios mío! Pero ¿qué hago aquí como una tonta? Mi angelito querido...

Abrazó a Yegorushka, le mojó el rostro con sus lágrimas y estalló en sollozos.

—¡Señor! —exclamó, retorciéndose las manos—. ¡El hijo de Olga! ¡Qué alegría! ¡Es igualito que su madre! ¡Cómo se parece! Pero ¿qué hacen ahí en el patio? ¡Hagan el favor de entrar!

Llorando, jadeando y sin dejar de hablar, se dirigió a la casa; los huéspedes la siguieron.

—¡Tengo la casa sin arreglar! —exclamó, mientras los introducía en una sala pequeña y sofocante, recargada de iconos y macetas con flores—. ¡Ah, Reina de los cielos! ¡Vasilisa, ven a abrir al menos los postigos! ¡Angelito mío! ¡Tesoro querido! ¡No sabía que Olga tuviera un niño tan guapo!

Cuando se tranquilizó y se habituó a los huéspedes, Iván Ivánich le pidió hablar a solas con ella. Yegorushka pasó a otra habitación, en la que había una máquina de coser y tantos iconos y flores como en el salón; junto a la ventana colgaba una jaula con un estornino. Cerca de la máquina, completamente inmóvil, había una muchacha atezada, con unas mejillas tan llenas como las de Tit y un vestido muy limpio de percal. Miraba a Yegorushka sin pestañear, con evidente azoramiento. El muchacho estuvo un rato observándola y finalmente le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

La muchacha movió los labios, adoptó una expresión llorosa y respondió en voz baja:

—Atka...

Es decir, Katka.

—Se hospedaré en su casa —susurraba en el salón Iván Ivánich—, si es usted tan amable, y nosotros le pagaremos diez rublos al mes. Es un muchacho tranquilo, nada mimado...

—¡No sé qué decirle, Iván Ivánich! —suspiró Nastasia Petrovna con voz llorosa—. Diez rublos es una buena suma, pero me da miedo ocuparme de un niño ajeno. Si cae enfermo o pasa alguna otra cosa...

Cuando llamaron a Yegorushka de nuevo al salón, Iván Ivánich ya estaba de pie, con el sombrero en las manos, y se despedía.

—Bueno, en ese caso, se queda en su casa —dijo—. ¡Adiós! ¡Te quedas aquí, Yegor! —exclamó, dirigiéndose a su sobrino—. Pórtate bien, obedece a Nastasia Petrovna... ¡Adiós! Volveré mañana.

Y se marchó. Nastasia Petrovna volvió a abrazar a Yegorushka, le llamó angelito y toda llorosa empezó a poner la mesa. Al cabo de tres minutos Yegorushka estaba sentado a su lado, respondía a sus interminables preguntas y comía una sopa de repollo caliente y grasienta.

Por la noche se sentó a la misma mesa y, apoyando la cabeza en la mano, escuchó a Nastasia Petrovna. Tan pronto riendo como llorando, la mujer le habló de la juventud de su madre, de su propia boda y de sus hijos... Un grillo cantaba en la estufa y apenas se oía el zumbido del quemador de la lámpara. La dueña de la casa hablaba en voz baja y por culpa de la agitación se le caía a cada momento el dedal, que Katia, su nieta, iba a buscar bajo la mesa, donde pasaba largo rato, probablemente examinando las piernas del muchacho. Yegorushka escuchaba amodorrado y observaba el rostro de la vieja, su verruga poblada de pelos, los rastros de sus lágrimas... ¡Se sentía triste, enormemente triste! Le prepararon el lecho sobre un cofre y le dijeron que si tenía hambre por la noche, sólo tenía que salir al pasillo y coger un pedazo de pollo que había sobre la ventana, cubierto con un plato.

A la mañana siguiente Iván Ivánich y el padre Jristofor vinieron a despedirse. Nastasia Petrovna se alegró mucho de la visita y se dispuso a preparar el samovar, pero Iván Ivánich, que tenía mucha prisa, hizo un gesto con la mano y dijo:

—¡No tenemos tiempo de tomar el té! Nos vamos ahora mismo.

Antes de la despedida, todos se sentaron y guardaron silencio durante un instante. Nastasia Petrovna daba profundos suspiros y miraba los iconos con ojos llorosos.

—Bueno —dijo Iván Ivánich, poniéndose en pie—. Así pues, te quedas aquí...

Por un momento de su rostro desapareció la sequedad del hombre de negocios; se

ruborizó, sonrió con aire triste y exclamó:

—Pon atención y estudia... No te olvides de tu madre y haz caso a Nastasia Petrovna... Si estudias bien, Yegor, no te desampararé.

Sacó del bolsillo el monedero, dio la espalda a Yegorushka, estuvo un buen rato revolviendo las menudas monedas y tras encontrar una pieza de diez kopeks se la entregó. El padre Jristofor suspiró y, con gran parsimonia, bendijo a Yegorushka.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Estudia —exclamó—. Esfuérzate, hijo... Si muero, reza por mí. Acepta también estos diez kopeks de mi parte...

Yegorushka le besó la mano y se echó a llorar. Una voz secreta le susurraba, desde el fondo de su alma, que jamás volvería a ver a ese anciano.

—Ya he presentado la solicitud de ingreso en el instituto, Nastasia Petrovna —dijo Iván Ivánich, con un tono de voz como si en la habitación hubiera un difunto—. El siete de agosto le llevará usted a hacer el examen... ¡Bueno, adiós! Quedad con Dios. ¡Adiós, Yegor!

—Pero ¿no van a tomar una taza de té? —gemía Nastasia Petrovna.

Las lágrimas que velaban sus ojos impidieron a Yegorushka ver salir a su tío y al padre Jristofor. Corrió a la ventana, pero en el patio ya no había nadie; el perro de pelo rojizo, que había ladrado unos momentos antes, regresaba de la cancela con la expresión del deber cumplido. Sin saber por qué, Yegorushka abandonó su lugar y salió corriendo de la habitación. Cuando llegó a la cancela, Iván Ivánich y el padre Jristofor, el primero moviendo su vara provista de gancho y el segundo blandiendo su bastón, doblaban la esquina. Yegorushka sintió que con esas personas se desvanecía para siempre, como humo, toda su existencia anterior; se dejó caer, agotado, sobre un banco y acogió con lágrimas amargas esa vida nueva y desconocida que empezaba para él...

¿Qué le depararía?

EN EL BARRANCO

I

La aldea de Ukléievo se asentaba en un barranco, por lo que desde la carretera y la estación de ferrocarril sólo se divisaban el campanario y las chimeneas de las fábricas textiles. Cuando algún viajero preguntaba qué aldea era esa, se le respondía:

—Aquella en la que el sacristán se comió todo el caviar en un entierro. Pues en cierta ocasión, en el funeral del fabricante Kostiukov, el viejo sacristán, tras ver entre los entremeses una fuente de caviar, se lo comió todo con avidez; trataron de hablarle, de cogerle por la manga, pero parecía fuera de sí a causa del arrobamiento: no se enteraba de nada y se limitaba a comer. Se comió todo el caviar, y eso que había unas cuatro libras.

Había pasado mucho tiempo desde entonces y el sacristán había muerto tiempo atrás, pero aún se seguía recordando el suceso del caviar. Debía de ser que la vida local era en extremo pobre o que la gente sólo había reparado en ese suceso insustancial, que había acontecido diez años antes, pues era lo único que se comentaba a propósito de Ukléievo.

En la aldea no habían desaparecido las epidemias de fiebres e incluso en verano había una espesa capa de barro, especialmente junto a las cercas, sobre las que se inclinaban los viejos sauces, proyectando su ancha sombra. El lugar siempre olía a los desechos de las fábricas y a ácido acético, que se utilizaba en la elaboración del percal. Las fábricas —tres de percal y una de pieles— no se encontraban en la aldea, sino junto a ella, a una cierta distancia. Eran fábricas pequeñas, que empleaban en total a cerca de cuatrocientos trabajadores, no más. Por culpa de la fábrica de pieles, el agua del río a menudo hedía; los desechos contaminaban las praderas y el ganado de los campesinos sufría de carbunco, por lo que sobre la fábrica pesaba una orden de cierre. De hecho se consideraba que estaba cerrada, pero seguía funcionando en secreto, con conocimiento del comisario de policía del distrito y del médico de la región, a los que el propietario pagaba una cantidad de diez rublos al mes. En toda la aldea sólo había dos casas bien construidas, de piedra, con techumbre de metal; una de ellas alojaba a la administración provincial, mientras en la otra, una vivienda de dos plantas, situada frente a la iglesia, vivía Grigori Petrov Tsibukin, el ricacho del lugar.

Grigori era propietario de una tienda de comestibles, que sólo le servía para salvar las apariencias; en realidad, se dedicaba a comerciar con vodka, ganado vacuno, pieles, semillas y cerdos; comerciaba con todo lo que fuera menester y cuando, por ejemplo, en el extranjero había demanda de plumas para los sombreros de mujer, pagaba treinta kopeks por cada pareja de urracas; también talaba los bosques y daba

dinero a crédito; en general, podía decirse de él que era un viejo despierto.

Tenía dos hijos. El mayor, Anísim, trabajaba en la policía secreta, por lo que iba poco por casa. El pequeño, Stepán, se ocupaba de la parcela comercial y ayudaba a su padre, aunque poca ayuda se podía esperar de él, pues era sordo y de débil salud; su esposa, Aksinia, una mujer hermosa y esbelta que iba a las fiestas con sombrero y sombrilla, se levantaba temprano, se iba tarde a la cama y se pasaba el día entero trajinando, con la falda recogida y un rumor de llaves, ya en el granero, en el almacén o en la tienda; el viejo Tsibukin la contemplaba con satisfacción, con ojos brillantes, y en esos momentos se lamentaba de que no estuviera casada con su hijo mayor, sino con el pequeño, un sordo que no era capaz de apreciar la belleza femenina.

El viejo siempre sintió inclinación por la vida familiar; amaba a su familia por encima de todas las cosas, especialmente a su hijo mayor, que trabajaba en la policía secreta, y a su nuera. Poco después de casarse con el sordo, Aksinia demostró una diligencia extraordinaria, y al poco tiempo ya sabía a quién se podía entregar dinero a crédito y a quién no, custodiaba las llaves, que no confiaba ni a su propio marido, hacía cálculos con el ábaco, inspeccionaba los dientes de los caballos, lo mismo que un mujik, y no paraba de reír y lanzar gritos; e hiciera lo que hiciese y dijera lo que dijese, el viejo se conmovía y murmuraba:

—¡Muy bien, nuera! Muy bien, bonita, madrecita...

Tsibukin era viudo, pero un año después de la boda del hijo no pudo contenerse y decidió casarse. A treinta kilómetros de Ukléievo le encontraron una muchacha, Varvara Nikoláievna, de buena familia, ya madura, pero bella y de buen ver. En cuanto se instaló en su habitación, en la planta de arriba, todo pareció iluminarse en la casa, como si en todas las ventanas hubieran colocado cristales nuevos. Las lamparillas empezaron a lucir, las mesas se cubrieron de unos manteles tan blancos como la nieve, en los alféizares de las ventanas y en el jardincillo delantero aparecieron flores de rojas corolas, y ya no se comía de una escudilla común, sino que cada uno tenía su plato. Varvara Nikoláievna sonreía con gracia y ternura, y parecía como si la casa entera sonriera. Y en el patio, que antes se hallaba completamente desierto, empezaron a verse pobres, peregrinos y romeros; bajo las ventanas se escuchaban las voces lastimeras y cantarinas de las mujeres de Ukléievo y las toses culpables de los débiles y demacrados mujiks, expulsados de la fábrica por embriaguez. Varvara les daba dinero, pan y ropa vieja; más tarde, una vez habituada a la casa, empezó a abastecerse de la tienda. En una ocasión el sordo vio cómo sacaba dos paquetes de té y se quedó perplejo.

—Mamá se ha llevado dos paquetes de té —le informó después a su padre—. ¿Dónde hay que anotarlos?

El viejo no le respondió; se puso en pie, permaneció un rato pensativo, moviendo las cejas, y, finalmente, subió a la habitación de su mujer.

—Varvarushka, si necesitas algo de la tienda, madrecita —le dijo con ternura—, ve y cógelo. Cógelo con toda confianza, sin temor.

Y al día siguiente el sordo, al tiempo que atravesaba el patio, le gritó:

—¡Madrecita, si necesita algo, cójalo!

La entrega de limosnas constituía algo nuevo, alegre y ligero, lo mismo que las lamparillas y las flores rojas. Cuando durante la víspera de la vigilia o la fiesta del patrón, que se prolongaba durante tres días, se vendía a los mujiks carne salada podrida, con un olor tan repugnante que resultaba difícil estar junto al tonel, y se aceptaba como pago que los borrachos depositaran en prenda sus guadañas, sus gorras o los pañuelos de sus mujeres; o cuando los obreros de la fábrica, entontecidos por el vodka adulterado, se revolcaban en el barro, y el pecado parecía espesarse en el aire como niebla, la idea de que allí mismo, en la casa, vivía una mujer discreta y limpia, que no tenía nada que ver con la carne salada ni con el vodka, hacía que todo fuera más fácil de sobrellevar; en esos días nublados y pesados, sus limosnas tenían el mismo efecto que la válvula de escape de una maquinaria.

En casa de Tsibukin todos estaban siempre ocupados. Antes de que saliera el sol ya se oían los resoplidos de Aksinia, que lavaba en el zaguán, y el samovar bullía y zumbaba en la cocina, anunciando algo malo. El viejo Grigori Petrov, vestido con una larga levita negra y unos pantalones de percal, y calzado con unas botas altas y brillantes, se paseaba, limpio y pequeño, por las habitaciones, haciendo sonar los tacones, como el suegro de una conocida canción. Abrían la tienda. Cuando empezaba a lucir el sol sacaban al porche un pequeño carruaje y el viejo, rejuvenecido, se sentaba en él, calándose su gran gorro hasta las orejas; nadie que lo viera entonces pensaría que tenía cincuenta y seis años. Lo acompañaban su mujer o su nuera; en esos momentos, cuando iba vestido con una levita limpia y cara y al coche habían enganchado un enorme y lustroso potro que había costado trescientos rublos, al viejo no le gustaba que se le acercaran los mujiks con sus peticiones y sus lamentos; odiaba y desdeñaba a los mujiks, y, si veía a alguno parado junto al camino, le gritaba con ira:

—¿Qué haces ahí? ¡Sigue tu camino!

O gritaba, si se trataba de un pordiosero:

—¡Dios proveerá!

Se dirigía a sus asuntos; su mujer, vestida con un delantal oscuro, negro, arreglaba la habitación o ayudaba en la cocina. Aksinia se ocupaba de la tienda; en el patio se oía cómo tintineaban las botellas y las monedas, cómo Aksinia se reía o gritaba y cómo se enfadaban los compradores a los que ofendía; al mismo tiempo, podía percibirse que en la tienda ya había comenzado la venta clandestina de vodka. El sordo también se quedaba en la tienda, o bien paseaba por la calle, sin gorra, con las manos en los bolsillos, contemplando con descuido las isbas o levantando la vista al

cielo. Los habitantes de la casa bebían té unas seis veces al día y unas cuatro se sentaban a la mesa para comer; por la noche calculaban y anotaban las ganancias, y después se quedaban profundamente dormidos.

Las tres fábricas de percal de Ukléievo, así como las viviendas de los fabricantes, los Jrimin mayores, los Jrimin menores y Kostiukov, estaban comunicadas por el teléfono. También instalaron un teléfono en la administración provincial, pero pronto dejó de funcionar, ya que en él aparecieron chinches y cucarachas. El jefe de la administración era hombre poco instruido y en los documentos escribía todas las palabras con letras mayúsculas, pero cuando se estropeó el teléfono exclamó:

—Sí, ahora que estamos sin teléfono todo será más difícil.

Los Jrimin mayores estaban pleiteando continuamente con los Jrimin menores y estos, a su vez, discutían en ocasiones entre ellos e iniciaban pleitos; cuando eso sucedía su fábrica permanecía parada durante unos dos meses, hasta que volvían a reconciliarse, lo que distraía a los habitantes de Ukléievo, ya que con ocasión de cada discusión se producían muchas conversaciones y chismorreos. Durante las fiestas Kostiukov y los Jrimin menores adornaban un carruaje, con el que atravesaban a toda velocidad las calles de Ukléievo, atropellando a algún ternero. Aksinia, engalanada con una susurrante falda almidonada y sus mejores ropas, se paseaba por la calle, cerca de la tienda. Los Jrimin menores la cogían y se la llevaban, al parecer por la fuerza. Entonces salía también el viejo Tsibukin, para mostrar su nuevo caballo, llevando a Varvara consigo.

Por la noche, después del paseo en coche, cuando la gente ya dormía, en el patio de los Jrimin menores se oían los sonos de un caro acordeón; y si había luna, esos sonidos causaban alegría y emoción en el alma, y Ukléievo dejaba de parecer un agujero.

II

El hijo mayor, Anísim, rara vez iba por la casa, sólo con ocasión de alguna fiesta señalada, pero a menudo enviaba por medio de los lugareños regalos y cartas, escritas con una caligrafía ajena, muy bella, siempre en una hoja de papel de barba, al estilo de una petición. Las cartas estaban llenas de expresiones que Anísim no utilizaba en su habla: «Queridos mamá y papá, os envío una libra de té de flores para satisfacción de vuestras necesidades físicas».

En la parte inferior de cada carta había sido pergeñado, como con una pluma estropeada: «Anísim Tsibukin», y debajo de esas palabras, de nuevo con la misma excelente caligrafía: «Agente».

Las cartas se leían en voz alta varias veces, y el viejo, emocionado, rojo de emoción, exclamaba:

—Bueno, no quiso vivir en casa, se decidió por la instrucción. ¡Qué se le va a hacer! Cada uno debe seguir su inclinación.

En una ocasión, antes de carnaval, cayó una fuerte lluvia con granizo; el viejo y Varvara se acercaron a la ventana para contemplar el temporal y vieron llegar a Anísim en un trineo, procedente de la estación. No le esperaban en absoluto. Entró en la habitación, inquieto y alarmado por algo, y así estuvo todo el tiempo; la despreocupación que mostraba y la poca prisa que se daba por regresar parecían indicar que lo habían destituido de su puesto. Varvara se alegró de su llegada; le miraba con aire risueño, suspiraba y meneaba la cabeza.

—¿Cómo es eso, padrecito? —decía—. El mozo ya ha cumplido veintiocho años y sin embargo sigue soltero. Ay, ay, ay...

En la habitación de al lado se oía su habla tranquila y regular: «Ay, ay, ay». Cuando hablaba en susurros con el viejo y con Aksinia, los rostros de estos también adoptaban una expresión de astucia y secreto, como si estuviesen conspirando.

Decidieron casar a Anísim.

—¡Ay, ay, ay!... Tu hermano menor ya hace tiempo que se ha casado —decía Varvara—, y tú sigues sin pareja, como un gallo en un mercado. Pero ¿cómo es eso? Cásate, Dios mediante, donde quieras; te irás al trabajo y tu mujer se quedará en casa, sirviéndote. Vives de manera desordenada, muchacho, y has olvidado, lo veo bien, todas las reglas. Ay, ay, ay, es un pecado que sigas viviendo para ti solo, para los habitantes de la ciudad.

Como eran ricos, los Tsibukin elegían, cuando se casaban, las novias más bellas. También para Anísim encontraron una mujer bella. En cuanto a él, tenía un aspecto poco agraciado y poco interesante; además de su condición débil, enfermiza, y de su

pequeña estatura, tenía unas mejillas rollizas, hinchadas, como si estuvieran llenas de aire; los ojos no parpadeaban, y su mirada era penetrante; tenía la barba rala, bermeja, y cuando se quedaba pensativo, se la metía en la boca y se la mordía; además, bebía con frecuencia, lo que resultaba visible en su cara y en su modo de andar. Pero, cuando le comunicaron que ya le habían encontrado una novia muy bella, exclamó:

—Bueno, tampoco yo soy feo. Nosotros, los Tsibukin, somos todos guapos.

Junto a la ciudad se asentaba la aldea de Torgúyevo. Una mitad de ella se había unido recientemente a la ciudad; la otra seguía siendo una aldea. En esa primera parte, en una casa de su propiedad, vivía una viuda que tenía una hermana, sumida en la mayor pobreza, que trabajaba como jornalera; esa hermana tenía una hija llamada Lipa, una muchacha que también trabajaba como jornalera. Sobre la belleza de Lipa se hablaba ya en Torgúyevo, y a todos apenaba su extrema necesidad; se pensaba que algún novio maduro o viudo se casaría con ella, sin prestar atención a su pobreza, o se la llevaría a vivir con él «sin más», aliviando también la situación de la madre. Varvara ya había oído hablar de ella a las casamenteras y decidió ir a Torgúyevo.

Más tarde, en casa de la tía, se aparejó la primera visita del novio de la manera preceptiva, es decir, con aperitivos y vino. Lipa llevaba un vestido nuevo de color rosa, cosido de manera expresa para la entrevista; y una cintita escarlata destellaba, lo mismo que una llama, en su cabello. Era una muchacha delgada, débil, de rasgos delicados y finos, con la piel atezada a causa del trabajo al aire libre; una sonrisa triste y tímida no se borraba nunca de sus labios, y sus ojos tenían una mirada infantil, llena de confianza y de curiosidad.

Era joven, aún una muchacha, con el pecho apenas desarrollado, pero la boda era posible, pues había cumplido ya la edad necesaria. Era en verdad hermosa; sólo una cosa podía desagradar en ella: sus grandes manos hombrunas, que ahora caían ociosas junto al cuerpo, como dos grandes tenazas.

—No importa que no tenga dote —le dijo el viejo a la tía—; la muchacha que elegimos para nuestro hijo Stepán también era de familia pobre, y ahora todos estamos encantados con ella. En la casa hace de todo; en definitiva, que no tiene precio.

Lipa estaba de pie junto a la puerta, como si quisiera exclamar: «Hagan conmigo lo que quieran: confío en ustedes»; mientras Praskovia, su madre jornalera, se ocultaba en la cocina, acobardada por el temor. En una ocasión, cuando era joven, un comerciante, en cuya casa limpiaba los suelos, se enfadó y se puso a patear delante de ella, asustándola muchísimo y dejándola aturdida; desde ese día, no había conseguido desterrar el miedo de su alma. Por culpa del miedo siempre le temblaban las manos y los pies; también le temblaban las mejillas. Sentada en la cocina, trataba de escuchar lo que decían los invitados, y no dejaba de santiguarse, apretando los dedos contra la frente y contemplando los iconos. Anísim, que estaba casi borracho,

abrió la puerta de la cocina y le dijo con desenvoltura:

—Pero ¿qué hace ahí sentada, mamáíta querida? Nos aburrimos sin usted.

Y Praskovia, intimidada, apretando los dedos contra su pecho ajado y seco, le respondió:

—No diga eso, señor... Estamos muy satisfechas con ustedes...

Poco después de la entrevista, se fijó la fecha de la boda. En la casa, Anísim se paseaba por las habitaciones y silbaba; a veces le asaltaba un recuerdo repentino y se quedaba pensativo e inmóvil, mirando con obstinación el suelo, como si quisiera penetrar con la mirada en lo hondo de la tierra. No mostraba ninguna satisfacción por su próxima boda, prevista para después de la Pascua, ni deseos de ver a su novia, y se limitaba a silbar. Era evidente que sólo se casaba para satisfacer el deseo de su padre y de su madrastra, y para cumplir con la costumbre de la aldea: el hijo se casaba para que la mujer ayudara en la casa. No se daba prisa por marcharse y no se comportaba como en sus visitas anteriores: se mostraba especialmente desenfadado y decía cosas que no venían a cuento.

III

En la aldea de Shikalova vivían dos costureras, dos hermanas que pertenecían a la orden de los flagelantes. Les encargaron vestidos para la boda, por lo que a menudo iban a tomar medidas y se quedaban bastante rato tomando té. A Varvara le estaban cosiendo un vestido de color castaño con volantes rojos y abalorios y a Aksinia uno de color verde claro, con la pechera amarilla y con cola. Cuando las costureras terminaron su trabajo, Tsibukin les pagó, pero no con dinero, sino con mercancías de la tienda, por lo que las mujeres se marcharon tristes, llevando en las manos paquetes con velas de estearina y latas de sardinas que no necesitaban para nada; cuando abandonaron la aldea y se internaron en el campo, se sentaron en una pequeña colina y se echaron a llorar.

Anísim regresó tres días antes de la boda, vestido con ropas nuevas. Llevaba unos brillantes chanclos de caucho y un cordón rojo con adornos de plata en lugar de corbata; de sus hombros colgaba un abrigo también nuevo, echado sobre los hombros.

Tras pronunciar una solemne oración, saludó a su padre y le dio diez rublos de plata y diez monedas de cincuenta kopeks; a Varavara le entregó idéntica cantidad, y a Aksinia veinte monedas de veinticinco kopeks. El principal encanto de ese regalo residía en que todas las monedas, como si hubiesen sido elegidas a propósito, estaban nuevecitas y brillaban a la luz del sol. Tratando de parecer serio y solemne, Anísim tensaba los músculos del rostro e inflaba las mejillas. Despedía un fuerte olor a vino; probablemente había entrado en las cantinas de todas las estaciones. De nuevo se advertía en él cierta desenvoltura, cualidad extraña a su persona. Tras el reencuentro, Anísim y el viejo bebieron vino y comieron, mientras Varvara examinaba los rublos nuevecitos que tenía entre las manos y hacía preguntas sobre los paisanos que vivían en la ciudad.

—Nada nuevo, gracias a Dios. Todos están bien —exclamó Anísim—. Sólo se han producido novedades en la vida familiar de Iván Yégorov: se le murió la vieja, Sofía Nikíforovna. De tuberculosis. El banquete fúnebre en honor de la difunta se celebró en una pastelería, a dos rublos cincuenta por persona. Incluso hubo vino. Qué mujiks están hechos nuestros paisanos; también ellos pagaron dos rublos cincuenta, pero no comieron nada. ¡Sólo un mujik puede comprenderlo!

—¡Dos rublos cincuenta! —exclamó el viejo y meneó la cabeza.

—¿De qué te extrañas? Eso no es una aldea. Entrás en un restaurante a comer alguna cosa, preguntas por alguien, se te unen unos amigos, empiezas a beber, y cuando quieres darte cuenta ya está amaneciendo; así que a la hora de pagar sale a

tres o cuatro rublos por persona. Y si estás con Samoródov hay que pedir al final de la comida un café con coñac; y una copa de coñac cuesta sesenta kopeks.

—Mentira —exclamó el viejo lleno de asombro—. Todo es mentira.

—Ahora paso todo el tiempo con Samoródov. Es él quien escribe las cartas que os mando. Escribe de una manera extraordinaria. Si yo le contara, mamaíta —prosiguió animado Anísim, dirigiéndose a Varvara—, qué clase de persona es ese Samoródov, no se lo creería. Todos nosotros le llamamos Muhtar, porque es como los armenios: completamente negro. Lo conozco muy bien; podría hablar de sus asuntos como de mi propia mano, mamaíta; él se da cuenta de ello y me sigue a todas partes, no se separa de mí, por lo que somos como uña y carne. A él parece desagradarle esa situación, pero no puede vivir sin mí. Allí adonde voy yo, va él. Tengo un ojo seguro, infalible, mamaíta. Veo en medio de la multitud a un mujik que vende una camisa y digo: ¡Alto, esa camisa es robada! Y así es en realidad: la camisa ha sido robada.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Varvara.

—No necesito nada para saberlo, mi ojo es así. Jamás he visto esa camisa, pero por alguna razón me siento atraído por ella: es robada, eso es todo. En la comisaría se dice lo siguiente: «¡Bueno, ya se ha ido Anísim a cazar chochas!». Lo que quiere decir: a buscar mercancía robada. Sí... Cualquiera puede robar algo, pero luego hay que esconderlo. La tierra es grande, pero no hay dónde ocultar la mercancía robada.

—Aquí en la aldea la semana pasada se les llevaron a los Guntórev un carnero y dos corderos —exclamó Varvara y suspiró—. Y nadie puede encontrarlos... Ay, ay, ay...

—¿Cómo que no? Claro que es posible encontrarlos. Claro que es posible.

Llegó el día de la boda. Un día de abril frío, pero luminoso y alegre. Las troikas y los coches de dos caballos, con cintas multicolores en los arneses y en las crines de las bestias, empezaron a llegar a Ukléievo desde por la mañana temprano, haciendo sonar sus campanillas. En los sauces graznaban los grajos, inquietos a causa de tanto movimiento, y los estorninos piaban sin cesar con todas sus fuerzas, como si se alegraran de que en Ukléievo hubiera una boda.

Dentro de la casa, en las mesas, había ya largos pescados, jamón y aves rellenas, fuentes con arenques, salazones y escabeches variados y gran cantidad de botellas de vodka y de vino; olía a salchichón curado y a langostas en vinagre. El viejo se paseaba por los alrededores de las mesas, haciendo sonar sus tacones y afilando los cuchillos. Llamaba a gritos a Varvara a cada instante, requiriéndole alguna cosa; y ella, desconcertada, respirando con dificultad, iba corriendo a la cocina, donde trajinaban desde el amanecer el cocinero de Kostiukov y la cocinera de los Jrimin menores. Aksinia pasaba como un torbellino por el patio, con el pelo rizado y sin vestir, ataviada sólo con el corsé y unos crujientes botines nuevos, y en su carrera sólo dejaba ver sus rodillas desnudas y su pecho. Había un gran alboroto; se oían

juramentos y blasfemias; los transeúntes se paraban ante las puertas, abiertas de par en par; y en todo se advertía que se preparaba algo extraordinario.

—¡Han ido a por la novia!

Las campanillas sonaban y enmudecían en la lejanía, más allá de las aldeas... A las tres empezó a llegar la gente: de nuevo se dejaron oír las campanillas. Trajeron a la novia. La iglesia ya estaba llena, ardían las velas en el candelabro, el coro empezó a cantar cuando lo solicitó el viejo Tsibukin. El destello de las llamas y de los brillantes vestidos cegaba a Lipa; tenía la sensación de que los cantantes estuvieran golpeándole en la cabeza con sus fuertes voces como si fueran martillos; le oprimían los botines y el corsé, que llevaba por primera vez en su vida, y por la expresión de su cara parecía que acabara de volver en sí de un desvanecimiento: miraba y no comprendía nada. Anísim, que lucía una levita negra y un cordón rojo en lugar de corbata, estaba pensativo y miraba un punto fijo; cuando los miembros del coro empezaron a cantar con recias voces, se santiguó con movimientos rápidos. Estaba conmovido y sentía deseos de llorar. Conocía aquella iglesia desde su más tierna infancia: su difunta madre le llevaba allí para que comulgara y él cantaba en el coro con los otros muchachos; recordaba perfectamente cada rincón de la iglesia, cada uno de los iconos. Se estaba celebrando la ceremonia de su boda: necesitaba casarse para llevar una vida ordenada; pero él no pensaba en eso; en cierta manera, parecía no recordar, haberse olvidado por completo de la boda. Las lágrimas le impedían ver los iconos; sentía una cierta opresión en el corazón. Rezaba y le pedía a Dios que las desgracias inevitables que estaban a punto de caer sobre él aguardaran unos días o pasaran de largo, como las nubes de tormenta que en los tiempos de sequía pasaban de largo por la aldea, sin descargar una sola gota de agua. Tantos pecados se acumulaban ya en su tiempo, tantos pecados, que no había enmienda ni salida posible: incluso era absurdo pedir perdón. Pero él lo pedía, incluso sollozaba en voz alta, pero nadie le prestaba atención, pues pensaban que estaba borracho.

Se oyó un inquieto llanto infantil:

—¡Mamaíta, sácame de aquí, por favor!

—Silencio —gritó el sacerdote.

Durante el camino de regreso, la gente corría detrás; también se arremolinaba la multitud en los alrededores de la tienda, cerca de las puertas y en el patio, bajo las ventanas. Vinieron mujeres a dar la enhorabuena. En cuanto los jóvenes traspasaron el umbral, los cantantes, que ya se encontraban en el zaguán con sus partituras, empezaron a cantar en voz alta, con todas sus fuerzas; tocaban una música enviada a propósito desde la ciudad. Sirvieron vino espumoso del Don en altas copas y el carpintero contratista Elizárov, un viejo alto y delgado, con unas cejas tan espesas que apenas se le veían los ojos, dijo, dirigiéndose al joven:

—Anísim, muchacho, amaos el uno al otro, vivid de acuerdo con los preceptos de

Dios, muchacho, y la Reina de los Cielos no os desamparará —luego se apoyó en el hombro del viejo Tsibukin, sollozó y exclamó con voz aguda—: ¡Grigori Petrov, lloremos, lloremos de alegría! —De pronto empezó a reírse a carcajadas y añadió bien fuerte, con voz de bajo—: ¡Jo, jo, jo! ¡Y qué guapa es la novia! Lo tiene todo en su sitio: es dulce, nunca se enfada, y tiene el mecanismo en perfecto estado, con todos los tornillos.

Era natural de la aldea de Yégorevski, pero trabajaba desde sus años mozos en las fábricas de Ukéievo y en el distrito, y se había habituado al lugar. Sus vecinos siempre le habían conocido así, viejo, enjuto y espigado, y todos le llamaban el Muleta. Tal vez debido a que llevaba más de cuarenta años reparando los mecanismos de las fábricas, se había habituado a juzgar los objetos y a las personas desde el punto de vista de su solidez, pensando si necesitaban algún tipo de reparación. Antes de sentarse a la mesa, estuvo probando varias sillas, para ver si eran sólidas, y también tocó el pescado.

Tras apurar el vino espumoso, todos se dispusieron a sentarse a la mesa. Los invitados hablaban y movían las sillas. En el zaguán se oía la voz de los cantantes y los sonos de la música; en el patio, las mujeres expresaban sus felicitaciones, todas a un tiempo. Por ese motivo, había una mezcolanza de sonidos terrible, espantosa, que levantaba dolor de cabeza.

El Muleta se giraba en la silla, golpeaba a sus vecinos con los codos impidiéndoles hablar y lloraba y reía a un tiempo:

—Muchachos, muchachos, muchachos... —murmuraba muy deprisa—. Madrecita Aksiniushka, Varvarushka, vamos a vivir todos en buena armonía, mis queridas hachitas...

Como bebía poco, una copa de vodka inglés había bastado para emborracharle. Ese vodka repugnante, hecho no se sabe de qué, atontaba a todos los que lo probaban, lo mismo que un golpe. Las lenguas empezaban a trabarse.

Había representantes del clero, supervisores de las fábricas con sus mujeres, comerciantes y taberneros de otras aldeas. El representante del distrito y su escribiente, que llevaban trabajando juntos catorce años sin haber firmado en todo ese tiempo un solo documento y que no dejaban a una sola persona de la administración del distrito sin engañar ni ofender, estaban sentados juntos, gordos y saciados ambos, hasta tal punto carcomidos por la mentira que incluso la piel de su rostro parecía en cierto modo especial, fraudulenta. La esposa del escribiente, una mujer demacrada y bizca, se había llevado consigo a todos sus hijos y, lo mismo que un ave de rapiña, se lanzaba sobre los platos, cogiendo todo lo que caía en sus manos y escondiéndolo en sus propios bolsillos y en los de sus hijos.

Lipa permanecía sentada, petrificada, con la misma expresión que tenía en la iglesia. Anísim, desde que se habían conocido, no había intercambiado con ella ni

una sola palabra, de modo que ni siquiera sabía cómo era su voz; y ahora que estaba sentado junto a ella, seguía guardando silencio y bebía vodka inglés; cuando se emborrachó, empezó a hablar, dirigiéndose a la tía, que estaba sentada enfrente:

—Tengo un amigo que se apellida Samoródov. Es una persona muy especial. Un ciudadano singular y honrado, con el que se puede hablar. Pero yo, tía, lo conozco muy bien, y él se da cuenta de ello. ¡Vamos a beber una copa a la salud de Samoródov, tía!

Varvara, fatigada, desconcertada, se paseaba por los alrededores de la mesa, agasajando a los huéspedes, satisfecha de que hubiera tantos alimentos y todo resultara tan opulento: nadie podría quejarse. El sol se puso, pero el banquete continuó. Los comensales ya no sabían lo que comían ni lo que bebían; resultaba imposible escuchar lo que se decía y sólo alguna que otra vez, cuando se acallaba la música, se oía con claridad cómo gritaba junto a la puerta alguna mujer:

—Nos habéis chupado toda la sangre, monstruos. ¡Ojalá desaparecierais para siempre!

Por la noche hubo bailes al ritmo de la música. Vinieron los Jrimin menores con su vino, y uno de ellos, cuando bailaban la cuadrilla, agarró una botella con cada mano, mientras sostenía una copa con los dientes, lo que divirtió a todos. En medio de la cuadrilla empezaron a sonar los sones de un animado baile; la verde Aksinia giraba y giraba, levantando algo de viento con la cola de su vestido. Alguien le pisó el volante, y el Muleta gritó:

—¡Ay, le han pisado el plinto! ¡Muchachos!

Aksinia tenía unos ojos grises e ingenuos, que rara vez parpadeaban, y en su rostro se perfilaba en todo momento una sonrisa ingenua. En esos ojos que no parpadeaban, en su pequeña cabeza dispuesta sobre un largo cuello y en la esbeltez de su figura había cierto aire de serpiente. Con su vestido verde, su pechera amarilla y su sonrisa, miraba a los demás con la misma expresión con que en primavera, surgiendo del centeno joven, mira una culebra a un paseante, estirando el cuello y levantando la cabeza. Los Jrimin se portaban con ella con desenvoltura; era evidente que el mayor de ellos mantenía relaciones íntimas con ella desde hacía tiempo. El sordo no se enteraba de nada, no se preocupaba por ella; se quedaba sentado, con las piernas cruzadas, y comía nueces, rompiéndolas con tanto estrépito que parecía estar disparando con una pistola.

De pronto, el viejo Tsibukin salió al centro y agitó el pañuelo, haciendo ver que también él quería bailar esa danza rusa. Un rumor de aprobación recorrió toda la casa y el patio:

—¡Ha salido *él mismo!* ¡*Él mismo!*

Era Varvara la que bailaba, mientras el viejo se limitaba a agitar el pañuelo y a hacer sonar los tacones, pero los que estaban en el patio, subidos unos encima de

otros, y miraban por la ventana, se mostraban entusiasmados. Por un momento se lo perdonaron todo: tanto la riqueza como las ofensas.

—¡Muy bien, Grigori Petrov! —se oía entre la multitud—. ¡Así, ánimo! ¡Vaya, todavía te quedan fuerzas! ¡Ja, ja!

La celebración terminó muy tarde, a las dos de la madrugada. Anísim, tambaleándose, despidió a los cantantes y a los músicos y le entregó a cada uno una moneda nueva de cincuenta kopeks.

—La boda ha costado dos mil rublos.

Cuando llegó el momento de marcharse, resultó que al tabernero de Shikalovski le habían cambiado su estupendo abrigo por uno viejo; Anísim estalló de pronto y se puso a gritar:

—¡Espera! ¡Lo encontraré enseguida! ¡Sé quién lo ha robado! ¡Espera!

Salió corriendo a la calle, en persecución de un individuo. Pero antes de que pudiera ir lejos, lo cogieron, lo llevaron de vuelta a casa y lo metieron, borracho, rojo de ira, sudoroso, en la habitación, donde la tía ya estaba desnudando a Lipa.

IV

Pasaron cinco días. Anísim, que se disponía a partir, subió a despedirse de Varvara. En su habitación ardían todas las lamparillas de aceite y olía a incienso. La mujer estaba sentada junto a la ventana y cosía una media de lana roja.

—Poco te has quedado entre nosotros —le dijo—. ¿Te aburres? Ay, ay, ay... Vivimos bien aquí, tenemos de todo; la tuya ha sido una buena boda. El viejo me ha dicho que ha costado dos mil rublos. En una palabra, vivimos como comerciantes, pero nuestra existencia es aburrida. Abusamos mucho de las personas. Me duele el corazón, hijito, cuando pienso cómo abusamos de la gente. Siempre que cambiamos un caballo, compramos algo o contratamos a un trabajador es con engaño. Engaño y más engaño. El aceite que vendemos está ácido y rancio; sería mejor que la gente utilizara brea. Pero dime, por favor, ¿acaso no es posible vender buen aceite?

—Cada uno mira por lo suyo, mamaíta.

—Pero ¿es que no hemos de morir? Ay, ay, tendrías que hablar con tu padre...

—Podría hablarle usted.

—¡Bueno! Yo ya se lo digo, pero me responde lo mismo que tú: que cada uno mira por lo suyo. En el otro mundo también te juzgarán de acuerdo con esas palabras: cada uno mira por lo suyo. Y el juicio de Dios es justo.

—Le aseguro que nadie me va a juzgar —exclamó Anísim y suspiró—. Dios no existe, mamaíta. ¡Qué juicios ni qué bobadas!

Varvara le miró sorprendida, luego se echó a reír y levantó las manos en señal de asombro. Ante la sincera sorpresa que le habían causado sus palabras y la expresión de sus ojos, que le contemplaban como si estuviera loco, Anísim terminó por turbarse.

—Es posible que Dios exista, pero lo que no hay es fe —exclamó—. Cuando me casaron, estaba fuera de mí. Como cuando coges un huevo de debajo de una gallina y sientes que el pollo se remueve en su interior, así empezó a estremecerse mi conciencia, y mientras me casaban no dejé de pensar: ¡Dios existe! Pero cuando salí de la iglesia todo se acabó. Y en realidad, ¿cómo se puede saber si Dios existe o no? De pequeños no nos lo enseñaron así. Y el niño de pecho, junto con la leche de su madre, mama ya esa instrucción: que cada uno mira por lo suyo. Mi padre tampoco cree en Dios. Usted misma me ha contado que a Guntórev le robaron unos carneros... He averiguado que el ladrón es un mujik de Shikalovaia; él los robó, pero las pieles las tiene mi padre... ¡Mire usted la fe que hay!

Anísim guiñó un ojo y sacudió la cabeza.

—Tampoco el alcalde cree en Dios —continuó—, ni el escribiente ni el sacristán.

Y sólo van a la iglesia y guardan el ayuno para que la gente no hable mal de ellos y por si acaso, después de todo, hay Juicio Final. Se dice que el fin del mundo se aproxima porque el pueblo se ha vuelto débil, no se respeta a los padres y demás. Todo eso son bobadas. Yo creo, mamaíta, que el dolor proviene de la falta de conciencia de la gente. Lo veo y lo comprendo perfectamente, mamaíta. Si alguien lleva una camisa robada, lo veo enseguida. Una persona está sentada en una taberna, y a usted le parece que no hace más que beber té, pero yo también veo que no tiene conciencia. Puedes pasarte el día entero de un lado para otro, pero no encontrarás a una sola persona que tenga conciencia. Y todo se debe a que nadie sabe si existe Dios o no... Bueno, mamaíta, ya me voy. Que siga usted bien de salud y no me guarde rencor.

Anísim hizo una profunda reverencia ante Varvara.

—Le estoy muy agradecido por todo, mamaíta —exclamó—. Nuestra familia le debe muchas cosas. Es usted una mujer extraordinaria y estoy muy satisfecho de usted.

Anísim, emocionado, salió de la estancia, pero al poco volvió a entrar y exclamó:

—Samoródov me ha enredado en un asunto: o me vuelvo rico o me perderé para siempre. Si esto último llegara a suceder, mamaíta, trate de consolar a mi padre.

—¡Vaya, lo que tenemos!... Dios es misericordioso. Y tú, Anísim, podrías ser un poco más cariñoso con tu mujer; os miráis el uno al otro como si estuvierais enfadados; al menos podrías sonreír.

—Es una mujer muy rara... —exclamó Anísim y suspiró—. No comprende nada y está siempre callada. Es demasiado joven; tiene que crecer...

Junto al porche ya estaba preparado un potro alto, gordo y blanco, enganchado a un carruaje.

El viejo Tsibukin tomó carrerilla, saltó con gallardía al pescante y tomó las riendas. Anísim besó a Varvara, a Aksinia y a su hermano. En el porche también se encontraba Lipa, inmóvil, mirando hacia otro lado, como si no hubiera salido a despedirse de alguien, sino por alguna otra razón. Anísim se acercó a ella y rozó apenas con sus labios su mejilla.

—Adiós —le dijo.

Y ella, sin mirarle, sonrió de una manera extraña; su rostro tembló; en ese momento, por alguna razón, todos sintieron pena de ella. Anísim también subió de un salto y adoptó una postura apuesta, pues se consideraba un hombre guapo.

Mientras ascendían por el barranco, Anísim no dejaba de mirar la aldea, que quedaba a sus espaldas. El día era templado, despejado. Por primera vez habían sacado al ganado, y junto al rebaño se paseaban muchachas y mujeres vestidas con trajes de fiesta. Un toro de color pardo mugió, contento con su recobrada libertad, y arañó la tierra con sus patas delanteras. Por todas partes, arriba y abajo, cantaban las

alondras. Anísim contempló la iglesia, esbelta y blanquecina —la habían estucado hacía poco— y recordó cómo había rezado en ella cinco días antes; contempló la escuela con su techumbre verde y el río, en el que se había bañado y había pescado en el pasado. Un sentimiento de alegría llenó su pecho y sintió deseos de que se alzara de la tierra un muro que no le permitiera seguir adelante, dejándole allí a solas con su pasado.

Cuando llegaron a la estación, entraron en la cantina y bebieron una copa de jerez. El viejo se metió la mano en el bolsillo e hizo ademán de sacar el monedero para pagar.

—¡Invito yo! —exclamó Anísim.

El viejo, enternecido, le dio unos golpecitos en la espalda y guiñó el ojo al cantinero, como diciendo: «¡Vaya hijo que tengo!».

—Si te quedaras en casa, Anísim, y te ocuparas de nuestros asuntos —exclamó—, no tendrías precio. ¡Te cubriría de oro de los pies a la cabeza!

—No puedo quedarme, padre. Es imposible.

El jerez estaba ácido y despedía un olor a lacre, pero ambos bebieron otra copa.

Cuando el viejo regresó de la estación, al principio no reconoció a su nuera menor. En cuanto el marido hubo desaparecido del patio, Lipa se había transformado y había adoptado un aire repentinamente alegre. Descalza, vestida con una falda vieja y gastada y las mangas de la blusa remangadas hasta los hombros, limpiaba la escalera del zaguán y cantaba con una delicada vocecilla argentina. Y cuando sacaba el gran barreño con el agua sucia y contemplaba el sol con sonrisa infantil, parecía una alondra más.

Un bracero viejo, que pasó junto al porche, sacudió la cabeza y gritó:

—¡Vaya nueras que tienes, Grigori Petrov! ¡Te las ha enviado Dios! —exclamó—. No son mujeres: son oro molido.

V

El 8 de julio, viernes, Elizárov, apodado el Muleta, y Lipa regresaban de la aldea de Kazánskoie, a la que habían ido de peregrinación, con ocasión de la celebración de la patrona del pueblo, la Virgen de Kazán. A bastante distancia iba Praskovia, la madre de Lipa, que a causa de la enfermedad se rezagaba y jadeaba. Estaba a punto de caer la tarde.

—¡Ah! —exclamó el Muleta, sorprendido de las palabras de Lipa—. ¡Ah!... ¿De veras?

—A mí me gusta mucho la mermelada, Iliá Makárich —exclamó Lipa—; así que me siento en un rincón a beber un té y como toda la que quiero. O tomo el té con Varvara Nikoláievna, mientras ella me cuenta algún suceso interesante. Tiene mucha mermelada: cuatro botes. «Come, Lipa», me dice, «come sin miedo».

—¡Ah!... ¡Cuatro botes!

—Viven a lo grande. El té lo toman con un panecillo, y tienen toda la carne que quieren. Viven a lo grande, pero me da miedo estar con ellos, Iliá Makárich. ¡Mucho miedo!

—¿Y de qué tienes miedo, hijita? —preguntó el Muleta y miró a su alrededor para ver si Praskovia venía muy lejos.

—Al principio, cuando se celebró la boda, tenía miedo de Anísim Grigórich. No es que me ofendiera en nada, pero cada vez que se me acercaba sentía una especie de frío que me llegaba a todos los huesos. No pude dormir ni una sola noche, y me pasaba todo el tiempo temblando y rezando. Ahora tengo miedo de Aksinia, Iliá Makárich. No me ha hecho nada y se pasa todo el tiempo riéndose, pero a veces se asoma al ventanuco y en sus ojos verdes se percibe tal enfado que brillan como los de las ovejas en el establo. Los Jrimin menores no hacen más que confundirla. «El viejo», le dicen, «tiene un terreno en Butiókino, unas cuarenta desiatinas con arena y agua; monta, Aksiusha, una fábrica de ladrillos por tu cuenta y nosotros participaremos en ella». Los ladrillos se venden ahora a veinte rublos el millar. Es un buen negocio. Ayer, durante la comida, Aksinia habló con el viejo: «Quiero construir una fábrica de ladrillos en Butiókino, y la voy a gestionar yo misma», le dijo sonriendo. Pero el rostro de Grigori Petróvich se ensombreció; era evidente que la idea no le gustaba. «Mientras yo viva, no nos separaremos; es necesario que sigamos unidos». Entonces ella lanzó una mirada terrible y rechinó los dientes... Y cuando sirvieron los buñuelos, no los comió.

—¡Ah!... —se sorprendió el Muleta—. ¡No los comió!

—¡Pues espera a que te cuente lo que pasa cuando se va a la cama! —continuó

Lipa—. Duerme durante media hora y de pronto se levanta y empieza a recorrer toda la casa, mirando a su alrededor, para cerciorarse de que los mujiks no queman nada ni roban las mercancías... ¡Tengo miedo de ella, Iliá Makárich! Los Jrimin menores, después de la boda, en lugar de irse a la cama, se fueron a la ciudad para querellarse; la gente dice que todo se debe a Aksinia. Dos de los hermanos prometieron construirle una factoría, pero el tercero se ha ofendido, por lo que la fábrica lleva un mes parada y mi tío Projor vaga sin trabajo por los patios mendigando una corteza de pan. Yo le digo: «Tío, mientras se resuelve el asunto, deberías labrar la tierra o cortar leña. ¡Así no pasarías vergüenza!». Y él me dice: «Me he apartado de los trabajos cristianos y ya no sé hacer nada, Lípinka...».

Se detuvieron junto a un bosque joven de álamos para descansar y esperar a Praskovia. Elizárov llevaba ya bastante tiempo trabajando como contratista, pero no tenía caballos y recorría todo el distrito a pie, llevando con él un talego con pan y cebolla, y caminaba a grandes pasos, moviendo mucho los brazos, por lo que resultaba difícil seguirle.

En la entrada del bosque se alzaba un poste de separación. Elizárov se puso a examinarlo para ver si estaba bien plantado. Praskovia se acercó jadeante. Su rostro arrugado y siempre temeroso brillaba feliz: había estado en la iglesia, como las personas, luego había visitado la feria y había bebido un vaso de kvas de pera. Todos esos sucesos, tan poco habituales, le hacían pensar que era la primera vez que disfrutaba de la vida. Una vez descansados, se pusieron en marcha, caminando los tres juntos. El sol empezaba a ponerse y sus rayos penetraban en el bosque, iluminando los troncos. Por delante de ellos resonaban algunas voces. Las muchachas de Ukléievo, que habían salido mucho antes, se habían detenido en el bosque; probablemente habían estado recogiendo setas.

—¡Eh, muchachas! —gritó Elizárov—. ¡Eh, guapas!

Como respuesta se oyeron grandes risotadas.

—¡Viene el Muleta! ¡El Muleta! ¡Vejestorio!

Y el eco también se rio. Poco después el bosque quedó detrás. Ya alcanzaban a verse los picachos de las chimeneas de las fábricas; la cruz del campanario resplandecía. Era esa misma aldea en la que «el cura se había comido todo el caviar en un entierro». Ya estaban casi en casa: sólo quedaba descender al profundo barranco. Lipa y Praskovia, que iban descalzas, se sentaron en la hierba para calzarse; el contratista se sentó junto a ellas. Ukléievo, visto desde arriba, con sus sauces, su iglesia blanca y su riachuelo, parecía una aldea hermosa y tranquila; lo único que desentonaba eran los tejados de las fábricas, que para ahorrar dinero habían sido pintados de un color sombrío y hosco. En la ladera de enfrente, aquí y allá, se veían haces y gavillas de centeno, que parecían dispersados por una tormenta, y montones recién segados, dispuestos en hilera; también había llegado la época de la avena, que

destellaba al sol como si fuera nácar. Estaban en época de cosecha. Esa jornada era festiva, pero al día siguiente, sábado, habría que recoger el centeno y acarrear el heno, y al otro, domingo, de nuevo sería fiesta. Todos los días resonaba en el cielo algún trueno lejano. Hacía un calor sofocante; el ambiente presagiaba lluvia. Cada uno de los habitantes, al mirar al campo, pensaba si Dios daría tiempo para que se recogiera el grano, y por todas partes reinaba la alegría, el alborozo, y un sentimiento de inquietud embargaba las almas.

—Los segadores ahora son caros —exclamó Praskovia—. ¡Cobran un rublo cuarenta al día!

No dejaba de pasar gente que había acudido a la celebración de Kazánskoie: mujeres, obreros ataviados con gorras nuevas, mendigos, niños... Primero pasaba una telega levantando polvo y tras ella corría un caballo que no había sido vendido, de lo que parecía alegrarse; después surgía algún campesino tirando por los cuernos a una vaca que se negaba a avanzar; a continuación pasaba otra telega con algunos mujiks borrachos que llevaban los pies colgando. Una vieja conducía a un muchacho que iba vestido con una gran gorra y unas grandes botas; el muchacho estaba agotado de calor y por las pesadas botas, que no le permitían doblar las rodillas, pero no dejaba de tocar con todas sus fuerzas una trompeta de juguete. Ya habían llegado abajo y habían entrado en la calle, pero aún seguía oyéndose el ruido de la trompeta.

—Los dueños de las fábricas no están en sus cabales... —exclamó Elizárov—. ¡Qué desgracia! Kostiukov se ha enfadado conmigo: «Las cornisas», dice, «han precisado muchas tablas». «¿Cómo que muchas? Las necesarias, Vasili Danílich», le digo, «han precisado las necesarias. No me las como con las gachas». «¿Cómo te atreves a hablarme así?», me dice. «¡Pedazo de idiota! ¡No te propases conmigo! ¡Gracias a mí eres contratista!», me grita. «¡Pues vaya una cosa!», le digo. «Cuando no era contratista también tomaba té todos los días», le digo. «¡Sois todos unos granujas!», me dice... Yo guardo silencio. Nosotros somos los granujas en este mundo, pensaba, pero vosotros lo seréis en el otro. ¡Jo, jo, jo! Al día siguiente se ablandó. «No te enfades conmigo por lo que te dije, Makarich. Es posible que me propasara, pero debes comprender que soy un comerciante de la primera corporación y estoy por encima de ti, por lo que debes aprender a callarte», me dice. «Es cierto que usted es un comerciante de la primera corporación y yo un carpintero. Pero san José también era carpintero. Nuestro oficio es pío, grato a Dios; en cuanto a eso de que usted está por encima de mí, piense lo que quiera, Vasili Danílich», le dije. Pero después de esa conversación, he estado dándole vueltas a la cuestión: ¿quién está por encima? ¿Un comerciante de la primera corporación o un carpintero? ¡Seguramente un carpintero, hijitas!

El Muleta permaneció pensativo unos instantes y después añadió:

—¡Así es, hijitas! Es superior aquel que trabaja, aquel que sufre.

El sol ya se había puesto, y sobre el río, sobre la cerca de la iglesia y sobre los campos próximos a las fábricas flotaba una niebla densa, blanca como la leche. En ese instante, cuando caía rápidamente la penumbra y empezaban a brillar abajo algunas luces, cuando parecía que la niebla iba a ocultar la quebrada sin fondo, a Lipa y a su madre, que habían nacido pobres y estaban dispuestas a vivir así hasta el fin de sus días, dando todo a los demás a excepción de sus almas temerosas y mansas, tal vez les pareciera por un momento que en ese mundo enorme y silencioso, en aquella infinita sucesión de vidas, también ellas eran fuertes y superiores a algún otro. Se sentían a gusto sentadas allí arriba, sonreían felices y parecían olvidar que, en cualquier caso, debían volver a bajar.

Finalmente, llegaron a la casa. Junto a la puerta y en los alrededores de la tienda había algunos segadores sentados en el suelo. Por lo común, los habitantes de Ukléievo se negaban a trabajar para los Tsibukin, por lo que era necesario contratar forasteros. Las personas que estaban allí sentadas, en medio de la oscuridad, tenían grandes barbas negras. La tienda estaba abierta y en la puerta se veía al sordo jugando a las damas con un niño. Los segadores cantaban en voz baja, sofocada, o pedían a voces que les pagasen el salario del día anterior; pero no les pagaban para que no se marchasen. El viejo Tsibukin, que se había quitado la levita y sólo llevaba puesto el chaleco, tomaba el té junto a Aksinia en el porche, debajo del abedul. En la mesa lucía una lámpara.

—¡Abuelo! —exclamó en son de burla algún segador más allá de la puerta—. Páganos aunque sea la mitad. ¡Abuelo!

A esas palabras siguieron unas risas y después esa misma canción entonada en voz baja... El Muleta se sentó también a tomar té.

—Hemos estado en la feria —empezó a contar—. Y, gracias a Dios, nos lo hemos pasado muy bien, hijitos. Pero ha ocurrido algo bastante feo: el herrero Sashka fue a comprar tabaco y al pagar le entregó al vendedor una moneda de cincuenta kopeks. Resultó que la moneda era falsa —continuó el Muleta, mirando a un lado y a otro; su intención era hablar en voz baja, pero su voz sonaba forzada y fuerte, de modo que todos la oyeron—. Y la moneda era falsa. Le preguntaron que de dónde la había sacado. Y él contestó: «Me la dio Anísim Tsibukin el día de su boda... Llamaron a la policía y se lo llevaron... Tenga cuidado de que no se entere nadie, Petróvich, de que no haya murmuraciones».

—¡Abuelo! —exclamó burlona la misma voz más allá de la puerta—. ¡Abuelo!

Se produjo un silencio.

—¡Ay, hijitos, hijitos, hijitos...! —murmuró el Muleta y se levantó; el sueño le estaba venciendo—. Bueno, gracias por el té y por el azúcar, hijitos. Ya es hora de que me vaya a dormir. Estoy carcomido y tengo todas las vigas podridas. ¡Jo, jo, jo! —Y al salir exclamó—: Parece que el momento de morir está cerca.

Y suspiró. El viejo Tsibukin no se terminó el té, pero se quedó sentado, con semblante pensativo; por su expresión parecía como si estuviera pendiente de los pasos del Muleta, que se alejaba ya por la calle.

—Seguro que Sashka el herrero ha mentido —exclamó Aksinia, adivinando sus pensamientos.

El viejo entró en la casa y al poco rato regresó con un paquete. Cuando lo abrió, brillaron unos rublos completamente nuevos. Cogió uno y, tras morderlo, lo arrojó en la bandeja; luego arrojó otro...

—Es cierto, los rublos son falsos... —exclamó, mirando a Aksinia con incredulidad—. Son los que trajo Anísim, los que nos regaló. Tómalos, hijita —susurró y le puso el paquete en las manos—, tómalos y arrójalos al pozo... ¡Al diablo con ellos! Y ten cuidado de que no haya habladurías, de que no se entere nadie... Recoge el samovar y apaga la luz...

Lipa y Praskovia, que estaban sentadas en el cobertizo, vieron cómo las luces se apagaban una tras otra; sólo arriba, en la habitación de Varvara, que desprendía un aura de quietud, de satisfacción y de ignorancia, lucían lamparillas azules y rojas. Praskovia no acababa de acostumbrarse a la idea de que su hija se hubiera casado con un hombre rico y cuando iba a verla se acurrucaba tímidamente en el zaguán, sonriendo de forma obsequiosa, y allí le llevaban el té y el azúcar. Lipa tampoco había podido acostumbrarse, y desde que se fue su marido no dormía en su cama, sino en cualquier otro sitio, en la cocina o en el cobertizo, y todos los días fregaba los suelos o lavaba ropa y tenía la sensación de que trabajaba como jornalera. También ese día, al regresar del oficio religioso, habían bebido el té en la cocina, en compañía de la cocinera, y luego habían ido hasta el cobertizo y se habían tumbado en el suelo, entre el trineo y la pared. Todo estaba oscuro y olía a ganado. En los alrededores de la casa se apagaron las luces; luego se oyó cómo el sordo cerraba la tienda y cómo los segadores se preparaban para pasar la noche en el patio. Lejos, en la hacienda de los Jrimin menores, alguien tocaba un caro acordeón... Praskovia y Lipa se quedaron dormidas.

Cuando se despertaron, al oír el rumor de unos pasos, ya lucía la luna. Junto a la entrada del cobertizo estaba Aksinia, con un colchón en los brazos.

—Aquí debe de hacer fresco... —exclamó; y a continuación entró y se tumbó al lado mismo de la puerta; la luna la iluminaba de lleno.

No dormía y respiraba con dificultad; se había destapado a causa del calor, quedándose casi desnuda; a la luz mágica de la luna parecía un animal hermoso, lleno de orgullo. Al cabo de unos instantes volvió a oírse un rumor de pasos y en la puerta apareció el viejo, completamente blanco.

—Aksinia —exclamó—. ¿Estás aquí?

—¿Qué pasa? —respondió ella con enfado.

—Te dije que tirarás el dinero al pozo. ¿Lo has hecho?

—¡Pues vaya una idea tirarlo al pozo! Se lo he dado a los segadores...

—¡Ay, Dios mío! —exclamó el viejo, asombrado y asustado—. A quién se le ocurre... ¡Ay, Dios mío!

Levantó las manos y se marchó murmurando algunas palabras. Al cabo de unos instantes, Aksinia se incorporó, respirando con dificultad y esfuerzo; luego se levantó, cogió su colchón y se fue.

—¿Por qué me has entregado a esta familia, madre? —exclamó Lipa.

—Es necesario casarse, hijita. No somos nosotras quienes lo hemos dispuesto así.

Y un sentimiento de dolor inconsolable se fue apoderando de ambas. No obstante, les parecía como si alguien las estuviera mirando desde lo más alto del cielo, desde las mismas estrellas, viendo todo lo que sucedía en Ukléievo y cuidando de ellas. Además, por muy grande que fuese el mal, la noche era serena y hermosa, y en el mundo creado por Dios existía y seguiría existiendo la verdad, también serena y hermosa; todo en la tierra estaba a punto de fundirse con la verdad, como la luz de la luna se fundía con la noche.

Y ambas, tranquilizadas, se apretaron una contra la otra y se quedaron dormidas.

VI

Se sabía desde hacía tiempo que Anísim había sido encarcelado por fabricar y poner en circulación dinero falso. Pasaron los meses, pasó más de medio año, el largo invierno dejó su puesto a la primavera y todos en la casa y en la aldea se acostumbraron a la idea de que Anísim estuviera en la cárcel. Cuando alguien pasaba de noche junto a la casa o a la tienda recordaba que Anísim estaba en la cárcel; y cuando las campanas tocaban a muerto, por alguna razón, también recordaban que estaba en la cárcel, a la espera de juicio.

Parecía como si la sombra hubiese caído sobre el jardín. La casa se oscureció, el tejado se llenó de herrumbre, la puerta de la tienda, revestida de hierro, pesada, pintada de color verde, había palidecido, o, como decía el sordo, se había «entumecido»; hasta el viejo Tsibukin parecía tener un aspecto más sombrío. Hacía tiempo que no se cortaba el pelo ni se afeitaba, se subía al coche sin saltar y no les gritaba a los mendigos: «¡Dios proveerá!». Sus fuerzas empezaban a menguar, y todo el mundo se daba cuenta de ello. La gente le tenía menos miedo y el agente de policía había presentado una denuncia contra la tienda, aunque seguía recibiendo la cantidad estipulada. Tres veces fue llamado a la ciudad para ser juzgado por venta clandestina de alcohol, y en cada una de esas ocasiones el caso tuvo que ser aplazado por incomparecencia de los testigos, lo que mortificó al viejo.

Fue con frecuencia a ver a su hijo, contrató a un abogado, presentó una petición, donó un estandarte a una iglesia. Al vigilante de la cárcel donde estaba ingresado Anísim le llevó un portavasos de plata con una inscripción sobre esmalte que decía: «El alma conoce la moderación», y una cucharilla muy larga.

—Hay que hacer gestiones, hay que hacer gestiones —decía Varvara—. Ay, ay, ay... Habría que pedirle a algún señor que le escribiera al director general... ¡Para que le soltaran al menos hasta que se celebre el juicio! ¡Para que el muchacho no sufra!

También ella se mostraba triste, pero había engordado, su piel se había vuelto más blanca, y lo mismo que antes seguía encendiendo las lamparillas en su habitación, se ocupaba de que todo estuviera limpio en la casa y agasajaba a los huéspedes con mermelada y dulce de manzana. El sordo y Aksinia se ocupaban de la tienda, y habían iniciado una nueva actividad: la fabricación de ladrillos en Butiókino, por lo que Aksinia viajaba en coche casi todos los días hasta la fábrica; ella personalmente dirigía las operaciones, y cuando se encontraba con algún conocido estiraba el cuello, como una serpiente que sacara su cabeza del centeno joven, y sonreía de forma ingenua y enigmática. Lipa sólo se ocupaba de jugar con su hijo, que había nacido

antes de la cuaresma. Era una criatura tan pequeña, enjuta y lamentable, que resultaba sorprendente que gritara, que mirara, e incluso que se le considerara una persona y se le hubiera dado el nombre de Nikífor. Cuando descansaba en la cuna, Lipa se acercaba a la puerta e, inclinándose, le decía:

—¡Hola, Nikífor Anísimich!

Y corría hacia él y le besaba. Luego se apartaba hasta la puerta, volvía a inclinarse y repetía:

—¡Hola, Nikífor Anísimich!

Entonces el niño levantaba sus piernecitas sonrosadas y su llanto se entremezclaba con las risas, como sucedía con el carpintero Elizárov.

Finalmente, se fijó la fecha del juicio. El viejo salió de la aldea con cinco días de antelación. Después se llevaron a los mujiks citados como testigos; también se puso en camino un viejo trabajador que había recibido una citación.

El juicio se celebró en jueves, pero pasó el domingo sin que el viejo regresara ni diera señales de vida. El viernes por la tarde Varvara estaba sentada junto a la ventana abierta, pendiente de cualquier rumor que pudiera delatar el regreso del viejo. En la habitación contigua Lipa jugaba con su hijo. Lo lanzaba al aire y le decía con arrobó:

—¡Te vas a hacer grande, muy grande! ¡Serás un mujik e iremos juntos a trabajar como jornaleros! ¡A trabajar como jornaleros!

—¡Pero bueno! —exclamó indignada Varvara—. ¿De qué jornalero estás hablando, tontita? ¡Será comerciante como nosotros!...

Lipa se puso a cantar en voz baja, pero al poco rato se olvidó de las palabras de Varvara y volvió a repetir:

—¡Te vas a hacer grande, muy grande! ¡Serás un mujik e iremos juntos a trabajar como jornaleros!

—¡Pero bueno! ¡Otra vez con lo mismo!

Lipa, con el niño en brazos, se detuvo ante la puerta y preguntó:

—Madrecita, ¿por qué lo querré tanto? ¿Por qué me dará tanta pena? —continuó con voz temblorosa y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Quién es? ¿Cómo es? Es tan ligero como una pluma, como una brizna, pero le quiero como si fuera una persona de verdad. No sabe hacer nada, ni siquiera hablar, pero yo leo en sus ojitos todo lo que desea.

Varvara prestó atención, pues le pareció escuchar el rumor del tren vespertino entrando en la estación. Tal vez en él viniera el viejo. Ya no escuchaba ni comprendía lo que decía Lipa, ni tampoco se daba cuenta de cómo pasaba el tiempo; todo su cuerpo temblaba, no de miedo, sino de una intensa curiosidad. Vio cómo avanzaba, con gran estruendo y a gran velocidad, una telega llena de mujiks. Eran los testigos que regresaban de la estación. Cuando la telega pasó junto a la tienda, el viejo trabajador se bajó de ella y entró en el patio. Se oyó cómo algunas personas le

saludaban y le preguntaban por el caso...

—Privación de derechos y de todos los bienes —dijo en voz alta—, y seis años de trabajos forzados en Siberia.

Aksinia salió al patio por la puerta de servicio de la tienda; acababa de despachar petróleo y llevaba en una mano una botella, en la otra un embudo y entre los dientes unas monedas de plata.

—¿Y dónde está papá? —preguntó con voz ceceante.

—En la estación —respondió el trabajador—. Me dijo que prefería regresar cuando hubiera oscurecido.

Cuando se supo en el patio que Anísim había sido condenado a trabajos forzados, la cocinera se puso a dar voces en la cocina, igual que si se hubiera muerto alguien, pensando que eso era lo correcto.

—¿Por qué nos has abandonado, Anísim Grigórich, bienhechor nuestro?...

Los perros, alarmados, empezaron a ladrar. Varvara se acercó corriendo a la ventana y, alterada por la pena, se puso a gritar a la cocinera con todas sus fuerzas:

—¡Basta ya, Stepánida, basta ya! ¡No nos atormentes, por el amor de Dios!

Olvidaron preparar el samovar, y ya no fueron capaces de pensar en nada. Sólo Lipa parecía no entender lo que había pasado y seguía ocupándose del niño.

Cuando el viejo regresó de la estación, no le hicieron ni una sola pregunta. Él saludó y después se paseó por todas las habitaciones en silencio. No cenaron.

—Nadie se ha ocupado de él... —comenzó Varvara cuando se quedaron a solas—. Te dije que había que hablar con algún señor, pero no quisiste escucharme... Que era necesaria una petición...

—¡Yo me he ocupado de él! —exclamó el viejo y agitó la mano—. En cuanto condenaron a Anísim, hablé con el señor que le había defendido: «No se puede hacer nada, es demasiado tarde», me dijo. Y el propio Anísim también dijo que era demasiado tarde. No obstante, nada más salir del juzgado, fui a ver a un abogado; le entregué un anticipo... Esperaré una semana y volveré. Que Dios nos ayude.

El viejo recorrió todas las habitaciones en silencio y cuando regresó a la de Varvara exclamó:

—No me encuentro bien. Algo me pasa en la cabeza... Se me nubla. No puedo pensar. —Cerró la puerta para que no le oyese Lipa y continuó en voz baja—: Tengo un problema con el dinero. ¿Recuerdas que Anísim antes de la boda me trajo monedas nuevas de un rublo y de cincuenta kopeks? Oculté unas cuantas en un paquete y las demás las mezclé con las mías... Mi difunto tío Dmitri Filátich, que Dios le tenga en su gloria, viajaba continuamente a Moscú y a Crimea en busca de mercancías. Y mientras él estaba fuera, su mujer le engañaba con otros. Tenían seis hijos. Cuando mi tío estaba borracho, se echaba a reír y exclamaba: «No hay manera de saber cuáles son mis hijos y cuáles los ajenos». Vamos, que era un buen hombre.

Pues eso mismo me pasa ahora a mí: que soy incapaz de distinguir las monedas buenas de las falsas. Y tengo la impresión de que son todas falsas.

—¡Dios mío!

—Cuando entrego tres rublos en la estación para pagar el billete, me parece que son falsos. Y siento miedo. Debo de estar enfermo.

—Puede ser, todos estamos en manos de Dios... ¡Ay, ay, ay!... —exclamó Varvara y sacudió la cabeza—. Tenemos que ocuparnos de esto, Petróvich... Cualquiera día pasa algo, ya no eres un hombre joven... Morirás y cuando tú faltes harán daño a tu nieto. ¡Ay, tengo mucho miedo de que hagan daño a Nikífor! Es como si ya no tuviera padre y la madre es joven y tonta... ¡Deberías dejarle a ese niño al menos la tierra de Butiókino, Petróvich! Piénsalo —continuó Varvara, tratando de persuadirle—. ¡Es un niño tan bonito! ¡Da pena! Vete mañana y prepara los papeles. ¿Por qué esperar?

—Me había olvidado de mi nieto... —exclamó Tsibukin—. Voy a verlo. ¿Así que dices que el niño es guapo? Bueno, tiene que crecer. Así lo quiera Dios.

Abrió la puerta y con el dedo doblado llamó a Lipa, que se acercó llevando el niño en brazos.

—Lípinka, si necesitas algo, pídelo —exclamó—. Y come todo lo que quieras, que no te vamos a decir nada. Lo más importante es que tengas salud... —Hizo la señal de la cruz sobre el niño—. Y cuida bien de mi nieto. No tengo a mi hijo, pero me queda mi nieto.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. Exhaló un sollozo y se alejó. Poco después se fue a la cama y se quedó profundamente dormido, pues llevaba siete noches sin dormir.

VII

El viejo realizó algunos breves viajes a la ciudad. Alguien le contó a Aksinia que había ido a ver al notario y a hacer testamento y que el terreno de Butiókino, precisamente aquel en el que se cocían los ladrillos, se lo había legado a su nieto Nikífor. Le informaron de ello por la mañana, cuando el viejo y Varvara estaban bebiendo té junto al porche, debajo del abedul. Aksinia cerró las dos puertas de la tienda, tanto la que daba a la calle como la que daba al patio, cogió todas las llaves que tenía y las arrojó a los pies del viejo.

—¡No voy a trabajar más para ustedes! —gritó y se echó a llorar—. ¡Resulta que no me consideran una nuera, sino una simple criada! Todo el mundo se ríe de mí: «Mira», dicen, «qué criada han encontrado los Tsibukin». ¡Pero a mí no me ha contratado nadie en esta casa! ¡No soy una pordiosera ni una fresca! Tengo padre y madre.

Sin secarse las lágrimas, clavó en el viejo sus ojos llenos de lágrimas, malignos, desfigurados por la ira; su cara y su cuello estaban rojos y tensos, pues estaba gritando con todas sus fuerzas.

—¡Ya no voy a ocuparme de nada! —continuó—. ¡Se me trata injustamente! ¡Cuando hay que trabajar, cuando hay que pasarse un día tras otro en la tienda o traficar con vodka por la noche se acuerdan de mí, pero cuando se trata de repartir la tierra sólo piensan en esa presidiaria y ese pequeño diablo! ¡Ella es la dueña, la señora, y yo su criada! ¡Dénselo todo a esa reclusa y que le aproveche, pero yo me voy a mi casa! ¡Así que ya se están buscando otra idiota, monstruos del demonio!

El viejo nunca había reñido o castigado a sus hijos y no se imaginaba que un miembro de su familia pudiera faltarle de palabra o ser desconsiderado con él; por ello se asustó mucho, entró corriendo en la casa y se escondió detrás de un armario. En cuanto a Varvara, estaba tan estupefacta que no fue capaz de moverse de su sitio, y se limitó a sacudir las manos, como quien trata de espantar a una abeja.

—Pero ¿qué es esto, Dios mío? —pudo farfullar al fin, aterrorizada—. ¿Por qué gritas de esa manera? ¡Ay, ay, ay!... ¡La gente va a enterarse de todo! ¡Habla más bajo!... ¡Más bajo!

—Le habéis entregado Butiókino a la presidiaria —siguió gritando Aksinia—. ¡Pues dádselo todo, no necesito nada de vosotros! ¡Ojalá os tragara la tierra! ¡Sois todos una banda! ¡Lo que he tenido que ver! ¡Habéis robado a unos y a otros, ladrones, a viejos y a jóvenes! ¿Y quién vendía vodka sin licencia? ¿Y el dinero falso? ¡Una vez que habéis llenado los baúles con dinero falso, ya no os hago falta!

Junto a las puertas del patio, abiertas de par en par, empezó a reunirse un grupo de

personas, que miraban al interior.

—¡Que se entere la gente! —gritó Aksinia—. ¡Quiero que os avergoncéis! ¡Que os pongáis rojos de vergüenza! ¡Que os arrastréis a mis pies! ¡Eh, Stepán! —llamó al sordo—. ¡Nos vamos a casa ahora mismo! ¡Nos vamos a casa de mis padres: no quiero vivir con presidiarios! ¡Prepárate!

En el patio, tendidas en una cuerda, había varias prendas de ropa; Aksinia recogió sus faldas y sus blusas, aún húmedas, y se las entregó al sordo. Luego, enfurecida, se abalanzó sobre la ropa tendida, arrancó todas las prendas, y aquellas que no eran suyas las arrojó al suelo y las pisoteó.

—¡Ay, Dios mío, haz que se calme! —gemía Varvara—. Pero ¿qué es lo que le pasa? ¡Que le den Butiókino! ¡Que se lo den, por el amor de Dios!

—¡Vaya mujer! —decían los que miraban desde la puerta—. Pero ¡qué mujer! ¡Cómo se ha puesto!

Aksinia entró desalada en la cocina, donde estaban haciendo la colada. Sólo se encontraba allí Lipa, pues la cocinera había ido al río a aclarar la ropa. De una tina y un perol que había junto al fuego se elevaban nubes de vapor, por lo que el ambiente de la cocina era sofocante y denso. En el suelo había un montón de ropa sucia y en un banco que había junto a él, agitando sus sonrosadas piernecitas, yacía Nikífor; había sido puesto allí para que no se hiciera daño si se caía. Precisamente cuando entró Aksinia, Lipa había tomado del montón de ropa una camisa suya y, tras ponerla en la tina, alargaba ya la mano hacia el gran caldero con agua hirviendo que había sobre la mesa...

—¡Trae aquí! —exclamó Aksinia, mirándola con odio, y tomó la camisa de la tina—. ¡Mi ropa no es asunto tuyo! ¡Eres una presidiaria y debes saber cuál es tu lugar, quién eres!

Lipa la miró estupefacta, sin comprender; pero cuando captó la mirada que Aksinia dirigía a su hijo, se dio cuenta de todo y se quedó petrificada de espanto...

—¿Te has quedado con mi tierra? ¡Pues toma!

Y tras pronunciar esas palabras, Aksinia cogió el caldero con agua hirviendo y lo vació sobre Nikífor.

A continuación se escuchó un grito como nunca antes se había oído en Ukléievo; parecía increíble que una criatura tan pequeña y débil como Lipa pudiera gritar así. De pronto se hizo el silencio en el patio. Aksinia entró en la casa sin decir palabra, con la misma sonrisa ingenua de antes... El sordo, que iba de un lado para otro del patio, con la ropa entre las manos, se puso a colgarla de nuevo, en silencio, sin apresurarse. Hasta que no regresó la cocinera del río nadie se decidió a entrar en la cocina y ver lo que había pasado.

VIII

Nikífor fue llevado al hospital provincial, donde murió esa misma tarde. Lipa no esperó a que fueran a buscarla; envolvió el cadáver en una pequeña manta y se lo llevó a casa.

El hospital, nuevo, construido hacía poco, se alzaba con sus grandes ventanas en lo alto de una colina; la luz del sol poniente le daba de lleno, por lo que parecía como si estuviera ardiendo por dentro. Abajo había una aldea. Lipa descendió por el camino y, sin entrar en la población, se sentó junto a un pequeño estanque. Una mujer se acercó al agua para dar de beber a su caballo, pero este no quería beber.

—Pero ¿qué más quieres? —exclamó la mujer en voz baja, llena de asombro—. ¿Qué más?

Un muchacho vestido con una camisa roja, sentado a la orilla del agua, lavaba las botas de su padre. No se veía a nadie más, ni en el poblado ni en la colina.

—No quiere beber... —exclamó Lipa, mirando al caballo.

Pronto la mujer y el muchacho con las botas desaparecieron y el lugar quedó desierto. El sol se fue a la cama y se cubrió con un brocado de púrpura y de oro; largas nubes rojas y lilas, diseminadas por el cielo, velaron su descanso. En algún lugar lejano, no se sabía dónde, lanzó su grito el alcaraván, parecido al mugido sordo y melancólico de una vaca encerrada en un establo. El grito de esa ave misteriosa se dejaba oír todas las primaveras, pero nadie sabía cómo era ni dónde vivía. Arriba, en el hospital, entre los arbustos que crecían a la orilla del estanque, más allá del poblado y en los campos circundantes, piaban los ruiseñores. El cuclillo parecía calcular los años de alguien y, equivocándose en sus cuentas, volvía a comenzar. En el estanque, las ranas se desgañitaban; en su enfadado croar podían distinguirse algunas palabras: «¡Eso lo serás tú! ¡Eso lo serás tú!». ¡Qué estruendo había! Parecía como si todas esas criaturas se hubieran puesto a gritar y a cantar a propósito, para que nadie durmiera en ese atardecer primaveral; como si cada una de ellas, incluso las enfadadas ranas, apreciaran cada minuto de su tiempo y trataran de disfrutarlo. ¡Y es que sólo se vive una vez!

En el cielo resplandecía media luna de plata; lucían muchas estrellas. Lipa no sabía cuánto tiempo había pasado sentada junto al estanque, pero cuando se levantó y se puso en camino, todos dormían ya en el poblado y no se distinguía ni una sola luz. Unos doce kilómetros la separaban de su casa; se sentía sin fuerzas y desconocía el camino; la luna brillaba, tan pronto delante como a la derecha, y el cuclillo seguía lanzando su grito, ya con voz ronca, y parecía burlarse, reírse de ella: «¡Mirad: se ha perdido!». Lipa apretó el paso, perdió el pañuelo de la cabeza... Miraba el cielo y

trataba de adivinar dónde estaría el alma de su hijito; ¿iría siguiéndola o flotaría allí arriba, junto a las estrellas, olvidada ya de su madre? Ah, qué soledad se siente en los campos por la noche, en medio de ese canto, cuando uno mismo no puede cantar; en medio de esos gritos ininterrumpidos de alegría, cuando uno mismo no puede alegrarse; cuando la luna, también sola, contempla todo desde el cielo, con absoluta indiferencia: le da igual si es primavera o invierno, si los hombres están vivos o muertos... Cuando en el alma se aposenta la pena, ¡qué difícil es estar solo! ¡Si al menos la acompañara su madre, Praskovia, o el Muleta o la cocinera o cualquier mujik!

—¡Bu-u! —gritaba el alcaraván—. ¡Bu-u!

De pronto se oyó con claridad una voz humana:

—¡Engancha, Vavila!

Delante de ella, en el borde mismo del camino, ardía una hoguera; las llamas ya se habían apagado y sólo brillaban las rojas brasas. Se oía cómo los caballos masticaban el forraje. En medio de las tinieblas surgieron dos carros —uno con un tonel y el otro, más bajo, con sacos— y dos personas: una de ellas llevaba de la mano un caballo para engancharlo; la otra estaba inmóvil junto a la hoguera, con las manos a la espalda. En torno a uno de los carros empezó a gruñir un perro. El hombre que conducía el caballo se detuvo y exclamó:

—Parece que viene alguien por el camino.

—¡Calla, Sharik! —le gritó el otro al perro.

La voz de esa segunda persona delataba que se trataba de un viejo. Lipa se detuvo y exclamó:

—¡Que Dios esté con vosotros!

El viejo se acercó a ella y respondió al cabo de unos instantes:

—¡Buenas noches!

—¿No me morderá su perro, abuelo?

—No, acércate. No te hará nada.

—Vengo del hospital —dijo Lipa, después de un silencio—. Mi hijito murió allí. Lo llevo a casa.

Al viejo no parecieron agradarle esas palabras, pues se apartó ligeramente y exclamó con apresuramiento:

—Eso no es nada, querida. Tal fue la voluntad de Dios. ¡Apresúrate, muchacho! —exclamó, dirigiéndose a su compañero—. ¡Más deprisa!

—No encuentro tu collera —dijo el muchacho—. No la veo.

—¡Qué torpe eres, Vavila!

El viejo tomó en su mano una brasa y la sopló; sus ojos y su nariz se iluminaron; luego, una vez que encontraron la collera, se acercó con el fuego a Lipa y se quedó mirándola. Su mirada expresaba compasión y ternura.

—Eres madre —le dijo—. Y todas las madres sienten pena de sus hijos.

Y, tras pronunciar esas palabras, suspiró y sacudió la cabeza. Vavila arrojó algo al fuego y luego lo pisoteó; de pronto, se hizo una profunda oscuridad. Todo desapareció y, lo mismo que antes, a su alrededor sólo quedaron los campos, el cielo y las estrellas, así como el alboroto de las aves, que se impedían dormir unas a otras. Un rascón parecía gritar desde el mismo lugar en que había estado la hoguera.

No obstante, al cabo de un minuto volvieron a hacerse visibles los carros, el viejo y el espigado Vavila. La telega crujió al salir al camino.

—¿Sois santos? —preguntó Lipa al anciano.

—No. Somos de Firsanovo.

—Antes, cuando me miraste, mi corazón se calmó. El muchacho también parece muy tranquilo. Por eso pensé que erais santos.

—¿Vas muy lejos?

—A Ukléievo.

—Sube, te llevaremos hasta Kuzmenki. Allí tú sigues todo derecho y nosotros giramos a la izquierda.

Vavila se subió en el carro del tonel y el viejo y Lipa en el otro. Marchaban al paso. Vavila iba delante.

—Mi hijito se ha pasado todo el día sufriendo —dijo Lipa—. Me miraba con sus ojitos en silencio, como si quisiera decirme algo y no pudiera. ¡Dios todopoderoso, Reina de los Cielos! Me dio tanta pena que me caí al suelo. Estaba de pie junto a la cama y me caí. Dime, abuelo, ¿por qué un niño pequeño tiene que sufrir antes de morir? Cuando sufre un adulto, un mujik o una mujer, se le perdonan sus pecados, pero ¿por qué debe sufrir un niño, cuando no ha cometido pecado alguno? ¿Por qué?

—¡Y quién lo sabe! —respondió el viejo.

Durante media hora, ninguno de los dos dijo nada.

—Es imposible saberlo todo, el porqué y el cómo —exclamó el viejo—. Las aves no tienen cuatro alas, sino dos, porque con ellas les basta para volar; de la misma manera, el hombre no necesita saberlo todo, sino tan sólo la mitad o la cuarta parte. Sabe lo que necesita para vivir; eso es lo que sabe.

—Será mejor que vaya a pie, abuelo. El corazón me da vuelcos.

—No es nada... —exclamó él—. Tu pena no es tan grande. La vida es larga, y en ella habrá de todo, cosas buenas y cosas malas. ¡Qué grande es nuestra madre Rusia! —exclamó, mirando a un lado y a otro—. ¡He recorrido Rusia entera y he visto todo lo que hay en ella, así que puedes creer en mi palabra, hijita! Habrá cosas buenas y cosas malas. He recorrido a pie Siberia, he estado en el Amur, en los montes Altai; he sido colono en Siberia, donde labré la tierra; pero echaba de menos a nuestra madre Rusia, por lo que decidí regresar a mi aldea natal. Hicimos el camino de regreso a pie; recuerdo que en una ocasión atravesamos un río en una balsa; yo estaba en los

huesos e iba descalzo, cubierto de harapos; tiritaba de frío y mordisqueaba una corteza de pan; un señor que viajaba también en la balsa, Dios lo tenga en su gloria si ha muerto, se me quedó mirando con pena y se echó a llorar. «Ay», me dijo, «tu pan es tan negro como tu vida...». Cuando llegamos a casa, no tenía dónde caerme muerto, como suele decirse. Estaba casado, pero mi mujer murió en Siberia, donde fue enterrada. Ahora trabajo como bracero. ¿Y qué? Ha habido cosas buenas y cosas malas. Pero no siento deseos de morir, hijita; con gusto viviría veinte añitos más. Eso quiere decir que ha habido más cosas buenas que malas. ¡Qué grande es nuestra madre Rusia! —exclamó, y se puso a mirar de nuevo a un lado y a otro.

—Abuelo —le preguntó Lipa—, cuando una persona muere, ¿cuántos días vaga su alma por la tierra?

—¡Y quién lo sabe! Vamos a preguntarle a Vavila, que ha ido a la escuela. Ahora se enseña de todo. ¡Vavila! —llamó el viejo.

—¿Qué?

—Vavila, cuando muere una persona, ¿cuántos días vaga su alma por la tierra?

Vavila detuvo a su caballo y a continuación exclamó:

—Nueve días. Mi tío Kirila murió y su alma permaneció en nuestra isba durante trece días.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque durante esos trece días estuvo llamando a la estufa.

—Bueno, de acuerdo. Sigamos —exclamó el viejo, con muestras evidentes de no creer en nada de todo aquello.

Cerca de Kuzmenki los carros torcieron para entrar en la carretera y Lipa siguió adelante sola. Ya había amanecido. Cuando comenzó a descender por el barranco, las isbas de Ukléievo y la iglesia estaban cubiertas por la bruma, y a Lipa le parecía que aquel mismo cuclillo seguía piando.

Cuando llegó a la casa, aún no habían sacado el ganado: todos dormían. Se sentó en el porche y esperó. El primero en salir fue el viejo; nada más verla, comprendió lo que había pasado y estuvo largo rato sin poder pronunciar una sola palabra; tan sólo logró chasquear los labios.

—Ay, Lipa —le dijo finalmente—. No has sabido proteger a mi nieto...

Despertaron a Varvara, que agitó las manos, estalló en sollozos y se puso en seguida a lavar y vestir al niño para el entierro.

—Y era bonito el pequeñuelo... —repetía—. ¡Ay, ay, ay!... Sólo tenía un niño y la muy tonta no lo ha sabido proteger...

Se celebraron misas fúnebres por la mañana y por la tarde. Al día siguiente lo enterraron; después del entierro se celebró un almuerzo en el que los invitados y los curas comieron con tal voracidad como si no hubieran probado bocado en mucho tiempo. Lipa servía la mesa y uno de los sacerdotes, levantando el tenedor con una

seta en salazón, le dijo:

—No sufras por el niño. De ellos es el Reino de los Cielos.

Sólo cuando los huéspedes se marcharon, comprendió Lipa que Nikífor ya no existía, que no existiría jamás; y al apoderarse de ella ese convencimiento, estalló en sollozos. No sabía en qué habitación refugiarse para llorar, pues sentía que tras la muerte del pequeño ya no había lugar para ella en esa casa, que no había razón alguna para que ella siguiera allí, que su presencia estaba de más; y eso mismo sentían los otros.

—Pero ¿qué haces ahí lloriqueando? —gritó de pronto Aksinia, apareciendo en el umbral; con motivo del entierro se había ataviado con ropas nuevas y tenía todo el rostro empolvado—. ¡Cállate!

Lipa quería dejar de llorar, pero no podía; al contrario, sus sollozos se hicieron aún más ruidosos.

—Pero ¿no me has oído? —gritó Aksinia, y pataleó llena de ira—. ¡Te estoy hablando a ti! ¡Fuera de aquí y no vuelvas a poner los pies en esta casa, presidiaria! ¡Fuera!

—¡Bueno, bueno, bueno! —exclamó azogado el viejo—. Aksiuta, madrecita, ten un poco de paciencia... Es comprensible que llore... Se ha muerto su hijo...

—Es comprensible... —le hizo burla Aksinia—. Está bien, que pase la noche aquí; pero ¡mañana no quiero que quede ni rastro de ella! ¡Es comprensible!... —volvió a hacerle burla; y echándose a reír, se dirigió a la tienda.

Al día siguiente, por la mañana temprano, Lipa se fue a vivir con su madre a Torgúyevo.

IX

En la actualidad, el tejado y la puerta de la tienda están recién pintados y brillan como si fueran nuevos; en las ventanas, lo mismo que antes, florecen los alegres geranios; y todo lo que sucedió tres años antes en la casa y en el patio de los Tsibukin casi se ha olvidado.

Aunque nominalmente el viejo Grigori Petróvich sigue siendo el dueño, en realidad todo ha pasado a manos de Aksinia; es ella quien compra y vende, y sin su consentimiento no se puede hacer nada. La fábrica de ladrillos marcha bien; como se necesitan ladrillos en la construcción de la vía férrea, su precio ha ascendido a veinticuatro rublos el millar; las mujeres y las muchachas los llevan a la estación y los cargan en los vagones: por esa actividad reciben veinticinco kopeks al día.

Aksinia se ha unido a los Jrimin, y ahora la fábrica se llama así: «Jrimin menores y Compañía». Han abierto una taberna cerca de la estación, por lo que ya no tocan el acordeón en la fábrica, sino en ese lugar, al que también acuden con frecuencia el jefe de Correos, que también ha abierto un negocio, y el jefe de la estación. Los Jrimin menores le han regalado al sordo Stepán un reloj de oro, que este no cesa de sacar del bolsillo para llevárselo al oído.

En la aldea se dice que Aksinia ha adquirido mucho poder; y en verdad, cuando por la mañana se dirige en coche a la fábrica, hermosa y feliz, luciendo su sonrisa ingenua, y más tarde, cuando reparte órdenes en la fábrica, se tiene la sensación de que posee una gran fuerza. Todos le tienen miedo, tanto en la casa como en la aldea y en la fábrica. Cuando va a Correos, el jefe de la estafeta se pone en pie de un salto y le dice:

—Haga el favor de sentarse, Ksenia Abrámovna.

Un terrateniente presuntuoso, ya algo maduro, vestido con un abrigo de paño fino y botas altas de charol, le vendió en una ocasión un caballo; y le gustó tanto su conversación que accedió a vendérselo por el precio que ella proponía. Retuvo largo rato su mano entre las suyas y, mirando sus ojos alegres, astutos e ingenuos, le dijo:

—Por una mujer como usted, Ksenia Abrámovich, estoy dispuesto a hacer todo lo que sea necesario. Pero dígame, ¿cuándo podemos vernos sin que nadie nos moleste?

—¡Cuando usted quiera!

Desde entonces, ese maduro conquistador visita la tienda casi todos los días para beber cerveza. La cerveza es malísima, amarga como el absintio. El terrateniente sacude la cabeza, pero se la bebe.

El viejo Tsibukin ya no interviene en los negocios. Ni siquiera maneja dinero, pues no es capaz de distinguir el verdadero del falso, aunque guarda esa debilidad en

secreto, sin comentarla con nadie. Se ha vuelto olvidadizo y, si no le dan de comer, no pide nada. En la casa ya se han acostumbrado a comer sin él y Varvara dice a menudo:

—Ayer se fue otra vez a la cama sin cenar.

Y lo dice con indiferencia, porque ya está acostumbrada. Por alguna razón, tanto en verano como en invierno pasea ataviado con un abrigo de piel, y sólo en los días de mucho calor se queda en casa. Por lo común, arreujado en el abrigo y con el cuello levantado, pasea por la aldea o por el camino de la estación, o permanece sentado de la mañana a la noche en un banquito que hay junto a la puerta de la iglesia, donde pasa las horas sin moverse. Los transeúntes se inclinan ante él, pero él no responde a sus saludos, ya que, lo mismo que antes, siguen sin gustarle los mujiks. Cuando le preguntan algo, responde de forma razonable y cortés, pero con brevedad.

Por la aldea circula el rumor de que la nuera lo ha echado de su propia casa y no le da de comer, por lo que debe pedir limosna para alimentarse; y unos se alegran de la nueva y otros se duelen de ella.

Varvara ha engordado todavía más, se ha vuelto más blanca y, lo mismo que antes, sigue ocupándose de obras piadosas, sin que Aksinia se lo impida. Hay tanta mermelada que no logran consumirla antes de la aparición de las bayas nuevas. Varvara no sabe qué hacer con ella, y al ver cómo se reseca, quedando sólo el azúcar, siente tanta pena que casi llora.

En la casa han empezado a olvidarse de Anísim. En una ocasión llegó una carta escrita en verso, en una gran hoja de papel, a modo de petición, con la misma historiada caligrafía de antes. No había dudas: su amigo Samoródov purgaba su pena con él. Debajo de los versos había sido escrita, con una caligrafía descuidada, casi ilegible, la siguiente línea: «Estoy muy enfermo, sufro mucho. Ayudadme, por el amor de Dios».

En una ocasión —esto sucedió un claro día de otoño, antes del atardecer— el viejo Tsibukin estaba sentado junto a la puerta de la iglesia, con el cuello de su abrigo levantado, de manera que sólo resultaban visibles su nariz y la visera de la gorra. En el otro extremo del largo banco estaba sentado el contratista Elizárov y a su vera el vigilante de la escuela Yákov, un viejo de unos setenta años, ya sin dientes. El Muleta y el vigilante conversaban.

—Los hijos deben alimentar a los padres, darles de beber... Debes respetar a tu padre y a tu madre —exclamó Yákov con enfado—; pero ella, su nuera, ha echado al suegro de su propia casa. Y el viejo no come ni bebe. ¿Adónde va a ir? Lleva ya tres días sin comer.

—¡Tres días! —se sorprendió el Muleta.

—Ahí está sentado, sin decir palabra. Está débil. Pero ¿por qué calla? Debería llevarla a juicio; en el juicio se iba a enterar esa.

—¿Quién se iba a enterar? —preguntó el Muleta, que no había escuchado bien.

—¿Qué?

—Es una mujer muy hábil. Sin esa cualidad es imposible llevar un negocio como el de ellos... Quiero decir sin pecar...

—De su propia casa —continuó Yákov con enfado—. Constrúyete tu casa y después echa a quien quieras. ¡Pues buena le ha caído! ¡Es peor que una úlcera!

Tsibukin escuchaba sin moverse.

—Poco importa que la casa sea propia o ajena, con tal de que haga calor y las mujeres no discutan... —exclamó el Muleta y se echó a reír—. En mis años mozos, me dolí mucho de la pérdida de mi Natasha. Era una mujer muy tranquila. Todo el tiempo estaba diciéndome: «¡Makárich, compra una casa! ¡Makárich, compra una casa! ¡Makárich, compra un caballo!». Incluso en la hora de la muerte, no dejó de repetirme: «¡Makárich, cómprate un coche para que no tengas que ir a pie!». Y yo sólo le compraba dulces, nada más.

—Su marido, el sordo, es tonto —continuó Yákov, sin escuchar al Muleta—; es tonto de solemnidad, lo mismo que un ganso. ¿Qué va a comprender ese? Por mucho que le des a un ganso en la cabeza con un palo, no comprende nada.

El Muleta se levantó para irse a su casa, que estaba en la fábrica. Yákov también se levantó, y ambos se fueron juntos, sin dejar de conversar. Cuando se alejaron unos cincuenta pasos, el viejo Tsibukin también se puso en pie y los siguió, avanzando con inseguridad y lentitud, como si estuviera caminando por hielo resbaladizo.

La aldea se hundía ya en el crepúsculo y el sol sólo brillaba en lo alto del camino que ascendía serpenteando por la pendiente. Las viejas y los niños regresaban del bosque, llevando cestas con setas. Una multitud de mujeres y muchachas volvían de la estación, donde habían estado cargando ladrillos en los vagones, por lo que sus narices y sus mejillas, por debajo de los ojos, estaban cubiertas de polvo. Iban cantando. Delante de todas iba Lipa, acompañando la melodía con su fina voz, al tiempo que miraba el cielo, como si se alegrara y se maravillara de que el día, gracias a Dios, hubiera concluido y fuera posible descansar. Entre las otras mujeres, respirando con dificultad, como siempre, iba su madre, la jornalera Praskovia, llevando un hatillo en la mano y respirando.

—¡Hola, Makárich! —exclamó Lipa al ver al Muleta—. ¡Hola, querido!

—¡Hola, Lípinka! —exclamó alegre el Muleta—. ¡Mujeres, muchachas, enamoraos de este rico carpintero! ¡Jo, jo! Hijitas mías, hijitas —sollozó el Muleta—. Mis amadas hachitas.

El Muleta y Yákov siguieron adelante, dejando en el aire el eco de su conversación. A continuación, el grupo de mujeres se encontró con el viejo Tsibukin, y se hizo de pronto un completo silencio. Lipa y Praskovia se rezagaron un poco; cuando el viejo llegó a su altura, Lipa hizo una profunda reverencia y exclamó:

—¡Hola, Grigori Petróvich!

La madre también se inclinó. El viejo se detuvo y se quedó mirando a ambas sin decir palabra; sus labios temblaban y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Lipa sacó del hatillo de su madre un trozo de empanada y unas gachas y se lo dio todo al viejo, que cogió los alimentos y se puso a comerlos.

El sol ya se había ocultado; su resplandor se había apagado incluso en lo alto del camino. Reinaba ya la oscuridad y hacía frío. Lipa y Praskovia siguieron su camino, y estuvieron santiguándose durante un buen rato.



ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV nació en Taganrog, a orillas del mar de Azov, en el sur de Rusia, en 1860. Hijo de un modesto comerciante, antiguo siervo que había conseguido comprar su libertad, así como la de su mujer y sus hijos, hizo sus primeros estudios en su ciudad natal. En 1879 ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Moscú. Desde el primer curso empezó a publicar «cuadros humorísticos» en revistas, con los que conseguía mantener a toda su familia (su padre, endeudado, su madre y sus hermanos habían tenido que trasladarse con él a Moscú), y pocos años después ya era un escritor profesional reconocido. 1888 fue un año clave en su carrera: publicó su novela corta *La estepa*, escribió su primera obra teatral, *Ivanov*, y recibió el premio Pushkin. En 1890 viajó a la isla de Sajalín, «con la intención de escribir un libro sobre nuestra colonia penal», que aparecería al año siguiente con el título de *La isla de Sajalín*. En 1896 estrenó *La gaviota* y en 1899 *Tío Vania*, a las que seguirían *Tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). Maestro del relato corto, algunas de sus obras más importantes se encuentran en ese género, en el que ha ejercido una influencia que aún hoy sigue vigente. Chéjov murió en Badenweiller (actualmente Alemania) en 1904.

Notas

[1] Mijaíl Lomonósov (1711-1765), científico y escritor, una de las grandes glorias de Rusia. <<

[2] Miembro de una secta rusa (molokanes) que surgió en tiempos de Catalina II en la región de Tambov. Negaban el carácter divino de Jesucristo y rechazaban los sacramentos. Deben su nombre a que, durante la Cuaresma, se alimentaban de leche (*molokó* en ruso). <<

[3] Es decir: «¡Duermo! ¡Duermo! ¡Duermo!». <<

[4] Personajes legendarios del folclore ruso. <<

[5] Secta formada por aquellos fieles que no aceptaron las reformas del patriarca Nikón. <<

[6] Fundador de la Academia de Kiev. <<